

REVISTA CONTEMPORÁNEA

REVISTA CONTEMPORÁNEA

DIRIGIDA POR

D. JOSÉ DEL PEROJO.

AÑO III—IV—TOMO XVII

SETIEMBRE—OCTUBRE 1878



OFICINAS

MADRID: PIZARRO, 15, BAJO
PARIS, 19, RUE PROVENCE

BUENOS-AIRES

Jacobsen et Saederstedt

HABANA

A. Chao y Compañía.

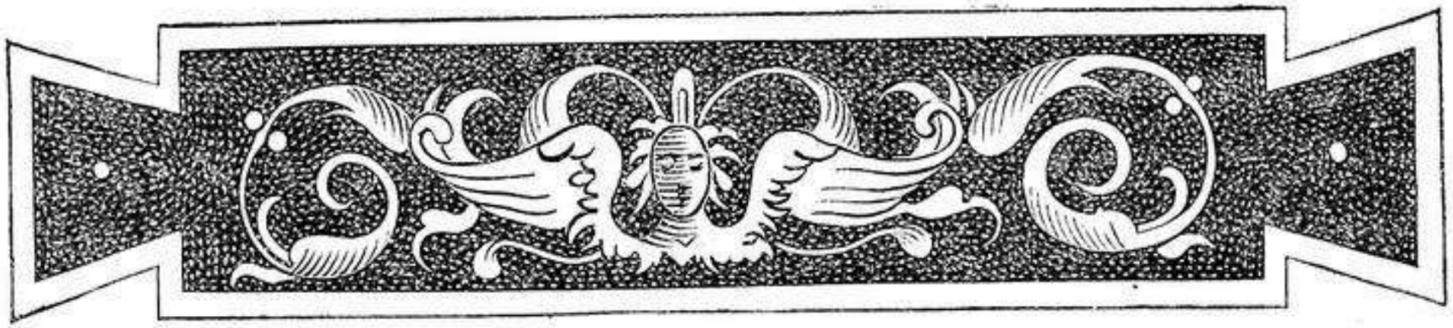
VENEZUELA

J. M. Larrazabal.

MADRID: 1878

TIPOGRAFIA ESTEREOTIPIA PEROJO

MENDIZABAL, 64



LA CARTA DE LUTO

(Continuacion.)

CONTRASTE.



ARECE que la felicidad, aún ésta relativa con que solemos contentarnos los hijos de la Tierra, esté limitada á una cantidad inalterable, esparcida por el mundo, de la cual gozamos alternativamente.

Cuando uno se apodera de una parte de ella, es seguro que aquella porcion se la arrebatara á otro.

Por eso yo, creyente ciego de esta teoría, sostengo que es inútil que los sabios se rompan la cabeza buscando el modo de mejorar la suerte de la humanidad, porque no hay cantidad bastante de dicha para todos los hombres, y al hacerlos felices sólo se conseguiría formar un mundo de desdichados. Verdad que entónces se realizaría la bella utopia de la igualdad... Pero ni aún así. Conozco yo muchos hombres, dignos de envidia por su fortuna, y que se consideran (y basta que se lo consideren para que lo sean) los más desdichados, no de este insignificante planeta, sino de todos los mundos habitados. ¿Cómo, pues, llevar á cabo el reparto con equidad?

Y hay aún otro inconveniente. La felicidad, como el dinero, se gasta, y hay derrochadores de dicha como de oro. Por mi parte confieso que no he poseido todavía una felicidad que

me baste para una semana, y he visto en cambio otros hombres que con venturas mucho más pequeñas se han mantenido dichosos años enteros.

Acaso la felicidad no es mas que una borrachera, y á unos les dura más y á otros ménos.

Lo cierto es que hay quien asegura que la borrachera es una felicidad.

Valentin seguía frecuentando la casa.

Cualquiera más suspicaz ó ménos confiado que D. Antonio, ménos ciego que María, hubiera podido advertir alguna vez en las palabras del agente de negocios algo parecido al desprecio y á los celos.

Pero ¿quién podía sospechar tal cosa? ¿Qué derecho tenía Valentin para tener celos? ¿Acaso había demostrado que sentía el amor?

Esto se repetía Valentin en interminables y amargos monólogos, cuando salía de aquella casa, para él querida, despues de haberse convencido nuevamente de que entre María y Fernando existía una profunda pasion.

¡Cómo el antiguo escepticismo volvía á apoderarse de su alma, ahogando en oleadas de amargura, dulces y serenas esperanzas apénas nacidas, pero ya fuertes!

La mujer purísima que él amaba en silencio como á un Dios, aquella que él imaginaba corona de las canas de su padre, ejemplo de virtud y de modestia, luz y calor de su hogar futuro, alma nacida para esposa y madre, libre de toda mancha; aquella cuyo pensamiento creía él poder mostrar al mundo como espejo de un alma inocente, la vírgen de su primer amor, la redentora de su alma desolada, era... una mujer!

Una mujer como las que él adivinaba ántes de conocerla, capaces de todo mal, vaso de cristal coronado de flores que guarda dentro de sí un agua venenosa y corrompida, criatura falsa y aleve que atrae con promesas de felicidad al abismo de la desventura eterna, lago tranquilo é inmóvil cuyas ondas se levantan sólo al soplo de la tormenta de las pasiones impuras.

Y su padre, ¡qué espantosa mentira! Ocultar bajo el rostro

venerable de la ancianidad, bajo el disfraz engañoso de una bondad inagotable y de un recto espíritu, la debilidad asquerosa que transige con el pecado y la deshonra!...

Porque ellos no podían ignorar que Fernando era casado. Él le había anunciado. Él había contado su historia. El había prevenido que los conocía ya.

Y á pesar de esto María y Fernando se amaban. Si sus miradas, si sus largas y apartadas conversaciones no lo hubieran demostrado, el corazón de Valentin se lo hubiera dicho con sus estremecimientos y sus contracciones al contemplar la luz de la pasión satisfecha que brillaba en los ojos de María, la aureola de íntima dicha que resplandecía á su alrededor.

El mundo, era, pues, como él lo había creído. La fe, la virtud, la conciencia eran nombres nada más. El enemigo menos temible era el declarado.

Debía renunciar á toda aspiración noble, á todo proyecto de dicha, á la familia misma, pero ¿cómo renunciar á aquel cariño, único afecto que había conmovido su alma desde la muerte de su padre?

Él quería olvidarlo, abandonar la casa de María, cortar toda relación con su padre; pero entonces ya no la veía, último consuelo del amante desesperado. Llamaba en su ayuda para vencer este deseo toda la reflexión, todos los recuerdos de sus tristes primeros años, y conseguía matar la fe que poco á poco había iluminado su espíritu, pero no el amor. Comprendía que debía huir de aquella mujer, y sin embargo, sólo deseaba estar cerca de ella.

Así pasó dos meses. Durante ellos, sus comitentes hubieron de someterse á desconfianzas inusitadas y á inflexibles decisiones; Jacinta, su ama de llaves, llegó á creerse amable comparándose con el amo de la casa, y hasta tuvo que callar alguna vez detenida en sus pláticas por un áspero mandato, no sin que le costara lágrimas la obediencia.

Y sin embargo, nada más fácil que haber descubierto la verdad; pero su carácter receloso le ocultó el único camino de conseguirlo.

El mismo día de la reaparición de Fernando, fué como de co tumbre por la noche á ver á D. Antonio y le preguntó si

el conde se había presentado. Díjole aquel que no, y cuando pasados días Valentin le halló en la casa, como un individuo de la familia, conversando confiadamente con María y los celos le hicieron adivinar la verdad, nada preguntó, no volvió á hablar del negocio pendiente, y tradujo el olvido de su amigo, harto preocupado con el extraño acontecimiento de la vuelta de Fernando, por un resto de rubor.

Alguna vez habíale preguntado D. Antonio.

—¿Pero ese señor conde no viene?

—Acaso esté fuera de Madrid, contestaba Valentin sonriendo con esa equivocada seguridad de los caracteres suspicaces, suponiendo disimulo la bondadosa franqueza del buen viejo.

Igual sistema empleó con Fernando, pero sus sospechas acerca de éste eran justas. Conocía el temor con que le miraba, la ansiedad que demostraba al verle hablar ya con el padre ya con la hija, á quienes podía revelar la verdad; se gozaba en su turbacion cuando se hallaban solos y le despreciaba profundamente, porque toda alma recta siente mayor repulsion hácia el que prostituye la virtud que á la misma virtud prostituida.

Pero una tenue esperanza, un resto de duda, quedaba siempre en su alma. Se había equivocado tantas veces al juzgar á los hombres...

¿Qué interes podía guiar á María al mancharse de tal modo y á su padre al consentirlo?...

En vano buscaba la resolucion de aquel problema tenebroso, y la duda á la vez que destrozaba su alma, mantenía su esperanza y avivaba su amor.

Si Valentin hubiese podido llorar hubiera llorado; pero el llanto es un gérmen que crece al calor de la ternura en la infancia para ser esclavo y lenitivo del dolor más tarde, y no llora de dolor quien no ha llorado de ternura.

JUNTO AL LECHO.

La luz velada, el guardian atento y silencioso, el murmullo de las conversaciones de los extraños, que parecen misteriosas confidencias de un amor impuro ó de un crimen premedi-

tado, cuya duracion mide inexorablemente la péndola del reloj, dan á la habitacion de un enfermo el tinte de tristeza y desasosiego que sólo el mal puede llevar consigo.

Presenciar una muerte violenta horroriza, pero no convence del irremediable término de la vida. La sangre sale hirviente de la ancha herida, la víctima agota sus últimas fuerzas en contracciones espantosas. Allí está palpable la prueba de que la existencia ha terminado; pero se ve el destrozo, la causa se presenta evidente y horrible mostrando la puerta por donde ha huido la vida. La razon queda satisfecha. La máquina ha sido destruida por un golpe brutal. Si la sangre no hubiese hallado una abertura para escapar de los impulsos del corazon, seguiría su camino regando las arterias y purificándose en los pulmones, yendo despues á llevar el movimiento y la sensacion á los más apartados músculos, brillo á los ojos, ideas al cerebro.

Pero cuando la muerte llega silenciosa y pausada, bajo la forma de una enfermedad, apoderándose poco á poco del organismo, preparando en el silencio su triunfo, halagando las esperanzas con alternadas mejorías bajo las que oculta sus pasos, sin que los ojos vean cuándo comenzó el estrago ni dónde se asienta el mal, sin que la ciencia pueda anunciar el desenlace de la lucha ni siquiera el momento de su término; cuando el instante supremo sólo se señala por un suspiro que el oido atento espera siempre oír repetirse, parece que no llega nunca el convencimiento á la razon.

Vueltos á la madre comun los tristes despojos, aún al pisar la abandonada estancia, se cree oír el persistente quejido ó la anhelosa respiracion del sér arrebatado á nuestro cariño.

La idea del espíritu es en el hombre tan poderosa y la de la vida tan fuerte, que no concibe que uno y otra puedan separarse sino tras una lucha terrible y desesperada, tan grande como las fuerzas que la sostienen.

Sólo el tiempo inexorable, corriendo sus múltiples velos sobre las sensaciones del alma, consigue llevar á la mente la triste evidencia.

El padre de María estaba enfermo.

Por la primera vez aquella naturaleza bondadosa, á la que parecía haber respetado el mal, veíase postrada por la fiebre y sujeta al lecho.

Pasaban dias, y el esperado alivio no venía á calmar la ansiedad de la hija amante. Por el contrario, empezaron á presentarse síntomas graves y complicaciones alarmantes.

El cuidado del enfermo reclamó una asistencia permanente y activa. Las primeras noches María veló á la cabecera de su padre con un doloroso afán, mezclando los cuidados con las oraciones y las frases de cariño con las lágrimas; pero el sueño, el cansancio y las profundas emociones de aquellas noches largas y silenciosas debilitaron su cuerpo, y hubo de acceder, no sin grande repugnancia, á que Fernando partiera con ella este penoso deber.

¡Cómo junto al lecho de un enfermo, en la soledad y el silencio de la noche, las ideas vuelan al cielo con terror y los remordimientos crecen como amenazadores fantasmas! La proximidad de la muerte, la presencia del dolor despierta la conciencia, y el alma vuela á refugiarse en la esperanza de otra vida. Ante la espantosa realidad se disipa la embriaguez de las ilusiones ardientes, y al confesarse el hombre con espanto sus crímenes, piensa sin querer en el castigo. La olvidada oracion se dibuja entre las brumas de la memoria y surge á los labios. El espíritu, que teme á cada momento recibir un golpe rudo, desconfía de todo, y donde quiera que se dirige halla recelos y desconfianzas.

¿Qué pensó Fernando en aquellas largas horas, oyendo los quejidos del venerable anciano á quien engañaba vilmente jugando con todo lo que le era querido en la tierra, la honra y su hija?

En uno de esos mil breves diálogos del pariente con el enfermo, ¿no asomó á sus labios alguna vez la terrible confesion?

¿Calló por miedo de agravar el mal del padre de María?

¿Calló porque le faltó valor?

¡Quién sabe! Acaso la pasion le sugería reflexiones con que disculpar y áun con que justificar su conducta...

Lector, si no has conocido nunca una de esas locas pasiones que ciegan la razon y los sentidos, que pervierten todos los sentimientos del alma, que consumen la vida y devoran el cuerpo; uno de esos amores que horrorizan al mismo que los siente, que hacen mirar la muerte con desprecio, la sociedad con desden y la honra con tibieza; si no han llegado para ti esas noches terribles en que al encontrarte solo has hundido el rostro en el lecho para ahogar tus suspiros histéricos y tus lágrimas cobardes, murmurando al mismo tiempo un nombre de mujer; si no has mirado con odio al sol y con ira al cielo; si no has pensado con alegría en el crimen; si no has sentido la necesidad de matar ó morir, no juzgues la conducta de Fernando, y da gracias al Dios Todopoderoso que no ha dejado en tu alma ese resto del fuego del infierno que corre por las venas y abrasa al aliento y despedaza las entrañas.

La enfermedad continuaba creciendo y desarrollándose, la crisis se aproximaba.

El médico hizo comprender á Fernando la gravedad de la situacion y la triste necesidad de que, sin dejar de combatir por la salud del cuerpo, se pensara en la salvacion del alma.

Terrible anuncio que no puede escucharse sin temblar. Hasta ese momento la idea de la pérdida del sér querido ha sido un temor desechado como importuno presentimiento, como lejana probabilidad. Entónces el presentimiento se convierte en desdicha próxima é inevitable.

Comienzan los extraños á apoderarse del hogar, sus vulgares é inútiles consuelos aumentaban el dolor, la calma apacible de la vida comun desaparece, los muebles cambian de sitio, las horas santificadas por la costumbre llegan inadvertidas y pasan desdeñadas, los antiguos servidores vuelven á la casa como leales soldados que se agrupan alrededor de su jefe en peligro, y el negro traje del sacerdote, apareciendo entre las plegadas cortinas y contrastando con los dorados muebles y los brillantes espejos, llega como heraldo y avanzada de la muerte hasta el lecho del enfermo.

Fernando tuvo que dar á María la triste nueva, fingiendo

esperanzas que no tenía y una tranquilidad que estaba lejos de sentir. El problema del porvenir se le presentaba más espantoso que nunca; la situación le exigía con premura una resolución, y él comprendía que había llegado el instante de perderlo todo, el amor, la estimación, la felicidad.

La confesión era tardía, la huida una infamia, la continuación del engaño un imposible.

Su turbación no pudo ocultarse á la mujer enamorada; pero ella la tradujo por dolor de su desgracia y se la agradeció en lo íntimo de su alma.

Los tristes preparativos comenzaron, y pocas horas después D. Antonio, tranquilo, sereno, casi alegre, lleno de fervor y animado por la fe que nunca se había oscurecido en su espíritu, cumplía los últimos deberes del cristiano.

Feliz el que al fin de su carrera marcha á lo desconocido seguro de que al dejar la vida no abandona todo lo que poseía, y libre de dudas dirige al cielo la tranquila mirada de la esperanza.

CREPÚSCULO.

Aún se respira el incienso, aún se ven las alfombras cubiertas de flores y hierbas olorosas. La noche se acerca y la luz dudosa del crepúsculo penetra en el rico dormitorio tenue y brumosa, esparciendo la tristeza del día al acabar. El murmullo de las calles llega allí confuso y apagado.

El enfermo, recostado en amontonados almohadones, parece haber experimentado una mejoría inesperada. María de pie junto al lecho acaricia la mano ardiente del viejo después de haber refrescado su frente con un beso.

—¿Ves?... Estás mucho mejor, padre mío.

—Sí, me siento con más fuerzas... Después de todo, esto no será nada. Yo creo que el médico se ha alarmado sin razón...

—No hables mucho, no perdamos lo ganado...

—Por ti lo siento. ¡Cuánto habrás sufrido!... Pero es una tontería... No hay motivo.

—Yo también lo creo.

—¡Bah! ¿Lloras? No seas niña. Considera que ello tiene que

ser una vez. No será hoy, pero el trance es irremediable... Cuando llegue, yo ya no te haré tanta falta... ¿Y Fernando?...

—Está con la gente de fuera...

—¡Pobre! ¡Qué noches lleva! Él sufre doblemente, por él y por ti... Porque me quiere mucho, y yo, yo también le quiero... Es tan honrado, tan formal y te ama de un modo... ¿Quieres llamarle?...

—Pero, papá, que te vas a poner peor...

—No, no lo creas... Dile que entre.

—¿Y quién recibirá mientras tanto?...

—Tú. Por un momento...

—Bueno, pero que no hables mucho.

—Pierde cuidado... ¿No me das un beso?... ¡Adios, hija mía!

—Adios.

Pocos momentos después Fernando aparece en la puerta del dormitorio. Las sombras de la noche, como si tuvieran compasión de él, oscurecen por completo la estancia y no dejan ver su rostro pálido y descompuesto. Se adelanta con paso vacilante y llega hasta el lecho.

—¿Es V., Fernando? pregunta D. Antonio al sentirlo cerca.

—María me ha dicho que me llamaba V.

—Sí, le llamaba. ¿Por qué no se sienta V.?... Tengo que hablarle...

—No, me encuentro bien, y para V. es más cómodo... A ver el pulso... Está mucho más regular...

—Parece que le tiembla a V. la mano...

—Acaso la excitación... la falta de sueño...

—No perdamos tiempo y perdone V. que yo le hable; pero mi estado y mi amor de padre lo disculpan todo...

—¡Don Antonio!...

—Usted no sabe cómo se quiere a un hijo. Si alguna vez llega V. a tenerlos, comprenderá mi angustia... Son la eterna preocupación de la vida; cuando niños, su naturaleza, débil y aún en embrion, vacila más de una vez, y el temor de ver romperse aquella existencia delicada nos hace conocer terribles amarguras y atroces sobresaltos; luego se les lleva de la mano apartando al mismo tiempo las piedras del camino que pueden herir sus pies, pasándoles en brazos los arroyos y prote-

giéndolos de la lluvia y del sol ; más tarde es su alma la que comienza á caminar, y tambien hay que guiar su vuelo y protegerla contra el mal... Y el hombre se acostumbra á esta mision y casi renuncia á sí propio para buscar en el presente y en el porvenir, en el cielo y en la tierra una fuente de felicidad para el sér á quien ha dado vida y que en cambio le besa con sus labios frescos y puros, le abraza con sus manos inmaculadas y mezcla sin repugnancia los dorados cabellos de su niñez con las agostadas canas de nuestra senectud.

El enfermo parecía haber recobrado nueva vida, su voz era segura y clara, sus movimientos rápidos y espontáneos. La passion, reina del mundo, triunfaba de la muerte.

Fernando callaba.

—Yo estoy seguro de que V. me comprende... Pero por eso mismo V. respetará el capricho de un pobre viejo moribundo. Nada puedo temer de V. Usted es un hombre honrado, y el honor de mi hija está seguro en sus manos. Usted la ama, bien lo sé, y no la hará desdichada ; pero yo no moriré tranquilo si aquí donde nadie más que Dios nos oye, en este momento solemne no me promete V....

Fernando dió un paso atras espantado de lo que iba á oír.

—¿Qué es eso? ¿Me he engañado, exclamó D. Antonio incorporándose en la cama con una ansiedad inexplicable. No puede ser, déme V. su mano y júreme ante Dios que mi hija será su esposa en cuanto yo muera...

Un silencio de muerte contestó sólo á sus palabras.

—¡Fernando!... ¡Fernando! Responda V....

Fernando seguía mudo, inmóvil, perdida la razon por el espanto, cerrando los ojos como si no quisiera ver algo terrible.

—Por el descanso de mi alma, por la santa memoria de su madre. Una palabra.

Y el infeliz anciano tendía las manos en la oscuridad como un ciego que teme caer.

—¡No puedo!... ¡Soy un miserable! exclamó por fin Fernando cayendo de rodillas ante el lecho.

D. Antonio dió un gemido.

En aquel momento el paso ligero de una mujer se sintió en

la próxima estancia, y el anciano exclamó apresuradamente con angustia:

—¡Alce usted! Ni una palabra más... ¡Es ella!

Al poco tiempo Fernando y María salían juntos del dormitorio y D. Antonio alzando los ojos y los brazos al cielo exclamaba sollozando:

—¡Ah! necesito vivir. ¡Dios mio!... ¡La vida, la vida!

NOCHE.

A las once entró el médico. Al advertir la repentina mejoría del enfermo expuso sus temores de que fuera el anuncio de una crisis gravísima, y recomendó los mayores cuidados. María escuchó sus órdenes consternada; la esperanza que comenzaba á acariciar se desvanecía. Al oír el parecer del doctor, se volvió á Fernando llena de dolor, y olvidándose de que no estaban solos, le dijo:

—¡Por Dios, no me dejes esta noche!

El médico sonrió, y Valentin, que en un rincon de la sala conversaba con un pariente de D. Antonio, sonrió también aunque de distinto modo, y levantándose precipitadamente se unió al grupo que formaban María, Fernando y el médico, diciendo:

—Pierda V. cuidado, María, esta noche velaré yo.

—Ah, sí, replicó ésta; gracias, Valentin, y le estrechó la mano.

Hasta las doce y media la conversacion fué general, interrumpida frecuentemente por las salidas de María, que con una intranquilidad febril acudía de tiempo en tiempo á asegurarse del estado de su padre.

Fernando disimulaba la espantosa lucha que dentro de él libraban todos los sentimientos de su espíritu, prodigando á María mil consuelos, alimentando sus esperanzas, hablando del restablecimiento de D. Antonio con una seguridad inaudita, expresada por un lenguaje nervioso y exaltado, mezclado con profundos ensimismamientos, de los que salía como de un sueño.

Cuando los amigos y parientes se retiraron, él pretextó una disposicion urgente que adoptar en su casa, la conveniencia

de respirar aire puro, la necesidad, en fin, de salir un momento, y asegurando volver pronto, despues de estrechar fuertemente la mano de María salió despidiéndose con un

—¡Hasta luégo!

En la casa quedaron solos María, su aya y Valentin, que se instalaron en la habitacion inmediata á la del enfermo. Este parecía dormir, aunque con un sueño agitado, en medio del que pronunciaba palabras ininteligibles y quejidos profundos.

La aguja del reloj siguiendo su marcha señalaba la una y media. María, que hasta aquel momento había esperado con tranquilidad la vuelta de Fernando, empezaba á impacientarse.

—¡La una y media! ¡Qué tarde es!... exclamó.

—Cierto, respondió Valentin.

—¡Y Fernando no vuelve!... ¿Le habrá ocurrido algo?...

—No es de suponer.

—Parecía que no estaba bueno, dijo el aya.

—Sí, me dijo que necesitaba respirar un poco.

—¿Quién sabe lo que habrá tenido que hacer? La vida en Madrid se hace de noche, y los hombres sobre todo somos incorregibles en ese punto. Él tiene muchos negocios...

—Es verdad; pero ¿por qué no decirlo?...

—En estos momentos hablar á V. de asuntos de interes hubiera sido ridículo. Creo que llama su papá de V...

—No, es que se ha quejado, repuso el aya.

La conversacion continuó indiferente, languideció y acabó por extinguirse como una luz que se apaga.

Valentin, con la mirada fija en María, gozaba de aquellas horas en que podía permanecer tranquilo cerca de la mujer querida, sintiendo á la vez cómo le hería su indiferencia afectuosa. Quería adivinar lo que pasaba dentro del alma de aquella mujer que él suponía criminal é impura, pero cuyo extravío disculpaba aún en medio de sus celos, porque veía lo inmenso de la pasion que lo producía. ¿No transigía él con sus celos sólo por poderla ver? ¿No la amaba siendo de otro?

Ella en tanto, combatida por distintos afectos y dolorosos presentimientos, escuchaba con afan creciente, ya la respiracion agitada de su padre, ya los pasos iguales y firmes de algun trasnochador que recorría la calle y que la llenaban de

esperanza al distinguirlos en el silencio de la noche, aumentando su intranquilidad cuando se perdían á lo léjos. Ni áun lo prosaico de la vida material y de las costumbres sociales han conseguido quitar su poesía á la noche.

La imaginacion excitada, las tristes ideas, el desasosiego del espíritu, parecen castigo de la desobediencia á esa ley universal del descanso, que miéntras la naturaleza acaba hundiéndose en el sueño, sólo el hombre se atreve á contrariar.

Las horas pasaban. El enfermo dormía más tranquilo. Acaso la voluntad firmísima de vivir había vencido al mal, acaso el Supremo Sér había escuchado su ruego.

La fiebre disminuía; la esperanza se convertía en realidad. María daba gracias al cielo con lágrimas de ternura.

¿Por qué no estaba allí Fernando para compartir aquella inmensa alegría?...

Tranquilo su espíritu en su afecto filial, el amor recobraba toda su fuerza, y nuevas dudas y nuevos temores venían á amargar su dicha...

¿No volvería más?... Aquella conferencia con su padre, la preocupacion de Fernando, ¿qué querían decir? Era consecuencia una de otra? Pero, sobre todo, ¿por qué no volvía?

No pudo resistir la impaciencia, y dirigiéndose á una habitacion vecina, abrió el balcon.

La luz de la aurora hirió sus ojos abrasados; los ruidos de la ciudad al despertar se hicieron más distintos.

El dia llegaba.

María cayó de rodillas delante del balcon y lloró.

J. CAMPO ARANA.

(Se continuar.í.)





LOS FENÓMENOS

DE LA REPRODUCCION EN EL MUNDO ANIMAL.

UANDO se examina la naturaleza, parece á primera vista que los séres vivos se distinguen por el carácter especial, constante y exclusivo de poder engendrar una nueva vida, miéntras que, por el contrario, los inanimados son incapaces de reproducirse. Así, un cristal únicamente puede descomponerse en sus elementos constitutivos, los cuales, por el curso natural de las cosas ó por medios artificiales, vienen más tarde á formar otra combinacion cristalina; pero sin que pueda compararse está descomposicion con aquella continuidad de la reproduccion que, en los séres vivos, liga un individuo con otro, ó sea con aquella generacion de los organismos que ante nuestros ojos aparece como rodeada de un oscuro é indescifrable misterio. El contraste está, segun se ve, bien marcado; sin embargo, el misterio desaparece en el momento en que llegamos á conocer que la diferencia entre la naturaleza animada y la naturaleza inanimada no es tan absoluta como se piensa; sobre todo si admitimos la posibilidad ó mejor dicho, la necesidad de la generacion primitiva ó es, pontánea de los séres orgánicos inferiores como fruto de la

materia inorgánica, sin la existencia de padres creadores de los mismos, y más todavía, si partiendo de este principio aceptamos la idea de que la nutrición y el crecimiento tienen por principal causa la facultad aumentativa ó creadora de la materia. La generacion en este caso no sería ya un fenómeno místico, y por tanto, si un organismo se origina dentro ó por medio de otro, pudiera explicarse el desarrollo de los gérmenes de la misma manera que explicaríamos el crecimiento de un cristal, ó sea estableciendo como verdadero el que dichos gérmenes se descomponen y reducen á movimientos de átomos, sólo perceptibles por los ojos de la inteligencia. Con esto se prueba que el límite de las investigaciones en el terreno de la reproduccion orgánica no es tan reducido como algunos creen. Vamos, pues, á exponer los principales fenómenos de esta reproduccion, concretándonos al desarrollo de los seres incluidos en el reino animal.

Si, como forzosamente hay que reconocer, los caracteres esenciales son comunes á los seres más elevados y á los que ocupan los últimos grados de la escala orgánica; si las diferencias graduales que entre ellos se observan no pueden ser atribuidas más que á la complicacion de la vida y á la multiplicidad ó mayor número de las partes ú órganos donde se revelan, claro es que por los organismos más inferiores será por donde naturalmente deberemos empezar nuestras investigaciones para descubrir estos fenómenos esenciales. Los seres más sencillos que Haeckel ha descubierto son las *protamæbas*, especie de glóbulos gelatinosos que crecen hasta un cierto límite, del cual no pasan. ¿Por qué la existencia de este límite? ¿Por qué al llegar el sér orgánico á un determinado tamaño, sus moléculas son atraídas por dos diferentes centros, y se produce la excision ó biparticion del organismo primitivo? La verdad es que lo ignoramos, y lo único que podemos afirmar es que tales fenómenos son efecto de la cohesion, y por tanto, perfectamente accesibles al cálculo. Llegado el momento de la excision, las ligaduras moleculares parece como que se quiebran, la parte media del animal se desgarrá, y el individuo, infiel á su nombre, se divide en dos porciones, cada una de las cuales empieza una vida individual que ya se venía preparando desde

mucho ántes. Hé aquí el caso más sencillo de la reproducción, ó sea la *multiplicacion por segmentacion*. El fenómeno continúa, y el movimiento molecular que provocó la primitiva division sigue actuando y produce la de cada una de las dos mitades resultantes, así como la de las cuartas partes que á su vez son resultado de éstas. De tal manera se fracciona el todo en un gran número de porciones, y el sér madre se descompone en un enjambre de vástagos ó retoños.

Esta multiplicacion por simple division de la masa hace suponer que el organismo que se reproduce así no debe estar caracterizado por una extrema complicacion, pues parece imposible imaginarse la reproducción de un coleóptero ó de un pájaro, animales más perfectos, suponiendo que dichos séres se descompongan en dos iguales. Sin embargo, las excelentes observaciones de Stein sobre las diferentes maneras de reproducirse los infusorios, nos han hecho conocer organismos que son muy superiores á las sencillas y rudimentarias moneras, y en los cuales hay, no obstante, segmentacion de la masa total, cuyas partes atraviesan una serie de nuevas y profundas transformaciones ántes de separarse en el estado de individuos propios. Dichas transformaciones combinadas con la segmentacion producen otra manera especial de reproducirse los séres orgánicos que se llama *reproduccion por medio de yemas ó gemmípara*. Estando subordinado á un cierto límite el crecimiento de los séres que la tienen, al cual llegan por medio de la asimilacion de sustancias nutritivas, resulta que el exceso de materia se acumula en un lugar determinado del cuerpo y allí produce un boton ó yema. De este género especial de reproducción, todos tenemos conocimiento, puesto que es el generalmente practicado por los organismos más sencillos, las células, y, merced al cual, tiene lugar la cicatrizacion de una herida ó la curacion de un miembro mutilado, etc.; dichas células, en efecto, no hacen más que multiplicarse por segmentacion y reproducción gemmípara. La segunda es muy superior á la primera y coloca más alto, en la escala animal, á los séres que con ella están dotados, pues la verdad es que representa la formacion de un nuevo sér en otro ya preexistente y el cual conserva, en todo ó en parte, su individualidad primitiva, sien-

do capaz de transmitir por completo á sus descendientes las propiedades y caracteres vitales que le distinguen.

El caso más sencillo de la reproducción gemmípara está reducido á que un animal produzca una ó muchas yemas que se transforman en seres semejantes al primitivo, así como el que éstos engendren á su vez otras y otros. Todo banco de coral es prueba de dicha generación, y demuestra al mismo tiempo que la diversidad de aspecto de los distintos géneros del coral no es debida más que á pequeñas modificaciones en esta manera de reproducirse, si bien hay algunos corales en los cuales se observan, no sólo dichas modificaciones accidentales, sino también verdaderas diferencias que se repiten con regularidad entre el ser madre ó productor y el ser hijo ó producido. Así lo ha hecho ver Semper recientemente en los corales en abanico y los corales hongos. Hémos aquí, por tanto, conducidos al importante fenómeno de la *generación alternativa*, que vamos á esclarecer con algunos ejemplos ántes de pasar á estudiar los caracteres esenciales de la reproducción sexual.

Dujardin ha descubierto un ser con forma de pólipo de brazos prehensores cruciformes, y designado con el nombre genérico de pólipo en cruz (*Stauridium*.)

Este animal, que crece adherido á un tallo á la manera de los pólipos, llega á producir con el tiempo, encima de su cruz braquial inferior, cierto número de yemas ó botones que se hinchan y redondean, adquiriendo poco á poco el aspecto de una campana, y desprendiéndose, al fin, después de haber tomado gradualmente la estructura y forma de una medusa. La medusa llamada *Chladonema radiatum* es la hija del *Stauridium*, al cual no se parece de ninguna manera: se reproduce sexualmente y de sus huevos salen *Stauridiums*. Estas dos maneras de reproducirse alternan, pues, una con otra, no siendo el pólipo en cruz más que la generación intermedia en el desarrollo de la medusa; de tal manera que los individuos dotados de reproducción sexuada nunca toman directo é inmediato origen en los huevos de este último animal. La lombriz solitaria nos ofrece un ejemplo semejante, aunque un poco más con plejo. Se sabe que el canal intestinal de los individuos molestados por dicho gusano expelle porciones del

mismo, las cuales están generalmente llenas de una cantidad tal de huevecillos que no parecen sino un conjunto ó paquete de ellos. Resulta, además, de la historia del desarrollo de los expresados gusanos, así como de sus relaciones con otros, principalmente los chupadores y turbinados, que aquellos se distinguen, á pesar de su imperfeccion y falta de órganos, por el carácter de individuos llegados á la madurez sexual ó de personas, segun la expresion de Haeckel. Si el gusano intestinal se rigiese, pues, para la reproduccion por iguales leyes que la mayor parte de los animales, sus huevos darían inmediatamente nacimiento á otros individuos articulados.

Pero no sucede así. Si un huevecillo del mencionado gusano cae por casualidad en un estómago que le convenga (como le pasaría por ejemplo al huevo de la *tænia solium*, propia del hombre, si llegase al del puerco), el embrion abandona el estómago donde ha dejado su envuelta y se aloja en los músculos, para formar allí una especie de ampolla que es la primera generacion intermedia. Pronto presenta dicha ampolla una yema ó boton helicoidal, que permanece inútil é inactivo tanto tiempo como el cisticerco vive dentro del cerdo. Pero si el tubérculo envuelto con la carne, no convenientemente preparada para la alimentacion, llega al estómago humano, la hora de la libertad suena; la vexícula generatriz perece, y el nuevo descendiente (en el cual podemos reconocer la cabeza y el cuello del primitivo gusano) sale representando una segunda generacion intermedia; su fecundidad es bien pronto notoria; el animal se prolonga y crece en forma de cinta; numerosas segmentaciones transversales, salidas de la parte superior del cuello, se marcan en él, y por fin aparecen las articulaciones del gusano intestinal; el individuo de la tercera generacion ó generacion sexuada.

En los ciclos del desarrollo que acabamos de mencionar, se ven alternando la reproduccion sin sexos con la reproduccion sexual. Antes de examinar algunos casos de la primera, tenemos desde luego que conocer los fenómenos de la segunda.

Se halla ésta caracterizada por el hecho de que para producir un nuevo individuo se necesita la reunion de dos factores ó elementos de forma diferente: el huevo y el sémen masculi-

no. El huevo primitivamente no es más que una célula simple, cuyo núcleo se llama utrículo germinativo, y el corpúsculo del núcleo, mancha germinativa, está provisto en ciertas clases de animales de una envuelta ó membrana particular, y en otros, por el contrario, desnudo y al descubierto, en cuyo caso permite ver muchas veces los maravillosos movimientos del protoplasma. Las células ovaríferas de las diversas clases de animales, aunque difieren bastante unas de otras por sus dimensiones microscópicas, son, sin embargo, en su esencia muy semejantes en todo el reino animal, desde las esponjas y pólipos hasta los mamíferos, comprendiendo entre ellos al hombre. La principal diversidad que entre sí pueden presentar dichas células consiste en que algunas, ricamente provistas de pitelus y de albúmina, se rodean de una costra ó cáscara bastante espesa y porosa, como sucede entre los insectos y los peces; miéntras que en otras afecta su envoltura la forma particular de una lente bicóncava, segun ocurre con muchos gusanos. Generalmente, entónces las expresadas células se forman en órganos particulares que se denominan ovarios. La otra materia sexual, el sémen ó esperma, contiene como elementos activos los llamados corpúsculos espermáticos, constituidos por una pequeña cabeza puntiforme ó elíptica, que suele estar encorvada en forma de gancho, y por un cuerpo filamentoso. Tan pronto como el sémen es capaz de producir la fecundacion, el apéndice filamentoso ejecuta movimientos reptatorios, y el desarrollo de los corpúsculos espermáticos, nacidos de las células, juntamente con la comparacion de estos movimientos y los oscilatorios de las células reflejantes ó vibratices, nos los dan á reconocer inmediatamente como formaciones celulares modificadas.

La vivísima lucha que entre evolucionistas y epigenesistas tuvo lugar en el siglo pasado, sólo reviste hoy un interes histórico. Los unos afirmaban que todo organismo se encontraba ántes de venir al mundo completamente formado, ya en el huevo ó en los espermatozoarios, y que, por tanto, sus órganos, de una extremada finura, sólo necesitaban desarrollarse. Los otros, y á favor de ellos ha quedado la victoria, veían únicamente en el huevo los materiales para la formacion del em-

brion, aunque sin diferenciar todavía, los cuales, á consecuencia de la fecundacion, habrían más tarde de transformarse produciendo los diversos órganos. No hace más de veinte años que al fin se ha descubierto la manera especial de verificarse la fecundacion. Para que ésta tenga resultados, es menester que un corpúsculo, al ménos, y en general muchos, penetren en el interior del huevo y se combinen materialmente con la albúmina.

Por lo que hasta ahora llevamos expuesto parece resaltar de una manera clarísima la oposicion entre la generacion sexual y la generacion sin sexos. Los estudios comparativos modernos han llevado á cabo, sin embargo, sobre este asunto una serie de observaciones que no podemos pasar en silencio, porque nuestro objeto es desarrollar los preliminares de la teoría de la descendencia é indicar la transicion gradual que, por todas partes, apreciamos en la naturaleza. Ya hemos visto en los ejemplos de generacion alternativa presentados anteriormente que las generaciones caracterizadas por la ausencia de huevecillos femeninos y sémen masculino se reproducen por la formacion exterior de yemas ó botones. Entre los dos procedimientos, la diferencia bajo el punto de vista fisiológico no es muy grande. En el uno, la sustancia que ha de formar al nuevo sér se deposita desde luégo al exterior; en el segundo, por el contrario, tiene lugar el depósito en determinados órganos interiores. El caso más frecuente de la multiplicacion sin sexos, en el interior de un animal madre, es la *formacion de gérmenes*. Como ejemplo de ella y de los más conocidos, podemos citar el período de desarrollo ó la alternativa de reproduccion del género *Distomum* de los gusanos chupadores, en el cual durante una de las generaciones de larvas, se producen en la cavidad del cuerpo del individuo paquetes de células ó gérmenes que, desarrollándose, forman la segunda generacion, las cercarias.

Es asimismo verdaderamente sorprendente el que las larvas de algunos dípteros (*Cecidomya Miastor*) sean producidas por gérmenes. En la cavidad del cuerpo de dichas moscas se produce, en efecto, otra segunda generacion de larvas, cuyo origen se atribuía antiguamente á una simple formacion por

gérmenes, hasta que se demostró que estos gérmenes procedían del ovario, aún no desarrollado completamente (si bien aparece con bastante anticipación en muchos insectos), y por consecuencia debían ser considerados como huevos sin fecundar. La segunda generación de larvas vive á expensas de la madre, devorando las sustancias grasas y aún los órganos del cuerpo de la misma; hasta tal punto, que bien pronto de este verdadero pelícano maternal no queda más que la piel, haciendo el servicio de envuelta protectora para la hija, la cual no tarda mucho en abandonarla. Dejando de mencionar otros ejemplos, en los que pudiera ser dudoso que gérmenes ó huevos no fecundados llegasen á su desarrollo, citaremos sólo algunos en los cuales dicho desarrollo, sin fecundación previa, es completamente cierto. La reina de las abejas, en el curso natural de su vida, deposita regularmente un gran número de huevos no fecundados, de los cuales salen más adelante los zánganos é individuos machos; esto ocurre con frecuencia á causa de especiales circunstancias que impiden tenga lugar la fecundación; y si por casualidad abejas hembras incompletamente desarrolladas y que no pueden ser fecundadas depositan huevos, éstos no dan origen tampoco más que á zánganos ó individuos machos. Las interesantísimas investigaciones de Siebold sobre la reproducción de una abispa, la *Poleites gallica*, han probado suficientemente que las hembras fecundadas que, después de pasado el invierno constituyen al llegar la primavera una nueva colonia, depositan huevos de donde salen individuos hembras y sólo excepcionalmente machos, mientras que la joven generación femenina resultante produce exclusivamente individuos masculinos. En diferentes mariposas sucede lo opuesto; es decir, que los huevos no fecundados sólo producen hembras, y lo mismo ocurre con diversos crustáceos inferiores. Volvamos ahora á considerar las especiales maneras del desarrollo que se presentan en la generación sexuada cuando la fecundación ha tenido lugar. El desenvolvimiento principia por una formación de célula que separan diafragmas ó tabiques constituidos por las envueltas celulares. Terminado el desarrollo, observamos, en reemplazo de la célula primitiva, una cantidad considerable de ellas, que son los

primeros materiales del embrión. Los óvulos mismos que se desarrollan sin fecundación, por partenogénesis, empiezan con esta multiplicación de células. En cuanto á los de aquellos animales cuyo desenvolvimiento no tiene lugar más que después de una fecundación previa, presentan también una tabicación incompleta si no llegan á dicha fecundación en un cierto período de la madurez. Hasta el presente estos fenómenos no han sido observados más que en los huevos de la golondrina y la gallina; pero tales casos no bastan por sí solos para despojar al expresado fenómeno del carácter de inmediato con que se presenta exclusivamente en el curso de la reproducción sexual.

Antes de que hubiera aparecido el trabajo verdaderamente clásico y fundamental de C. E. Von Baer sobre la historia del desarrollo de los animales (1), se había emitido ya la opinión de que los superiores de éstos paraban en los diversos grados de su desarrollo por las formas de los animales inferiores. La filosofía natural no se concretaba simplemente aquí á los límites de los tipos, sino que, además de admitir la hipótesis de que el embrión del vertebrado era primero pez, luego anfibio y hasta pájaro (tomando el significado de esta palabra en un cierto sentido, y como cuando se quiere hablar del desarrollo gradual de los órganos), sentaba como cierto que el embrión reproducía sucesivamente las formas de los tipos inferiores. El gran naturalista que ántes hemos nombrado contrareestó tal tendencia motivada por vagas analogías, demostrando que había un gran número de coincidencias entre el desarrollo embrionario de los animales superiores y la forma permanente de los inferiores; pero que esta semejanza se fundaba en el hecho de que la separación de la masa fundamental general en el embrión no estaba todavía efectuada y éste se hallaba, por tanto, en un grado de desarrollo donde se detiene la serie de los animales inferiores. Refutó también definitivamente la opinión de que los embriones de los tipos superiores pasasen en realidad por las formas permanentes de los animales

(1) Karl von Baer, *Ueber Entzickelungsgeschichte der Thiere. Beobachtung und Reflexion*. 1828.

inferiores. Aseguró que el tipo de cada animal parecía caracterizar, desde luego, al embrión y presidir todo el desarrollo del mismo. En cuanto á los vertebrados, en particular, manifestó que mientras más se profundizaba la historia de su desarrollo más semejanzas se notaban entre sus embriones, ya referentes al conjunto ó á las partes de los mismos. «Desde luego aparecen progresivamente los caracteres de las divisiones superiores, y despues los de las divisiones inferiores de los vertebrados. El tipo especial ha salido, pues, de un tipo general.»

Baer no encontró homología más que en los estados embrionarios de las diversas formas animales; pero forzosamente tuvo que salirse del límite de los tipos y hasta le pareció verosímil que entre todos los embriones de los vertebrados y de los invertebrados que proceden de un verdadero huevo haya una notable identidad cuando están aquéllos en estado de gérmen, propiamente dicho, en cuya época la característica del tipo no ha aparecido todavía. También se decidió á plantear este problema: «¿Todos los animales, al principio de su desenvolvimiento, se parecen por los rasgos esenciales y existe para todos una forma primitiva comun?» (1). Podríase con alguna razon, concluye, afirmar que la sencilla forma vesicular es la fundamental y comun, de la cual se originan los demas animales, no sólo ideal, sino históricamente.»

Ya se había reconocido por entónces que nada tenía de racional ni de fundada la distincion que, en otro tiempo, se creyó podía establecerse entre la reproduccion sin sexos y la verificada por fecundacion; igualmente se sabía que todo el desarrollo animal estaba reducido á la multiplicacion y transformacion de la primera célula germinativa. Era menester, pues, considerar la célula como la forma fundamental comun, en el sentido dado á esta palabra por los antiguos naturalistas. Ahora bien; la historia descriptiva del desarrollo orgánico no nos conduce inevitablemente á este organismo elemental, y aún la misma segmentacion de células no parece ser más que una preparacion para el desarrollo propiamente dicho. Es, por

(1) Véase la obra indicada en la página precedente, I, 223.

tanto, preciso comparar entre sí los diferentes tipos al estado de larvas lo más jóvenes posibles. Los descubrimientos y adelantos en este terreno han sido tan numerosos los diez últimos años y se han deducido tantas coincidencias sorprendentes, que hoy podemos ir mucho más lejos de lo que fué Baer. Estas coincidencias generales no se refieren únicamente á la separacion de los tejidos, sino á las homologías que se observan en la disposicion, forma y composicion de los embriones y larvas, y cuya accion ulterior ha de marcar profundamente los tipos propiamente dichos. Consideremos, en efecto, la larva de una esponja calcárea en el estado que Haeckel ha designado con el nombre de *Phase-Gastrula*.

Estas larvas están constituidas por un estómago provisto de una abertura bucal y cuya pared consiste en dos capas de células, de las cuales la exterior difiere de la interior por la forma prolongada de las mismas y por estar dotada de apéndices que sirven de órganos de locomocion. Las diferenciaciones y desarrollo ulteriores no son considerables, estando reducidos á modificaciones de las dos hojas ó láminas de células, denominadas la externa *ectodermo* ó *exodermo* y la interna *entodermo*. Este período de la larva pestañosa de dos capas ú hojas, provistas de la cavidad estomacal primitiva y de la boca, se encuentra tambien en el desarrollo de los coeleutéreos, y con débiles modificaciones en el de los equinodermos, diferentes gusanos, la sagitela, los ascidios y el *amfioxus*. De tan notable concordancia entre todos estos animales, principalmente los últimos, deduciremos más tarde preciosas conclusiones. Si no se concede importancia á los apéndices de la capa celular exterior (lo cual es permitido considerando las semejanzas entre dichos apéndices y las células), ó si se explica la existencia del primer estado de las larvas en el sentido de que de sus dos capas de células sacan todos los órganos su origen, entónces será menester añadir á los animales que acabamos de nombrar, no sólo el conjunto de los articulados, sino tambien los otros vertebrados, porque en ellos la banda germinativa se separa en dos capas de células ú hojas inmediatamente despues de su aparicion; si bien es verdad que por lo que hace al origen de la tercera hoja germinativa media y á su formacion, de-

bida á las otras dos, las observaciones y pareceres no están acordes.

Solamente á contar de estos trabajos es cuando la descripción del desarrollo orgánico ha tomado un camino distinto. La merecida gloria de Baer consistirá siempre en haber fijado los tipos del desarrollo independientemente de las formas zoológicas y anatómicas fundamentales de Cuvier, así como el estudio profundo que llevó á cabo sobre la naturaleza íntima de dichos tipos. Vamos á justificar lo que decimos ocupándonos de dos de éstos. Cuando el huevo de los articulados se ha cubierto de una piel ó película germinativa, parte de ella se condensa en una larga faja, asemejándose á una elipse prolongada. Es el primer estado de la superficie abdominal del animal futuro. Un surco divide en seguida esta franja y forma los dos lóbulos germinativos. Rayas transversales aparecen inmediatamente y constituyen los límites de los llamados primeros segmentos. Ya entónces se comprende que los órganos estarán dispuestos simétricamente y el cuerpo se compondrá de articulaciones colocadas unas á continuación de otras. Todo el desarrollo ulterior procede de dichos segmentos primitivos, que tambien se encuentran y tienen igual significacion entre los gusanos superiores, anélidos ó gusanos articulados, miéntas que en los articulados, propiamente dichos, las excrecencias y apéndices de tales segmentos se transforman en antenas, órganos de manducacion y extremidades; produciendo por sus variadas modificaciones en las regiones de la cabeza y de las partes medias y posteriores del cuerpo, una gran diversidad en el tipo. En cada caso particular vemos siempre la especialidad salir de lo que es más homogéneo é indiferente. Al representar un embrión en una época bastante adelantada de su desarrollo, nos suministra un ejemplo de lo que decimos. Este embrión es el del gran coleóptero negro *Hydrophilus piceus*, visto por el lado del vientre.

En él se distinguen todavía las antenas, los tres pares de órganos de manducacion y los tres pares de extremidades. En el curso ulterior del desarrollo, las partes laterales crecen hácia el dorso, en medio del cual acaban al fin por encontrarse. Se puede, pues, decir que con relacion á los verte-

brados, los articulados tienen el ombligo sobre el dorso.

El tipo de desarrollo de los vertebrados, por el contrario, se caracteriza por el hecho de que la inserción germinatoria no corresponde al dorso del animal. Al primer estado del fraccionamiento dorsal (que en ellos se refiere más tarde al canal de la médula espinal, rodeada poco á poco de una vaina que crece por abajo y la envuelve) sucede un segundo estado, que se distingue por la aparición de placas oblicuas ó vertebrales primitivas. Las placas laterales, situadas exteriormente á éstas, crecen por el lado del vientre y acaban por juntarse en el ombligo. En lugar de la columna vertebral propiamente dicha, la cual se compone de vértebras separadas, se encuentra siempre en el origen del desarrollo de estos animales una cuerda cartilaginosa ó cordon dorsal; y como á partir de este eje el sér rudimentario se transforma de alto á bajo en tubos, médula espinal con estuche y cavidad gástrica con canal intestinal, Baer caracterizó tal desarrollo con el epíteto de doblemente simétrico, á diferencia del de los articulados, que para él era simplemente simétrico; así como designaba con el nombre de desenvolvimiento macizo el de los moluscos. Esta última denominación se justifica en el hecho de que jamás hay en los citados moluscos alargamiento ó prolongación, ni repetición de partes semejantes articuladas, ó sea lo que Haeckel llama formación de metámeros.

Al llegar aquí es menester insistir otra vez sobre una consideración que ya hemos hecho, á saber: que las primeras investigaciones un poco extensas, referentes á las formas del desarrollo de los diferentes séres orgánicos, han conducido á la observación de que los embriones de los animales superiores, en los diversos grados de su desarrollo, se encuentran transitoriamente revestidos de formas análogas á las que en su estado último y definitivo presentan los animales inferiores, al ménos los pertenecientes á su misma rama.

De aquí se originó la idea de que el embrion de los animales superiores pasaba por las formas permanentes de los inferiores. La filosofía natural había, sobre todo en Alemania, desenvuelto esta teoría de una manera bastante fantástica y proclamado que el hombre, por su estructura y desarrollo,

resumía á todos los demas animales. «Entónces, dice Baer, tuvo lugar el brillante descubrimiento de Rathke. Se indicó la existencia de hendiduras branquiales en los embriones de los mamíferos y de los pájaros, y bien pronto se encontraron los vasos ó canales que recorrían dichas partes. Esto dió nuevo crédito á la teoría de la concordancia entre la metamorfosis del individuo y la oscura metamorfosis de todo el reino animal.»

En cuanto á las aplicaciones particulares y á las falsas conclusiones deducidas de las analogías generales, observadas cuando se representaba confusamente á los tipos cerniéndose sobre el conjunto y dominando el desarrollo individual, Baer se burló de ellas, y con tal motivo, se expresó como sigue: «Para convencernos de las poderosas razones que tenemos al dudar de semejante teoría, imaginemos, dice, que los pájaros hayan estudiado la historia de su desarrollo y que sean ellos los que comparen la estructura del mamífero adulto y del hombre. ¿No encontraríamos en sus obras de fisiología pasajes como el siguiente?» «Estos animales de dos y de cuatro extremidades presentan una gran analogía embrionaria, porque los huesos del cráneo están separados. No tienen pico como nosotros en los cinco ó seis primeros dias que siguen á la puesta. Sus extremidades son sensiblemente iguales entre sí y casi tan grandes como las nuestras. No hay en todo su cuerpo una sola pluma verdadera. No poseen más que un ligero plumon ó vello; de donde se deduce que nosotros en el nido estamos ya en un estado de desarrollo al cual ellos jamás llegan. Sus huesos son poco deleznable, y así como los nuestros durante la juventud, no contienen aire. Sus pulmones no se desarrollan en la primera edad. Dichos animales carecen en absoluto de molleja. El buche y los músculos del estómago están más ó ménos reunidos en un saco, durando esta disposicion toda la vida, mientras que en nosotros desaparece rápidamente. Las garras presentan en la mayor parte de ellos una anchura incómoda, parecida á la que tienen las nuestras ántes del nacimiento. Solamente los murciélagos poseen la facultad de volar. Y estos mamíferos, que tardan tanto tiempo despues de nacer en buscar por sí mismos el alimento y que jamás pueden ele-

vase libremente encima del suelo, pretenden estar mejor organizados que nosotros.»

Queda, sin embargo, el hecho del paralelismo del desarrollo individual y de la serie sistemática, á la cual pertenece el individuo. Como ejemplo escogeremos entre mil algunos casos fáciles y concluyentes. Los pólipos en el sistema han sido siempre colocados debajo de las medusas y, no obstante, hay un momento de desarrollo en que muchas de las medusas presentan la «forma de pólipos.» La estrella capilar, *Comatula*, muy comun en el Mediterráneo, se mueve libremente cuando su crecimiento es completo; pero ántes de llegar á tal desarrollo definitivo, su cuerpo está siempre adherido á algun objeto, y miéntras dicho animal permanece en el estado de larva se asemeja al que, segun todas las reglas de la sistematización y atendiendo á la época geológica de la aparición del género, ocupa un lugar inferior de la serie de los equinodermos. Los crustáceos de cola corta figuran por muchos caracteres encima de los de cola larga, á los cuales pertenece el cangrejo de rio. Pues bien; hay un momento de desarrollo en que la cola de aquéllos es muy larga.

El acortamiento de este apéndice, órgano de natación, facilita la carrera, y en alguno de dichos seres la vida sobre tierra, á causa de la disminucion ó anulacion del primitivo peso. Una de las series sistemáticas de los vertebrados conduce por los reptiles á los pájaros. Si éstos en las consideraciones fisiológicas que Baer les ha supuesto se enorgullecen, sin razon, de su vestidura de plumas, que falta al hombre como á los otros mamíferos, es menester convenir en que los pájaros, bajo este punto de vista, están mejor provistos que los reptiles, porque el bosquejo embrionario de la pluma es la escama. En el pájaro el estado embrionario es corto y transitorio; en el reptil queda permanente. Por lo que respecta á la articulacion embrionaria del pié, recuérdese que el tobillo del embrión del pájaro no está colocado como el de los mamíferos y el hombre, entre la extremidad de la tibia y el metatarso, sino en el metatarso mismo. Aunque los mamíferos no hayan sido jamás verdaderos peces, los órganos en el estado embrionario tienen mucha analogía con los de estos últimos animales. Las

hendiduras embrionarias del cuello corresponden á las hendiduras branquiales. El bosquejo del cerebro corresponde al cerebro completo del tiburón y la lamprea.

Para refutar la teoría de que el embrión recorre toda la serie animal, Baer se contentaba con probar que dicho embrión no pasaba jamás de un tipo á otro. Quedaba, sin embargo, por refutar la segunda parte de la teoría, ménos inverosímil, ó sea que en el interior de los tipos, al ménos los animales superiores en sus diferentes grados embrionarios, representaban las formas permanentes de los inferiores. Baer sostuvo que no había más que analogías, y por tanto el embrión, formándose poco á poco por separación histórica y morfológica prolongada, debía, *bajo este punto de vista*, coincidir con los animales ménos desenvueltos, tanto más cuanto más jóven fuese. Es muy natural decir que el embrión de los mamíferos se asemeja al de los peces, y lo sería ménos el invertir los términos de esta comparación, pues si en el pez no se quiere ver más que un mamífero poco desenvuelto (y la hipótesis no es fundada), sería menester considerar al mamífero como un pez llegado al desarrollo superior, y consecuente el sostener que el embrión del vertebrado es en sus principios un pez» (1).

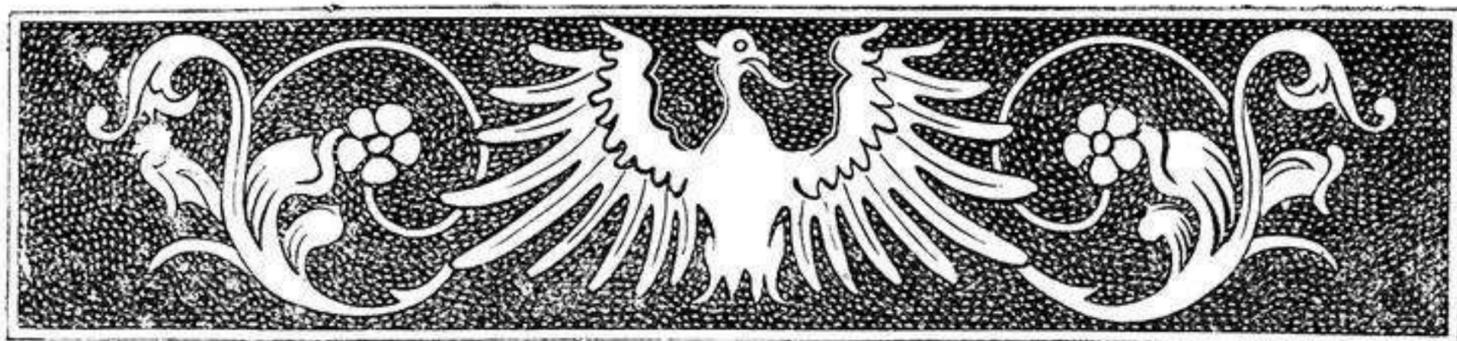
Nos hemos atendido por completo á la promesa que hicimos cuando empezamos este artículo, de no adelantar en él más que hechos. Pero estos hechos acumulados originan comentarios. A título de historia, han sido relacionadas las reflexiones precedentes, y ahora tenemos que preguntarnos si ellas nos satisfacen realmente. No lo creemos. La semejanza de las formas superiores imperfectas con las superiores perfectas no es debida solamente á una distinción general histológica y morfológica. Para citar un ejemplo, diremos que no se comprendería la formación de hendiduras branquiales durante el desarrollo de los huesos de la oreja entre los mamíferos, si no se tratase más que de una pura separación histológica y morfológica. Toda una clase de fenómenos quedaría además sin explicar. Queremos hablar de los órganos defectuosos y atrofia-

(1) Véase la obra indicada, página 30, I. 230 y siguientes.

dos (abortivos). Por último, ¿cómo explicar ese dominio de los tipos sobre los grupos y el desarrollo individual, tan pronto acabándole como dejándole incompleto? Estas diversas cuestiones ó preguntas no pueden recibir respuesta satisfactoria.

O. SCHMIDT.





LA TRAGEDIA DE LLIVIA

POR DON VÍCTOR BALAGUER

TRADUCCION CASTELLANA

DE

D. MANUEL DE LA REVILLA (1)

PERSONAJES.

OTMAN BEN ABI NETZA.
MONISA.
GEDHY BEN ZAYAN.
ÁRABES.

Un sitio solitario y frondoso de los Pirineos. Montañas al fondo. A un lado una cascada.

OTMAN, MONISA.

(Otman entra en escena llevando en brazos á Monisa dormida, y la pone con mucho cuidado sobre la hierba, reclinada en el tronco de un árbol, cerca de la cascada.)

OTMAN.

Aquí estará mejor. Es más espesa
La sombra aquí; más fresco es el ambiente,
Y más dulces y suaves los vapores
Que esparcen por el aire bullidoras
Las murmurantes aguas.

(Cubre á su amada con su alquicel, da algunos pasos en direccion á una roca que se alza junto á la cascada, y al pasar por delante de ésta se detiene un momento.)

(1) La circunstancia de ser ésta la única tragedia del Sr. Balaguer que no ha sido puesta en verso castellano, me ha movido á hacer esta traducción, que dedico al insigne poeta catalán.

¡Ay, cascada!

Si en arábiga sangre se tornasen
Tus límpidos cristales ¡con qué gozo
Los contemplara el Bereber proscrito!

(Se dirige á la roca, sube á ella y desde allí escucha, mira y todo lo examina alrededor.)

No los siento venir. Todo es silencio
Y todo soledad. A Llivia acaso
Regresaron, perdida ya mi huella.
¡Oh cuna de mi amor, luz de mis glorias,
Medina Llivia hermosa, Alá permita
Que vuelva á tus murallas para hacerte
Alcázar de mis bravos campeones
Y aljama de mi Dios! Ojos que un día
Te vieron, Llivia bella, ¿cuándo, cuándo
Te volverán á ver?

(Baja al proscenio).

Diéronme caza

Como á lobo feroz. ¡Raza de infames!
Un día he de volver, y en esa tierra
Que mis piés hollarán, tan espantosa
Memoria dejaré, que estremecidas
La habrán de recordar las venideras
Generaciones por eternos siglos!
¡Mis pobres Bereberes! Uno á uno,
Bañados en su sangre sucumbieron,
Fieles á su señor, víctimas nobles
De su deber y de mi amor; los pocos
Que, amparando mi fuga, allí quedaron,
Combatiendo habrán muerto.

(Mirando á Monisa.)

¡Por salvarte,

Solamente por eso, vida mía,
Otman retrocedió por vez primera!

(Se acerca á su amada y la contempla con amorosa ternura.)

¡Pobre infeliz! El sueño y el cansancio
Ya la han vencido. ¡Pobre palomita,
Que, á tu nido robada, por los montes

Hoy errante caminas! ¡Alá quiera
 Que sean tus ensueños de oro y rosas,
 Y que durmiendo la fiereza olvides
 De tus tiranas penas!... ¡Dulces brisas,
 Pasad ligeras sin alzar rumores;
 No resoneis, agrestes arboledas;
 Acalla tú, cascada rumorosa,
 De tus bullentes aguas el estruendo
 Para que duerma en paz la niña mia!
 Pronto, bien pronto, cuando al fin despierte,
 Despertará el fragor de sus dolores.
 ¡Cuán blandamente la infeliz respira!
 ¡Qué hermosa es! Su delicado aliento
 Los perfumados aires embalsama!
 ¡Oh tú, Vírgen, que adoran los cristianos,
 Y que ella ama también y cuya imagen
 Con joyas y con flores engalana,
 Sálvala, oh Vírgen, y mi vida toma!

(Se oye una voz que canta á lo léjos. A las primeras palabras que pronuncia, Otman echa mano á su alfanje; pero en seguida se detiene y escucha con atencion.)

UNA VOZ (*canta*).

Una nube deavecillas
 La luz del sol oscurece.
 ¡Ay del que teme y no vela!
 ¡Ay del que vela y se duerme!
 De aquella estrella brillante
 El resplandor palidece.
 ¡Ay del que teme y no vela!
 ¡Ay del que vela y se duerme!

OTMAN.

¿Será un aviso el canto? He de saberlo.

(Se dirige hácia el punto en que se oyó la voz y desaparece entre los árboles, despues de mirar á Monisa, que queda sola en escena.)

MONISA.

(Momentos de silencio. Monisa se despierta, se incorpora y llama á sus esclavas.)

¡Zorayda! ¡Sora! ¿Cómo no responden?

(Se levanta, y al encontrarse sola en el monte, lanza un grito y da precipitadamente algunos pasos, mirando á todas partes.)

¡Ah! Ya recuerdo. ¡Gritos de agonía!...

¡Vencedores los árabes!... ¡La guardia

Muerta en la lucha!... ¡En llamas el palacio

Y Otman, en medio del terrible incendio,

Sacándome en sus brazos!... ¡Por los bosques

Y por la áspera sierra ruda marcha,

Perdidos, fugitivos!... Y recuerdo

Que falta ya de fuerzas, bajo un árbol,

Y velándome Otman, á los pesares

Y á la luz se cerró mi pensamiento,

Y mis ojos tambien...

(Mirando espantada á todas partes, como queriendo reconocer el sitio en que se halla.)

¡Pero estoy sola!

¡Sola!... ¿Y Otman?...

(Gritando.)

¡Otman! ¡Vírgen sagrada!

¿Dónde estoy? ¿Qué lugares serán estos?

(Corriendo despavorida por la escena.)

¡Otman! ¡Otman!

MONISA, OTMAN.

(Sale Otman precipitadamente, la coge en sus brazos, donde Monisa se deja caer, reclinando la frente sobre su pecho.)

OTMAN.

Amor del alma mia,

Flor de las flores, perla y luz del Yémen,

¡Qué es lo que tienes, vida de mi alma!

MONISA:

¡Ay, no lo sé!... La soledad me aterra.

OTMAN.

Breve instante no más, sultana mía,
De ti me separé; tras de ese monte
Una voz escuché, que misterioso
Aviso parecióme.

MONISA.

¿Y qué?

OTMAN.

Fué sueño.
Nada he visto despues. Marchemos.

MONISA.

¿Quieres

Reposar un instante? Aún me faltan
Fuerzas para marchar.

(Otman se vuelve hácia el punto en que se supone que está Llivia
y con el puño cerrado hace un ademan amenazador.)

OTMAN.

De tus fatigas
Ellos la causa son. ¡Oh! si pudiera
Trocar mis iras en ardientes rayos,
¡Con qué acierto mi mano los lanzara!

MONISA.

¡Otman, Otman! De Dios el Hijo enseña
 Á perdonar. Sobre la cruz clavado,
 Alzó los ojos al Eterno Padre
 Y el perdon le pidió de sus verdugos.

OTMAN.

Yo á los míos pudiera perdonarlos;
 Pero á los tuyos no. Niegue á mis ojos
 La luz del día Alá, y el paraíso
 Cierre á mi alma, si á esta tierra infame
 No vuelvo alguna vez, y la destroza
 De mi venganza el terremoto horrible.

MONISA.

¡Odios siempre y rencores! ¿Cuándo, cuándo,
 La cruz del Justo alzando, como emblema
 De amor y no de guerra, los mortales
 Se estrecharán en vínculo amoroso,
 Siendo en la tierra y en el cielo hermanos!

OTMAN.

Eso jamás sucederá, Monisa;
 Que tu ley no es la mía. Los combates
 Amo y la guerra; en medio de la lucha
 Mi bravo corazón de gozo estalla
 Cual la granada de rubíes llena.
 Cual la venganza no hay placer ninguno;
 Tan sólo el del amor en que me abraso
 Cuando en tus ojos célicos me miro,
 Y mirándome tú, vuelvo á la vida,
 Con la venganza puede compararse.
 Yo no creo en tu Dios. Nuestro destino

Está ya escrito. Dios lo ha decretado
 Y tendrá que cumplirse, porque el hombre
 Sin albedrío rueda por el mundo.
 ¡Dios es grande y Mahoma es su profeta!

MONISA.

¡Yo sí que creo, y mi creencia es santa!
 ¡Creo en el Dios del cielo y de la tierra,
 Eterno y poderoso; en el Dios Padre,
 Fuente de bienes, de virtud ejemplo;
 De la eterna verdad sol refulgente!
 ¡Oh, sí! ¡Yo creo en Dios, Padre del mundo,
 Que todo es luz, y amores y dulzura;
 Que al universo ha dado la existencia,
 Canto á las aves y palabra al hombre;
 Que tiene ante sus plantas prosternada
 La humanidad creyente; de los rayos
 Es supremo Señor; á todo infunde
 El aliento de vida; á los perversos
 Castiga y á los justos da corona;
 Viste la tierra de radiantes galas;
 Platea el agua del bullente rio;
 Del mar las olas poderoso enfrena;
 Al astro presta luminosos rayos;
 Y con la luz que de sus ojos brota
 Del sol enciende la voraz hoguera!

OTMAN.

¡Sultana de mi amor!

MONISA.

No soy sultana.

(Señalando á derecha é izquierda)

Los tuyos allí están... tras de ese monte
 Se hallan los míos y tras él me esperan

Mi tierra amada y mis paternos lares.
Ya percibo su aroma delicioso;
Ya el aire trae á mi doliente pecho
Recuerdos y perfumes de mi infancia.
¡Benditos sean los que así me arrojan
De Llivia y me devuelven á las tierras
De Aquitania feliz, donde otro tiempo,
Cuando era niña aún y balbuciente
Cristianas oraciones murmuraba
Que un dia me enseñó mi santa madre,
Y que puras pasaban por mis labios,
Aún vírgenes de frases amorosas!
A mi castillo vuelvo. En sus murallas,
Cual rica joya y estandarte honroso
De su antigua mansion, enarbolaron
La cruz del Justo en la almenada torre
Mis heroicos y nobles ascendientes,
Y allí fundaron el sagrado templo
Donde mis manos á la Vírgen santa
Tantas veces de flores coronaron.
¡Vivos en mí creencias y recuerdos,
Vuelvo á mi patria, cual paloma amante
Arrebatada al regalado nido,
Perdido el corazon, la fe salvada!

OTMAN.

Luz de mi corazon y de mis ojos,
Perdon te pido si mi torpe labio
Pudo faltarte... ¡Pero no! No pude
Herirte en tu creencia. ¡Cómo hacerlo,
Si juzgo que igual fe tenemos ambos!
¡Oh, rosa indiana, vaso de perfumes,
Más dulce que la miel, más estimada
Que el incienso y la mirra que se esparcen
Por el templo espacioso en densa nube;
Más que la luz hermosa; más querida,
De más belleza y precio que una sarta

De ricas perlas del Catay; primero
Que yo te ofenda, deslizarse vieras,
Con estruendo y fragor, de sol un rayo

MONISA.

¡Otman!

OTMAN.

¡Cuánto te adoro! Más hermosa
Eres que el sol naciente, y más preciada
Que un harem de bellezas peregrinas.
Mi alma herida de amor, cristiana bella,
Va hácia ti cual las nubes van al cielo,
El acero al iman y al mar los rios.
Por ti lo perdería todo ¡todo!
Patria, riqueza, honor, vida, ambiciosas
Esperanzas en Córdoba fijadas,
Mi odio indomable al árabe maldito,
Hasta la recompensa prometida
Que Mahoma me tiene reservada
En su cielo inmortal, por ti lo diera.
¿Qué es lo que quieres, dí? Manda, amor mio.
¿Quieres que en asesino y en verdugo
Me convierta por ti? ¿Con este alfanje
Quieres que rasgue el pecho en que se oculta
Mi corazon, para que en él te veas
Como en límpido espejo reflejada?
¿Quieres que despiadado, á sangre y fuego,
Entre por el espacio dilatado
Que desde Llivia á Córdoba se extiende?
¿Qué es lo que quieres, dímelo?

MONISA.

Querría

Que ya que un solo amor ambos tenemos,
Un solo Dios reinase en nuestras almas.

OTMAN.

¿Qué me pides, Monisa?

MONISA.

Otman, escucha.

Tres años transcurrieron desde el día
 En que, rompiendo del pudor las trabas,
 Y abandonada por el ángel bueno,
 Caí loca de amor en esos brazos.
 ¿Por qué al castillo de Eudo de Aquitania,
 Mi anciano padre, quiso Dios que un día,
 A pactar alianzas tú llegases?
 ¿Por qué con sensaciones que ignoraba
 Mi vírgen corazón, mi paz dichosa
 Turbaste y en el fondo de mi pecho
 Hiciste resonar dulces palabras
 De amor, que nunca oyera? ¿A qué viniste
 Furtivamente á despertar del sueño
 En que yacía á mi inocencia santa,
 Del Señor por el ángel protegida?
 ¿Con qué secreto encanto me hechizaste?
 ¿Qué pasó por mi sér? Dí, ¿qué palabras
 Entónces me dijiste, que las horas
 Pasaba enteras, con tu amor soñando,
 Pensando en ti de noche, por el día
 Abrasada en el fuego de tus ojos,
 Y loca devorando tus miradas?
 Llegó un día fatal... ¡Nunca viniera!
 Pero no; que Dios sabe por qué envía
 Los goces y las penas... Fué una tarde...
 El aire era de fuego, chispeaban
 Tus ojos, las palabras que decías
 De fuego eran también...; nunca la atmósfera
 Fué más ardiente, tú más atrevido,
 Ni más crédula yo...; jamás tampoco

Mostramos: yo, más lánguida flaqueza,
Y tú pasión más temeraria y fuerte...
Cual si á verme en tus brazos se negara,
Trasponiendo la sierra, el sol huía;
Pero al huir, de púrpura los cielos
Dejó teñidos, y jamás tan rojos
Los he llegado á ver... ¡De mi deshonra
Ellos, ya que yo no, se avergonzaban!
Por ti y contigo abandoné yo entónces
De mi padre el castillo, los lugares
En que feliz se deslizó mi infancia
Y la sagrada tierra en que se encuentra
La tumba de mi madre. ¡Todo, todo
Te lo he entregado, Otman, la propia vida,
La patria, el corazón y la pureza!
No hay en mí ni siquiera un pensamiento
Que no sea tuyo, y tuyo es cuanto puedes
En mí ser encontrar. Nada hay oculto
Para ti, ni en mi cuerpo ni en mi alma.
Nunca una queja murmurar oíste
A mis amantes labios. A mis solas
Yo rezaba á mi Dios; pero ninguno
Lo ha llegado á saber, y en aquel nido
De flores, y de joyas, y de galas
Que dispusiste tú, la Virgen pura
Subir hasta sus piés me permitía
En alas de cristianas oraciones.
Hoy eres un proscrito... te persiguen...
Tus amigos murieron; triste, pobre,
Sin glorias ni riquezas (esparciólas
El viento cual cenizas por los aires)
Sólo te quedo yo; pero conmigo
También queda mi amor. ¡Sí! concluida
Ya para ti toda esperanza humana
Te quedarán mi amor, mi vida entera,
Y de la fe cristiana la esperanza
Cristiano te querría, Otman. ¡Cuán dulce
Fuera entónces mi vida! Nuestras manos

Del verdadero Dios ante las aras
 Uniéramos amantes, cual unidas
 Nuestras almas están. Volver pudiera
 Ya redimida á los paternos lares,
 Y sin bajar la vista avergonzada
 Ni ostentar en mi rostro enrojecido
 El color que teñía el horizonte
 En el dia que há poco recordaba,
 Mirar podría, sin rubor ni pena,
 Frente á frente la tumba de mi madre
 Y á mi padre decir con firme acento :
 ¡Este es mi esposo, padre, y vuestro hijo!

OTMAN.

¿Qué me propones? ¡Y escucharlo pude
 Tan sereno y tranquilo! ¿Qué me pides,
 Oh mujer, qué me pides, que ya siento
 Hervir y circular toda mi sangre,
 Como si fuera lava derretida?
 ¿No te he dado mi amor? ¿Humilde esclava
 No es mi alma, oh mujer, de tus caprichos?
 Nombre, poder, riqueza, honor, fortuna,
 Todo lo he dado, todo... ¿Qué más quieres?
 ¿Qué más quieres de mí? La tierra entera
 Nada oculta que yo no pueda darte.
 ¿De Córdoba apeteces el imperio?
 ¿Quieres sentarte del Califa mismo
 En el dorado trono ó la sultana
 Ser de cuantos harenes voluptuosos
 Hay en Arabia, de hermosuras llenos?
 ¿Quiéres tal vez de Córdoba y Damasco
 Ser reina soberana, oh tú, más bella
 Que el estrellado cielo, más hermosa
 Que una alfombra de flores, más preciada
 Que todo un mar de perlas tapizado,
 Amor del corazón, hurí divina,
 Para mí de los cielos enviada?

Pídeme, hermosa, cuanto pueda darte,
 Cuanto pueda soñar tu pensamiento,
 Cuanto pueda inventar tu fantasía;
 Todo, sí, todo, incluso mi existencia;
 Pero la eterna salvación soñada,
 La religión sagrada de mis padres,
 La gloria que me espera tras la muerte,
 No la pidas, mujer... ¡te la daría!

MONISA.

No hablemos de ello, pues. Sé que me toca
 Sufrir á solas. Por doquier que vayas
 Te seguiré. No volverán mis labios
 Jamás á molestarte con mis quejas.
 Resignada á mi suerte, que es la tuya,
 Me verás á tu lado, como siempre,
 Cual la esclava ha de ser, sorda y callada,
 Cual debe ser la concubina, muda...
 Si me ves desmayar y consumirme,
 Si de secreto llanto huellas notas
 En mis ojos, la causa no preguntes...
 Sabré morir callando, siempre amante;
 Sabré morir buscando tus miradas
 Y tu amada existencia bendiciendo.
 Ingrata no he de ser ni aún en la muerte,
 Que ella te salvará. Soy como el sándalo
 Que perfuma el cuchillo que lo mata.

OTMAN.

¿Morir tú? ¿Morir dices? ¿Y yo entonces?

MONISA.

¿Quién mi secreta pena calmaría,
 Sino la muerte? ¿Quién pudiera darme
 El bálsamo que cura estos dolores?

OTMAN.

(Después de un momento de vacilación.)
 ¿Preguntas quién, cristiana? El renegado.

MONISA.

(Con transporte de alegría.)

¡Dios mío!

OTMAN.

¡Tú eres mi única creencia!
 ¿Morir tú? ¿Tú morir cuando yo puedo
 Salvarte? ¡Eso jamás! ¡Dios, amor, patria,
 Todo eso lo eres tú! Ya el renegado
 El bautismo demanda.

(Monisa coge amorosamente con las dos manos la cabeza de Otman y le da un beso en la frente, dejando descansar en ella sus labios por un momento.)

MONISA.

¡Que lo sean
 Estas lágrimas dulces de ventura
 Y de amor, que resbalan de mis ojos!

OTMAN.

¡Cuán dulces son para mi pecho amante!
 ¡Cuán suave aroma por mi ser difunde
 De tu amor el incienso! De mi vida
 Desaparece ya toda negrura,
 Y en mi nueva existencia que el bautismo
 De tu amor purifica, ya revive
 El corazón que al cielo se levanta

De luz y de armonía entre torrentes!
 ¡Cual si estuviera en mi postrer momento,
 Mi amor tu Dios mi corazon confiesa!

MONISA.

¡Hora santa de Dios, que Él te bendiga!
 (Otman abre los brazos y Monisa se deja caer en ellos llorando y
 reclinando la frente sobre el pecho de su esposo.)

OTMAN.

(Repitiendo amorosamente y con gran ternura sus últimas pa-
 labras.)

¡Mi amor, tu Dios, mi corazon confiesa!

(Silencio prolongado. Los dos amantes forman un grupo en medio
 de la escena. Sólo interrumpen el silencio los sollozos de Monisa
 que llora de ternura con el rostro puesto sobre el pecho de Otman,
 que la abraza y la contempla con amor. En estos momentos, y sin
 que lo adviertan ambos personajes, llegan silenciosamente por el
 fondo y se esconden entre los árboles y matas, Gedhy Ben Zayan
 y una partida de árabes.)

OTMAN, MONISA, GEDHY BEN ZAYAN, ÁRABES.

(Al descubrir Gedhy el grupo que forman Otman y Monisa lo en-
 seña á los suyos, que se adelantan entónces con gran precaucion y
 de pronto se arrojan sobre Otman, se apoderan de él, lo derri-
 ban y lo matan despues de una breve lucha, sin darle apénas tiem-
 po para gritar y defenderse. Monisa, de quien otros se apoderan
 al mismo tiempo, lanza un grito supreno al sentirse arrancar de
 los brazos de su esposo y cae desmayada. La escena es rápida.
 Gedhy, que se había quedado en el fondo del teatro, se adelanta
 lentamente, y despues de tocar con el pié el cuerpo de Otman para
 asegurarse de su muerte, se detiene un momento á contemplar la
 belleza de Monisa.)

GEDHY.

(Señalándolos á los suyos.)

¡Ahí los teneis!

OTMAN.

(Al verse sorprendido.)

¡Traidores! ¡Miserables! (Cae muerto.)

GEDHY.

(Adelantándose y contemplando á Monisa.)

¡Por Alá que jamás en estos montes
Se hizo caza tan rica ni preciosa!

(Se vuelve á los suyos y les dice, señalándoles primero el cadáver
de Otman y luégo á Monisa que continúa desmayada.)

¡Él á un barranco!... ¡Ella al harem!... ¡De prisa!

EL TELON CAE RÁPIDAMENTE..





LA CONSERVACION

DEL IMPERIO TURCO

DOCAS obras ha llevado á cabo la diplomacia, que realizadas despues de una larguísima preparacion y con las mayores solemnidades posibles, parezcan al dia siguiente de consumarse tan estériles, efímeras é imperfectas como el tratado de Berlin. Así lo han indicado ya algunos gobiernos de Europa, así lo han dicho publicistas autorizados y respetables y la prensa de todos los países del mundo. Más aún: no conocemos los defensores de ese convenio; nadie ha hablado hasta ahora de él en términos que arguyan el convencimiento de que ha resuelto el problema oriental, de que ha creado en Levante una situacion estable, de que merecen profundo respeto sus cláusulas y estipulaciones, de que el equilibrio á que éstas dan vida es capaz de impedir en aquella region hechos como los que han dado márgen al conflicto ruso-turco. Nadie sostiene ninguna de esas proposiciones, porque discutiendo con el tratado y la historia á la vista, es imposible sostenerlas. La paz de Berlin es una de las obras más estériles, efímeras é imperfectas de la diplomacia en nuestro siglo.

A esta imperfeccion contribuyen tanto su base como sus

pormenores. Cuando dió cuenta lord Salisbury al Parlamento inglés de haberse acordado la paz en los términos en que se convino, indicaba que era el último plazo otorgado por Europa al gobierno turco para rehabilitarse, reformar y mejorar su administracion, el plazo que le había concedido el Congreso. Lord Beaconsfield, más tarde, para justificar la actitud de Inglaterra, sin enajenarse las simpatías de los partidarios que tiene entre los torys la integridad del imperio otomano, partiendo siempre de que la paz de Berlin es una modificación de la paz de San Estéfano, ha supuesto y querido probar con extraña insistencia que todos los esfuerzos hechos al concertar esa paz y la mayoría de las transacciones acordadas en ella no tienen más objeto, no se encaminan á otro fin que al de conservar al Sultan un poder independiente, á Turquía las condiciones de una potencia autónoma y á la Sublime Puerta medios de gobernar como los que posee cualquiera otro de los Estados del viejo continente. Y sin duda de ningun género, aunque el protectorado de Inglaterra en el Asia Menor limita aquella independencia, aunque la cordillera de los Balkanes flanqueada por dos fortalezas búlgaras, Sofía y Varna, no basta á garantizar la autonomía del reducido imperio satisfactoriamente, y aunque las instituciones de que han de dotarse las provincias que quedan bajo la dependencia del Divan, restringirán mucho los únicos medios de gobierno que sabe y puede emplear la Sublime Puerta, no es posible negar por completo valor y certidumbre al aserto de lord Beaconsfield. Más ó ménos *mediatizada*, Turquía sigue viviendo como un pueblo cualquiera. Continúa en vigor la ficcion de que el imperio de los Osmanlis es un Estado. Territorios extensos y feracísimos, la ciudad mejor situada de Europa y muchos millones de hombres, entre los cuales hay algunos por su raza, por su espíritu, por sus creencias, por su idioma unidos á familias europeas emancipadas del yugo turco, seguirán obedeciendo la autoridad del Padischah, los acuerdos del Harem, los caprichos de la innoble tiranía que hace algunos siglos tiene su trono y su asiento á orillas del Bósforo. Esta es la base del tratado de Berlin, de las reformas llevadas á cabo en el de San Estéfano. No desaparecía por completo en ése el im-

perio turco, pero distaba mucho de quedar como en aquél. Ahora bien: la condicion primera para *resolver* el problema de Oriente es que el imperio turco de Europa desaparezca. Mientras el imperio turco subsista, el problema subsiste. La paz de Berlin conserva el imperio turco, luégo la paz de Berlin no resuelve el problema de Oriente, y como además de esta causa de nuevos conflictos, hay en gran número de cláusulas de ese tratado innumerables gérmenes de próxima discordia, todo ello conspira á demostrar que la paz de Berlin es una obra estéril, efímera é imperfecta.

El motivo de que, en esto al ménos, lo sea, no es otro que la voluntad de las potencias de prepararse, disponerse y aperibirse mejor para el reparto de Turquía; nuevo indicio de lo estéril, efímero é imperfecto de la paz de Berlin. Europa tenía medios de deshacer ahora la obra de Mahomet II y de sus antecesores. Turquía, impotente para resistir á Rusia, ¿hubiera sido más capaz contra los demas pueblos, ya que todos debieron contribuir á esta obra verdaderamente cristiana y europea? Es ocioso discutirlo. Por otra parte, lo que aquí se propone ¿es una injusticia, es un atentado inicuo y violento contra derechos legítimos é intereses respetables? Si lo fuera, Europa debería abstenerse de realizarlo; pero ¿lo es? Hé aquí lo que á nuestro juicio necesita alguna discusion. El tratado de Berlin sufrirá sin duda, y muy pronto acaso, sensibles reformas. La primera de ellas debe afectar á esa circunstancia, que es su base. Lo aconsejan todos los buenos principios y lo anuncian todos los cálculos más racionales y probables. Si la cuestion de Oriente vuelve á plantearse íntegra, Turquía no sobrevivirá al debate, como en 1856 y en 1878.

La opinion debe irse acostumbrando á esta idea en cuya exactitud rigurosa fiamos, tanto más cuanto que respecto de ella hay, lo mismo en nuestro país que en los demas pueblos de Europa, preocupaciones de todo punto injustificadas, y en España hasta inexplicables, porque nada explica que nosotros opinemos en lo que á tales materias se refiere como los franceses, perpetuos aliados y eternos amigos de la Sublime Puerta, ni como los ingleses para quienes la integridad del imperio otomano fué siempre una garantía de preponderancia, ni como

los belgas que por las combinaciones de la diplomacia y las necesidades del equilibrio internacional pueden creer su independencia ligada á la suerte de Turquía.

La primera de estas preocupaciones es, á nuestro juicio, la de que los turcos deben ser mirados con simpatía porque defienden la independencia de su patria contra aspiraciones que la desconocen y atropellan, violando los principios elementales del derecho de gentes. Para que esto fuera exacto sería preciso ante todo que Turquía fuese un Estado y no un Gobierno, según la distinción feliz de Gortschakoff respecto del Austria; que Turquía fuese una nación, un cuerpo político y no una iniquidad que se perpetúa á través de los siglos, por la inexplicable tolerancia de Europa y no la ocupación de un territorio por invasores que le gobiernan militarmente y le mantienen después de cuatrocientos años en estado de guerra. Y en esto no hemos de ver sólo la causa de tal preocupación alimentada por la prensa de Londres y de París; existe también la raíz y el germen de todo el vasto problema oriental. Para conocerle hay que comenzar á estudiarlo por ahí, preguntándose ¿qué es Turquía? y respondiendo de acuerdo con la historia que es un poder y no un Estado, un poder tiránico que oprime y veja á algunos millones de cristianos dignos de amparo, que esteriliza y torna en infecundas comarcas deliciosísimas del Oriente de Europa, que es un dique y un obstáculo opuesto á la marcha y á los progresos de la civilización, una causa perenne de discordia en el continente.

I.

Comparando el estado de Turquía con el de los demás pueblos de Europa, «bajo el punto de vista de la homogeneidad y de la consistencia nacional, dice un escritor ilustre, se observan en ellos fenómenos completamente diversos.» Las diferencias de origen, de religión, de idioma, de costumbres y de afectos, que en otros pueblos no quebrantan la unidad social ni amenguan el vivísimo interés común que crea, estimula y mantiene grandes virtudes patrióticas; al Oriente de Europa, en el imperio fundado por los nietos de Ertogrul, obran desde

hace mucho tiempo como el más activo y enérgico disolvente, le han hecho de condicion distinta á los demas estados del viejo mundo, y le han impedido, desde la mitad del siglo xv hasta la mitad del siglo xix, que llegue á formar verdadero cuerpo de nacion, que lleguen sus ciudadanos y sus provincias á fundir los opuestos intereses que le señalan su carácter y su historia, bajo un solo apellido y una sola bandera. La voz de llamamiento hecha en Turquía contra el extranjero que se propone dañar y forzar el imperio, trae soldados bajo las banderas del sultan, pero lleva partidarios é insurrectos á las del enemigo. La integridad y el amor á la patria no son allí como en otras partes ideas que apasionan á todos los ciudadanos.

Hasta en los países donde hay mayor diversidad de razas, los hijos de unas y otras han llegado intelectualmente á fundirse en una especie de homogeneidad política y moral por cuya virtud todos los ciudadanos se consideran y se llaman con igual derecho miembros del Estado á que pertenecen, y el gobierno se dice representante y protector nato de todos los individuos que forman el Estado (1). En Turquía no sucede esto. El gobierno turco sólo protege y representa á los turcos. Mal que pese á los autores de Constituciones escritas para ser olvidadas, ó sólo para procurarse fácil respuesta á las reclamaciones de toda Europa, allí no gozan de derechos más que los otomanos; como en los dias de Mahomet II el pueblo cristiano es un elemento que está muy léjos de alcanzar la igualdad política, base de la unidad nacional la más firme, indestructible y fecunda. «Los cristianos de Turquía no tienen un puesto al nivel de los musulmanes; están debajo de ellos» (2).

¿A qué causas ha de achacarse ese efecto que es, sin género alguno de duda, la raíz y el nudo de la pavorosa cuestion de Oriente? ¿Sucede lo que en Turquía en otros pueblos de Europa, hijos como el imperio otomano de la conquista y de la violencia, amalgama de razas distintas y mezcla informe de creencias y hábitos opuestos? No.

(1) ROLIN-JACQUEMYS, *El derecho internacional y la cuestion de Oriente*.

(2) *Idem, íbidem*.

Desde el siglo xiv al siglo xvii luchó desesperadamente Irlanda contra Inglaterra y fué sometida al cabo y vive hoy dentro del derecho comun de la sociedad británica. Italia, campo de batalla de todos los pueblos de Occidente en la Edad Moderna, tiene una historia de guerras y desastres en cuyas páginas sería difícil encontrar vestigios de otro derecho que el que escriben los conquistadores con la punta de su espada; á pesar de ésto, por cima de las luchas, divisiones y rivalidades que tegieron sus anales desde los siglos medios, cada dia que pasa es más apasionado y firme su amor á la unidad, y cada dia que pasa, estrechan los italianos con mayor fuerza los vínculos que ligan á sus antiguas ciudades, repúblicas, señoríos, reinos y principados, bajo la bandera de la augusta casa de Saboya.

La historia de Alemania es como la de Italia, una serie de vicisitudes sangrientas; los caractéres que ha de tener una nacion para serlo destácanse allí, no obstante, con todo el vigor necesario para que no sea aventurado augurar al imperio aleman prosperidad creciente y á los pueblos germánicos la completa realizacion del ideal que inspira su política. Rusia, desde que los Godos vinieron de Escandinavia é invadieron casi lo que forma su territorio actual hasta nuestros dias, ha visto constituir y dilatarse su vasto imperio por una serie de conquistas que necesitaría largo espacio y muchos volúmenes si hubiéramos de relatarlas con fidelidad; las conquistas han creado esa nacion poderosa y formidable á quien alienta un espíritu de unidad, con tal vigor mantenido, que sus aspiraciones constituyen un gran peligro para otras potencias de Europa. Forma parte de Rusia gran porcion del antiguo y afamado reino de Polonia, víctima de inicuos tratos. Hasta hace muy pocos años Polonia ha soñado reivindicar su independendencia; desde 1863 ninguna tentativa nos afirma que persista en el deseo de lograrla, y si hubiéramos de dar crédito á informes publicados hace algun tiempo, la masa general del pueblo debe hallarse bien avenida, ó en camino de estarlo, con la dominacion rusa que es cada dia que trascurre ménos opresora y tiránica de lo que apetecen los que anhelan restaurar más la antigua oligarquía que la antigua independendencia polaca.

Esto en cuanto á la violencia y la conquista como origen de

las naciones en la actualidad constituidas. De las diversas razas en que se puede descomponer su poblacion, de la variedad de creencias religiosas que do quiera se advierte, ¿qué hemos de añadir? En todas partes se echan de ver esas diferencias. No hay Estado que represente un todo homogéneo y compacto bajo ninguno de esos aspectos. Las guerras, las invasiones y las crisis del pensamiento religioso han destruido la unidad de raza y la unidad de fe. Turquía no es en ninguna de estas dos esferas una excepcion en Europa, aunque debamos reconocer que las diferencias religiosas que separan á los elementos constitutivos del imperio otomano sean más hondas y radicales que en ningun otro país. Turquía no es, considerada bajo uno y otro punto de vista, la excepcion de Europa. En lo que puede calificársela así es en su gobierno y régimen desde 1453 á nuestros días.

Todas las razas conquistadoras han gobernado los pueblos sometidos á su autoridad para asimilarse á ellos y establecer en el país subyugado esa comunión de intereses y de afecciones que es el fundamento más poderoso de la unidad política y de la integridad del Estado. Los turcos no lo han hecho. Bajo su poder continúan los vencidos en la abyección y la miseria y en su engreimiento y omnipotencia los vencedores.

Ese hecho caracteriza gráficamente la situación de Turquía frente á las otras potencias de Europa. Todas ellas representan un interés sólido y firme; se encuentran poderosamente constituidas y conservan, sobre el cimiento de un espíritu nacional inquebrantable, la fuerza de los poderes que las rigen. Ninguna está como Turquía en disolución; ninguna ofrece á los pueblos circunvecinos el problema pavorosísimo de la partición de una herencia disputada; ninguna es, bajo aquel aspecto, amenaza perenne de la paz general y de la tranquilidad europea. Sólo Austria, á quien por esta circunstancia no hemos mencionado entre los pueblos de que hablamos más arriba, sólo Austria pudiera compararse á Turquía y sólo del imperio austro-húngaro será lícito esperar que, pueda, en un plazo lejano, descomponerse y presagiar nuevos disturbios, séquito de su inevitable caída y violenta muerte. Pero no es hora ni lugar de ocuparse de Austria, tanto más cuanto que el desenlace

de los problemas que en Oriente se ventilan ha de influir profundamente en su suerte. Nuestra tarea se limita al exámen de la situacion de Turquía. Turquía, conquista afirmada y mantenida por la violencia, es un hecho de fuerza perdurable contra el cual han de protestar sin intermision ni descanso sus víctimas; un hecho de fuerza que nos inspira la creencia de que ese imperio, en las condiciones de su actual organizacion, es incompatible con la paz general.

II.

¿Por qué? En primer término, por el espíritu religioso que informa su política, su cultura, su vida, del que tienen algunos escritores en España una idea inexacta y equivocada. Y es lógico. Hemos luchado contra él durante muchos siglos; lo hemos tenido en nuestros días por adversario; la voluntad de una ilustre reina, Isabel I, nos señala como á los rusos el apócrifo testamento de Pedro el *Grande*, un porvenir glorioso que las armas podrán depararnos allí donde la media luna impera desde época remota, y estos recuerdos y estas esperanzas, que viven en el alma de nuestro pueblo, que palpitan en la atmósfera que respiramos, que forman parte de nuestras tradiciones y la más cierta de las dichosísimas promesas anunciadas á la patria española, no nos pueden disponer, no nos han dispuesto á que juzguemos aquel movimiento religioso con imparcialidad. Tenemos de él una idea parecida á la que puede abrigar un rajah de la Bosnia, víctima ahora como en el siglo xv del fanatismo y de la violencia de los mahometanos. Somos un pueblo cristiano que como tal, participa de la animadversion profunda inspirada á la cristiandad entera por el *gran impostor*. Apreciar el islamismo desde el punto de vista de esa animadversion, es cerrar al propio juicio todo camino para que llegue á la verdad ó á la imparcialidad. Creer que todo lo que hay hácia Oriente fuera del cristianismo, ó que todo lo que aparece en la historia fuera de Grecia y de Roma ántes de Cristo, ó despues de Cristo fuera del círculo de la cultura evangélica, es bárbaro, equivale á encerrarse en un criterio tan exclusivo,

tan estrecho y tan injusto como aquel en que se encerraron durante muchos siglos algunos pueblos de la antigüedad, para creer y afirmar que con los límites de su patria se confundían los límites de la civilización.

No debemos juzgar el islamismo ni á través de las preocupaciones que ha engendrado la fe, ni á través de las que alimenta el espíritu de raza. Vivaldus, escritor católico, decía: «No debe leerse el Coran, es preciso despreciarlo, burlarse de él, quemarlo donde quiera que se le encuentre; no debe quedar en la memoria de los hombres porque es una obra bestial.» Prideaux, escritor reformado, no es ménos severo: «El mahometismo, dice, es una impía impostura; Mahoma y el Papa son las dos fases del Antecristo; el designio del Profeta árabe era engañar al género humano; los móviles de su conducta fueron la ambición y la incontinencia; éstos son también los fundamentos de su doctrina religiosa.» Esta acusación de ambicioso y desordenado que formula Prideaux contra Mahoma, debe hacernos reír. Mucho de esto se ha dicho contra Lutero por los que no comprenden que los grandes movimientos religiosos que se han llevado á cabo en el seno de la humanidad, necesitan algo más poderoso y eficaz que los aliente que las pasiones miserables de su iniciador, aún en el supuesto de que esas pasiones no sean una falsificación histórica. En nuestros días se atribuyen á la propaganda positivista y á la tenacidad en mantener sus ideas que revelan los escritores de esta escuela, aquellos mismos móviles, idéntico objeto y pasiones no ménos vergonzosas y criminales. Un publicista ilustrado, que dista tanto de esas exageraciones como de la tendencia á que se refiere, el Sr. Gonzalez Serrano, ha escrito lo que vamos á copiar, combatiendo la teoría de una moral independiente, sostenida con grande empeño por el positivismo: «Reducida la moral al empirismo se cae en consecuencias insostenibles, porque son falsas é impracticables, porque son inmorales. Por lo demás, salvamos la pura intención de estos pensadores, y aunque aquí no es cuestión de intención sino de verdad, cúmplenos declarar que los nuevos moralistas... observan en general una conducta intachable y respetan en alto grado las condiciones de la vida moral. Ya el fundador del po-

sitivismo (1), en su obra *Système de politique positive*, desdeña los goces materiales y egoistas, y refiere la felicidad al noble deseo de vivir para los demás (*altroismo*) (2).» En la doctrina del Corán hay mucho también de esta regla de abnegación y de sacrificio. Pero sus principios no han sido bastantes para que se la juzgue y se aprecie el movimiento religioso de que es la expresión más pura, con verdad y con desinterés. Ya hemos visto cómo la consideran los católicos y los protestantes. Los filósofos y libre-pensadores suelen extraviarse por la misma senda respecto al islamismo. Voltaire decía de Mahoma: «fue un comerciante de camellos que después de sublevar á su pueblo, persuadió á algunos desgraciados de que había tenido conferencias con el ángel Gabriel, se vanaglorió de haber sido arrebatado al cielo y de haber recibido allí una parte de ese libro ininteligible que hace estremecer en cada página al sentido común.» En nuestro tiempo se han escrito también verdaderas diatribas contra el islamismo y su fundador. César Cantú los ha juzgado con tanta inexactitud como dureza. Pero la verdad y la imparcialidad nos hacen oír su voz, y hay escritores elocuentes que tratan de reflejarlas en sus disquisiciones. Laurent (3) y Draper (4) han seguido las huellas de Rousseau (5). Decía el insigne autor del *Contrato*: «La ley de Mahoma, siempre subsistente, anuncia al grande hombre que la ha dictado, al genio poderoso que preside las fundaciones duraderas.» Laurent y Draper consideran el islamismo como una obra sólida, y demuestran—¿no lo está demostrando su propia historia?—que en el orden de las reformas religiosas el renacimiento del Mediodía, así llama Draper á la reforma arábiga, es uno de los hechos más transcendentales y que más han contribuido al progreso de la humanidad.

La palabra *Islam* significa sumisión completa á la voluntad de Dios (6). El islamismo es la doctrina que acepta como

(1) M. Littré.

(2) *Estudios de moral y de filosofía*. Teorías morales del positivismo.

(3) *Estudios sobre la historia de la humanidad*. V. Los bárbaros y el cristianismo.

(4) *Los conflictos entre la ciencia y la religión*. III. La reforma del Sur.

(5) *Contrato social*.

(6) CAUSIN DE PERCEVAL, *Historia de los árabes*.

principio esa sumision y Muslim ó Musulman el hombre resignado á la voluntad de Dios. El enaltecimiento de la idea y de la unidad de Dios, de Dios «que es uno, que no ha sido creado, que no tiene hijo, ni igual y que de la nada creó el universo (1);» el enaltecimiento del poder de Allah «sólo grande y sólo digno de ser invocado (2),» es el carácter distintivo del islamismo. Porque lo es constituyó su propagacion un gran adelanto y podemos afirmar con Rolin-Jacquemyns (3) que sus dogmas y sus prácticas realizaron en aquella época un gran progreso respecto á las informes creencias y á las groseras supersticiones de la Arabia, donde imperaba un politeismo inmoral y degenerado ó un cristianismo politeista, mezcla de las ideas evangélicas y de las preocupaciones paganas, que aún no se habían logrado desarraigar del espíritu y de la tradicion de aquellas sociedades. La conciencia de esa superioridad que entónces les atribuyeron su valor y su fortuna, la fe profunda con que acogieron las predicaciones de Mahoma, ese providencialismo singular que ha hecho á los sectarios del Islam tan fanáticos y les ha dotado de mayor abnegacion y mayor celo que á los de otras religiones, el haber guerreado sin descanso y con un fin exclusivamente religioso cumpliendo el precepto de su libro santo: «Haced la guerra á los que no creen en Allah ; hacedles la guerra hasta que se conviertan ó se sometan pagando el tributo (4);» el haberse creído con mision para regenerar la humanidad y someterla á la creencia de Dios, ha atribuido á la conquista árabe su carácter de transitoria y pasajera y á la reforma del Mediodía su condicion de incompatible con el progreso y el desenvolvimiento de la humanidad.

Es transitoria y pasajera porque los mahometanos, al conquistar una region y al someter un pueblo, no han hecho más que fijar su residencia en aquella region y en aquel pueblo por muchos años ó por algunos siglos; pero nunca de una

(1) *Coran.*

(2) *Coran.*

(3) *El Derecho internacional y la cuestion de Oriente.*

(4) *Coran.*

manera definitiva, nunca fundiendo, aliando, armonizando sus ideas y sus intereses con las ideas y los intereses de los vencidos. «La conquista árabe fué más humana para éstos, dice Laurent (1), que las invasiones germánicas. Sin embargo, la dureza de los bárbaros del Norte fué en definitiva más benéfica que la dulzura (2) de los hombres del Mediodía. Los germanos despojaron á los romanos unas veces sistemáticamente, otras según los caprichos de la violencia; surgió de la conquista una aristocracia altanera, desaparecieron los hombres libres; en el siglo x casi toda la población era sierva. Los árabes dejaron la libertad y la posesión del suelo á los vencidos; aquellos misioneros, armados de una fe nueva respetaron hasta las religiones rivales. Pero pasan algunos siglos: en el mundo germánico los vencedores y los vencidos se han fundido en una sola raza, la servidumbre ha desaparecido, la unidad y la igualdad son los principios del orden social; en el mundo musulmán las razas coexisten separadas aún como el primer día de la conquista; la desigualdad es radical, la fusión imposible; no hay unidad, ni hay fuerza, ni hay porvenir. ¿De donde procede que la barbarie ha sido más saludable que la humanidad? Consiste en que los pueblos del Norte se fijaron sobre el suelo en términos que la distinción de las propiedades llegó á ser el principio de la distinción de las personas; la adscripción al suelo fué un vínculo entre los conquistadores y los pueblos conquistados; los vencedores aceptaron la religión de los vencidos, la comunidad de creencias acabó por producir la fusión, á pesar de las diferencias de raza, y de las desigualdades sociales. Los árabes, lejos de fijarse sobre el suelo, no hicieron más que sentar en él su campamento, como una tienda en el desierto; separados de los vencidos por la religión, no había unión posible con ellos. Los descendientes de las razas vencidas se llaman aún en los estados del islamismo, *hombres del rebaño* (*rayet*).»

(1) Obra citada.

(2) Laurent exagera algo, por las condiciones de su espíritu y aún por la forma de sus estudios, la benevolencia con que debe hablarse de la conquista árabe.

III.

Es incompatible con el progreso y el desenvolvimiento de la humanidad la conquista de los mahometanos, por lo que significan y representan dentro de nuestras actuales ideas, los principios del islamismo. La proclamacion de la unidad de Dios en los términos en que Mahoma lo hizo, fué, debemos repetirlo aquí, un progreso indudable. Pero á la vez que ese principio, el islamismo ha consagrado en otros que son esenciales á su dogma y al carácter de los que lo profesan, grandes errores. Estos errores son, Lavallée (1) los determina precisa y claramente, tres:

1.º La confusion de la ley civil y de la ley religiosa y su inmutabilidad.

2.º La predestinacion y el fanatismo.

3.º La poligamia y el envilecimiento de la mujer.

Merecen, aunque breve, algun exámen estos diversos puntos.

Confusion de la ley civil y de la ley religiosa; inmutabilidad de ambas. Si existe alguna ley histórica indudable, evidente, superior á todos los cálculos y postulado necesario para toda disquisicion historico-filosófica, esa ley es la del progreso. El mundo marcha. La humanidad recorre sin detenerse y avanzando siempre un camino que de cierto la lleva á un mejoramiento seguro de sus condiciones, de su bienestar y de su existencia. Todo lo que en su seno se erija como inmutable, una institucion ó una creencia, ha de perecer, cediendo á su avasallador empuje ó ha de modificarse. El Coran, como toda obra á la que se atribuye origen é inspiracion divina, pretende esa inmutabilidad. El Coran es un obstáculo al progreso humano. Sus preceptos políticos y sus preceptos religiosos, las ideas en que se funda y la organizacion que establece pudieron convenir á la época en que se promulgaron y á los pueblos para quienes los dictó el legislador árabe; pero si no es ya un imposible ó un absurdo

(1) *Historia del imperio otomano.*

sostenerlos, tenemos por verdad que la moderna cultura, al extender su imperio, los va reduciendo y estrechando hasta que logre su completa y definitiva destrucción. Es esa una lucha constante. La cultura moderna se propaga y extiende, las instituciones inmutables y que por querer serlo resisten, las ideas inmutables y que por serlo no transigen, ni modifican sus pretensiones, desaparecen ó se aniquilan. Turquía es en Europa el campo de batalla donde luchan de cada lado aquellos campeones.—La confusión de la ley civil y de la ley religiosa es uno de los rasgos característicos de las antiguas civilizaciones. El cristianismo deshizo esa confusión separando á Dios del César, los deberes religiosos de los deberes civiles, la Iglesia del Estado. Puesto el cristianismo, al reinar Constantino, bajo el protectorado y la dependencia de los emperadores romanos, surgió de nuevo aquella confusión tan peligrosa para la libertad. Llega la Edad Media; rompe la invasión de los bárbaros del Norte todos los vínculos sociales y políticos de los antiguos Estados; Europa es presa de la anarquía feudal y en medio de esa anarquía sólo vive, sólo existe, sólo se conserva, guardadora del principio de unidad, como depositaria de la antigua cultura, la Iglesia de Cristo. Cuando sobre la anarquía vuelve á levantarse el imperio, el imperio trata de proteger á la Iglesia y de subordinarla á su voluntad y á su fuerza. Pero la Iglesia, durante el largo intervalo en que ha permanecido firme é irreductible, resistiendo vigorosa los embates del feudalismo, ha concebido aspiraciones á un poder absoluto, á una dominación universal, ha inventado la doctrina de las dos espadas y de las dos potestades y logrado hallar una fórmula, la de los Gregorios, Inocencios y Bonifacios que le atribuye el ejercicio de ámbas; de la espiritual de un modo directo, de la temporal por la tutela que de derecho ha de tener la Santa Sede sobre todo poder humano. Entónces se abre ese importante período de la historia del mundo, la lucha del pontificado y del imperio, que señala el olvido de aquel precepto cristiano. Los papas y los emperadores combaten por volver á la confusión de la ley civil y de la ley religiosa. El resultado de la contienda es desfavorable á la Iglesia y la división de los grandes poderes sociales se afirma. Comienza la Edad Moder-

na, y propagada la reforma y robustecido el poder monárquico y en vigor las regalías, exenciones y privilegios que eran un límite para la autoridad de Roma y un escudo para la sociedad civil, la Iglesia y el Estado trazan sus respectivos círculos de acción y empiezan á dibujarse claramente la esfera en que cada cual ha de moverse, sus respectivos derechos, el objeto que cada una persigue, y los medios de que es justo disponga para alcanzarlo.

En nuestros días esa independencia se declara y acentúa; el verdadero concepto del Estado, que es la sociedad constituida para el ejercicio del derecho, y el verdadero concepto de la Iglesia, asociación para el fin religioso que vive dentro del Estado, son dos afirmaciones de que debe envanecerse el siglo XIX por haberlas planteado vigorosamente; dos afirmaciones que si aún no informan de una manera total la vida político-religiosa, han de fundarla para el porvenir de un modo definitivo. El islamismo es radicalmente contrario á esta tendencia, característica de la época actual y de la civilización moderna. El Corán es un código político, civil y religioso. Los soberanos de todas las dinastías que han reinado en Europa y en Asia á nombre del Profeta, los Fatimitas, los Omníidas, los Abasidas, los Osmanlis han reunido en sus manos ambos poderes. La Constitución del imperio turco promulgada el 23 de Diciembre de 1876, establece en su art. 4.º que el sultán ó Padischah como califa supremo del islamismo, es el protector de la religión musulímica, y en su art. 7.º, que tiene el poder de hacer respetar las disposiciones del *Cheri* ó de la ley sagrada. La confusión de ambas potestades es un hecho en aquella sociedad, un hecho que la diferencia esencialmente del mundo moderno y que contribuye á mantener y avivar esa oposición entre la cristiandad y el pueblo musulmán, que es una de las causas del presente conflicto, y asimismo una de las causas de que la fusión de vencedores y vencidos no haya podido realizarse en el imperio otomano.

La predestinación y el fatalismo. Acerca de este punto hay alguna contradicción en los más modernos expositores de la doctrina musulímica que consultamos para ordenar estos apuntes. Teófilo Lavallée en su *Historia del imperio Otomano*

desde los tiempos más remotos á nuestros dias, dice: «La predestinacion fatal está inscrita hasta en el nombre de la religion, *Islam*, abandono á la voluntad de Dios, y en el de sus sectarios, *Muslimes*, resignados ante la voluntad de Dios.»— «El elegido y el réprobo, dice Mahoma, han sido predestinados para gozar de eterna dicha ó de eterna desventura desde el vientre de su madre; sólo muere el hombre cuando Dios quiere, al señalar su fin el libro que fija los límites de la vida.»—Este dogma terrible se refiere á los individuos y á las naciones: «Cada pueblo tiene su época, dice el Coran, fijado el término, nada pueden los hombres; son incapaces de anticiparlo y de aplazarlo.» Este dogma es el que, sin duda, inspiró á los sectarios del islamismo su ciego espíritu de conquista, su desprecio de la muerte, su embrutecedora sumision á la tiranía, su fanatismo, su apatía política, su inmovilidad y su resistencia á toda reforma. Los ulemas, sin embargo, apoyándose en la autoridad de los antiguos imanes han declarado muchas veces que la predestinacion no se refiere más que á la vida futura y que el Coran deja al hombre la plenitud de su libre arbitrio; pero las creencias fatalistas forman instintiva y naturalmente parte de las costumbres y de las ideas de los musulmanes, reflejan y contribuyen á mantener su nativa flojedad, su originaria indolencia, su vida oriental; en la desgracia les inspiran el sentimiento de la dignidad, en los azares de la existencia á los pobres y á los desdichados sus inexplicable contento de su propia suerte, una falta de envidia y esa resignacion que tiene mucho de evangélica.» Estas últimas frases del ilustre profesor de la escuela de Saint-Cyr contienen un gran fondo de verdad. Despues de ellas no era necesario que transcribiésemos la opinion de los que, inclinados á aceptar las interpretaciones de los ulemas, afirman que el islamismo no es esencialmente contrario á la libertad individual, que el islamismo no es fatalista. Pero importa dejar esclarecida esta cuestion, que es para la inteligencia del problema de Oriente una cuestion fundamental. Vengamos á Laurent y al tomo V de sus *Estudios sobre la Historia de la Humanidad*. Laurent dice que el dogma mahometano está muy léjos de ser todo lo fatalista que se supone. Cita para probarlo algunos párrafos

del Coran en que se advierte el reconocimiento del principio de la libertad humana. Lavallée recuerda tambien algunos de ellos; pero al cabo Laurent confiesa que «las escuelas mahometanas se inclinan más á la predestinacion que á la libertad, y que aquella reina en sus costumbres. San Agustin, añade, enseñando la gracia, creía predicar la humildad y la resignacion; la resignacion tambien caracteriza al islamismo. Los musulmanes han permanecido más fieles á su creencia que los cristianos. Su religion los ha hecho por largo tiempo invencibles en los campos de batalla; hoy les inspira todavía una indiferencia heroica hácia todas las calamidades que les afligen, sea la peste, la guerra ó la muerte. Pero este mismo dogma que hace al hombre invulnerable contra el mal, le quita toda fuerza de iniciativa para producir el bien; es un principio de inmovilidad y por consiguiente de decadencia... El hombre de Occidente aún sufriendo el mal como procedente de Dios, no lo ha aceptado jamás como eterno; ha sentido en sí mismo el poder de obrar contra el mal y así es como se prepara progresivamente el reinado del bien. Si el Oriente ha decaido, es porque los errores de la religion han encontrado un apoyo en el clima y en la raza: «de la pereza del alma, dice Montesquieu, »nace el dogma de la predestinacion, y del dogma de la predestinacion la pereza del alma.»

Poligamia; envilecimiento de la mujer. En este punto han sido las costumbres y el carácter de los pueblos orientales más expresivos y terminantes que el Coran. Mahoma, estableciendo la poligamia, más bien transigió con el sensualismo de los árabes que obedeció las inspiraciones de su propia creencia. Nada en lo humano le ofrecía tantos goces como las mujeres ó los perfumes, y á pesar de ese ardiente espíritu erótico que nos ha declarado con candorosa ingenuidad, no dió á su primera mujer una rival, ni muerta ella supo despues de sus segundas bodas relegar al olvido el tierno recuerdo de la primera union. Esta conducta y las condiciones sociales en que vivía explican la solucion que adoptó el Profeta en punto tan importante. Aconsejó como un acto plausible el de tener una sola esposa, pero toleró que cada hombre contrajera matrimonio legítimo con cuatro y que poseyera todas las concubinas que pudiese

mantener. Bajo la influencia de esta ley, cuya parte menos moralizadora y honesta ha preponderado en la vida del pueblo musulman, la mujer no es allí más que un instrumento de deleite, y la sociedad corrompida, y los vínculos de la familia disueltos, y falto el organismo general de la nacion de ese principio, que es su base y su asiento más firme, las ideas civilizadoras encuentran en él un elemento incompatible con su existencia, y á la vez un dique muy débil, que no podrá resistir largo tiempo al embate de la cultura moderna, representada por pueblos que tienen sobre los otomanos extraordinaria superioridad moral.

IV.

Resumiendo: El imperio turco, á diferencia de los demas Estados de Europa, carece de unidad política, de homogeneidad y de consistencia nacional, porque en su seno los conquistadores otomanos han mantenido á las poblaciones cristianas como el primer dia de la conquista, en la afflictiva situacion de vencidas. Este hecho crea de parte de las autoridades islamitas un nuevo estímulo para conservar y agravar esa opresion, para hacer más duro é inflexible ese gobierno del hierro y de la violencia que Europa no puede tolerar. De parte de los infelices rajahs sometidos al vasallaje de la Puerta, crea tambien un aliciente poderosísimo que les impulsa y precipita á luchar y á luchar *à outrance* contra el poder otomano. Sin la vigilancia de las naciones cultas y sin el decaimiento de su propio poder ¿qué hubiese hecho la Puerta con los búlgaros y los bosniacos? Por lo que fueron en 1876 las matanzas de Bulgaria tan elocuentemente descritas y censuradas en el folleto de Gladstone, debe juzgarse. A este régimen digno de los más tristes dias de la Edad Media no puede contestarse más que en la forma en que lo hacen los pueblos cristianos de Turquía; anhelando la emancipacion, conspirando por alcanzarla y batallando hasta obtenerla.

Hémos ya por tanto en pleno estado de guerra. Esa es la situacion de Turquía. Primera y capital diferencia que la separa

de Europa; rasgo característico de su presente, fecundo en resultados.

Turquía, teatro de una discordia constante, de una tiranía bárbara y perenne; Turquía, foco en que germinan y se propagan insurrecciones capaces de comprometer el interes de grandes potencias, es una perpetua amenaza para la paz de Europa. Cualesquiera que sean los principios que se profesen en estas cuestiones internacionales, nadie podrá negar que Europa tiene el derecho de intervenir en los asuntos interiores de esa potencia y de contribuir á que se extingan las causas que engendraron, avivan y mantienen el peligro de la cuestion oriental. Porque tiene ese derecho ha intervenido. Bajo este aspecto considerada, la situacion de Turquía respecto á la de la Europa cristiana no puede ser más excepcional y singularísima. Y en esto el tratado de Berlin no ha introducido más modificacion fecunda y cierta que la de limitar el territorio en que ejercerá su autoridad la Puerta. La índole del gobierno otomano continuará siendo la misma. Por esto censuramos su conservacion.

Pero aún hay mas. No sólo por la forma real y efectiva del poder en Turquía, no sólo por su régimen y la conducta de su gobierno, sino por su moral, su religion y sus costumbres, el imperio de Constantinopla pugna con todas las grandes bases de la moderna civilizacion: la libertad, el progreso y la familia. Si bajo el punto de vista de su constitucion es una perdurable amenaza de la paz y de la tranquilidad del mundo, bajo el punto de vista de esas ideas fundamentales significa una contradiccion insostenible.

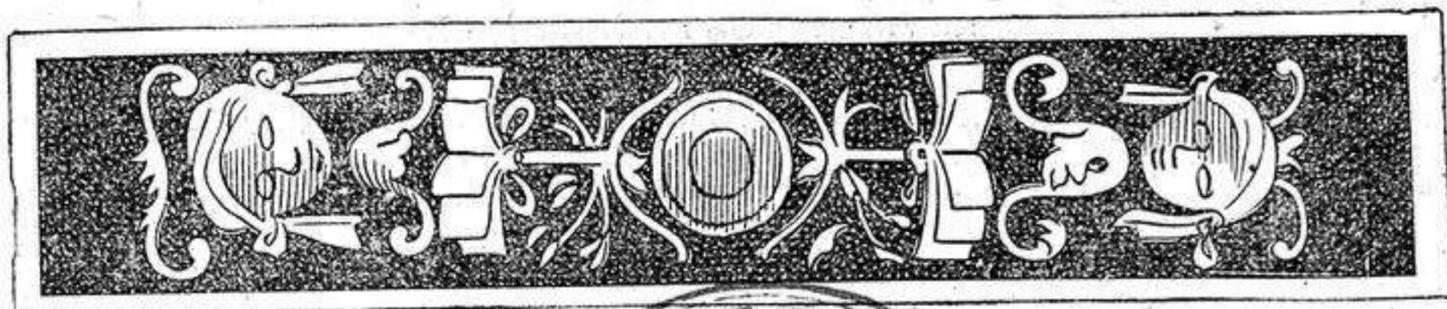
Excepcion del derecho público bajo tantos aspectos, no puede ampararse con sus principios, ni invocarlos para defenderse. No es un pueblo, es un campo de batalla; no es un Estado, es un ejército que pelea ó domina; no es una nacion, sino un campamento.

Nuestras garantías no pueden ser las suyas, ni nuestras prácticas internacionales su escudo. Hubo un dia en que Europa admitió al imperio otomano al beneficio del derecho de gentes. ¿Fué esto un error ó un *modus vivendi*? Acaso lo último, porque nadie ha podido creer jamás que Turquía se hi-

ciase digna del beneficio. Después de aquella fecha la situación no ha cambiado. Turquía no es ni será jamás un cuerpo político. Un número relativamente escaso de musulmanes que oprime y tiraniza á algunos millones de cristianos, ¿tiene derecho al respeto de Europa? ¿Pueden legítimamente invocar su independencia los turcos, que es pedir al mundo tolere sin protesta esas escenas de crueldad y barbarie repetidas de continuo á partir del siglo xv?

FRANCISCO DE ASIS PACHECO.





LA VIDA MODERNA Y LA DEMENCIA



LA relacion existente entre la vida moderna de la civilizacion y la demencia, no puede considerarse como definitivamente determinada, miéntras exista marcada diferencia de opiniones entre los que han venido estudiando cuidadosamente materia tan difícil, así como nadie puede admirarse de semejante diferencia de pareceres, si se examinan minuciosamente los datos en que debe fundamentarse una conclusion determinada, y se topa al hacerlo con las dificultades que hay que superar cuando se intenta decidir qué direccion hay que dar á algunos de los puntos que sirven de prueba. Si recurrimos á sola la estadística, la hallaremos extraordinariamente falaz, y como por otra parte en estas cuestiones la mera especulacion es inútil, en último resultado habremos de desistir de tomar á una y otra por guías de nuestro estudio. Es la que vamos á tratar materia que se presta mucho á exposiciones dogmáticas; pero el buen investigador prescindirá de todo cuanto no diga bien á su propósito, y se colocará ante los tristes hechos que naturalmente reclaman toda su atencion. Nada más fácil que dar rienda suelta á la lengua ó á la pluma desatándose en denuncias contra la socie-

dad moderna, y nada más dificultoso que dedicarse al diligente exámen de investigacion que nos lleva á la conexion de los vicios sociales de nuestros dias con la estadística de la demencia; nada más fácil que aventurar sin pruebas asertos con apariencia de verdad, y nada, por último, más dificultoso que reunir los daños mentales respectivamente causados por géneros opuestos de vida, ya que á pesar de ser totalmente diversos los estados sociales de las diversas naciones, todos conducen con frecuencia al mismo funesto término, la locura. Las diversas maneras de vivir de los distintos pueblos de la tierra, se hallan reunidas en la compleja condicion de la actual sociedad civilizada. No hay duda, que si cuidamos de no ofender en nada los santos derechos de la verdad, evitando para ello hacernos eco de aserciones aventuradas, no podremos ménos de proceder á expensas de cierta fuerza, viéndonos obligados á pensar dos veces ántes de emitir un nuestro juicio en la materia. Por lo tanto, nuestra habitual franqueza nos impelirá siempre á hablar una vez más con la mayor cautela y á confesar las dificultades á que acabamos de referirnos.

Al abordar la cuestion que forma el objeto de este escrito, no entraremos sino someramente en una cuestion que naturalmente está ligada con la relacion entre la vida moderna y la demencia. Hablamos de la pregunta que aquí podría hacérsenos, deseando saber si la demencia va ó no en aumento en Inglaterra. Hace veinte años las estadísticas oficiales daban cuenta de un lunático ó idiota por 577 almas de la poblacion, y los últimos cálculos acusan uno por cada 370 individuos, y si retrocediésemos á épocas más remotas, el contraste sería indudablemente mucho mayor. Por lo tanto, nadie puede poner en tela de juicio que el número en los casos conocidos de locura ha sufrido un aumento bastante grande. A todo lo dicho debe añadirse que los cuidados que se prodigan á la enfermedad, las precauciones que se toman con los atacados, la prolongacion de sus vidas en los manicomios y la consiguiente acumulacion de casos, constituyen una cuestion que supera absolutamente los cálculos estadísticos, aunque todo nos hace creer sea sumamente probable que en realidad de verdad la enfermedad vaya tomando creces en el mundo.

Ahora bien: ¿á cuál de las clases de la sociedad pertenece la gran masa de lunáticos y qué grado ocupa en ella el sorprendente número de atacados que hallamos consignados en las relaciones estadísticas?

La gran mayoría de los lunáticos que viven en los asilos erigidos por la ley, pertenecen sin duda alguna á la clase pobre. En 1.º de Enero de 1877 había en las casas de dementes en números redondos unos 66.600 pacientes, de los cuales 59.000 eran pobres y 7.600 de clases acomodadas. Estos números, sin embargo, no son suficientes para darnos idea exacta de la cantidad relativa de casos existentes entre la clase de locos en su origen pobre, y la clase acomodada, así como tampoco de la que ocupa un puesto más elevado que las dos anteriores; porque en muchos casos considerable número de individuos de la clase media, y aún de la clase alta, se hacen pobres al sobrevenir la enfermedad ó despues. Además, los locos que poseen bienes de fortuna permanecen con mucha frecuencia en sus respectivas casas y no entran en las listas oficiales, creyendo nosotros que son muchos los dementes que deben entrar en este grupo. Quizas podremos formarnos una idea de la probabilidad de nuestras sospechas por el censo de 1871 que daba un total de 69.000 lunáticos, idiotas é imbéciles, y aunque tenemos buenas razones para saber que aquella cifra estaba muy léjos de ser verdadera, sin embargo, debemos añadir que sobrepujaba en ¡12.000! al número ofrecido en el mismo año por los comisarios de dementes. No hay duda que un buen número de estos enfermos viven con sus familias por poder éstas soportar los gastos que necesariamente se siguen, y que, por lo tanto, ninguno de ellos figura en las listas de los comisarios.

A más del anterior resta aún exponer otro dato que puede arrojar alguna luz sobre la cuestion que analizamos. En efecto, hay que atender á *las cifras relativas de las clases de la sociedad de que se derivan los lunáticos tanto pobres como acomodados*. Hace algunos años, los comisarios escoceses calculaban las clases de que se derivaban los enfermos ricos en solo una octava parte de la poblacion total de Escocia. Esta proporcion haría á los lunáticos privados, por lo ménos, tan

numerosos como á los pobres. No hay duda que en Inglaterra la clase correspondiente es la más numerosa, pero sea lo que fuere (1) un cálculo basado en la proporción relativa de las diferentes capas sociales de Inglaterra reduciría grandemente la capacidad para la demencia que en apariencia es tan enormemente diferente entre la clase acomodada y la más pobre, con la sola excepción que también en este caso los lunáticos pobres estarían en mayoría relativa.

En estos últimos años ha crecido enormemente la disparidad ofrecida por el número absoluto de enfermos pobres y acomodados, ó en otras palabras, el aumento aparente de casos de demencia se nota principalmente entre los que se convierten en locos pobres. Esto se comprueba en gran parte por la desproporcionada acumulación de casos en los asilos para pobres, la cual, dicho sea de paso, tiene por origen algunas causas que no es necesario apuntar en este lugar. Esto, seguramente, no prueba que para ello influya algo que corresponda al mayor incremento de la demencia entre la clase pobre cuando se la compara con la rica.

En todo caso, sin embargo, la población ruda produciría un número considerable de casos de locura y el hecho es tan patente que pone totalmente fuera de duda que la ignorancia no suministra prueba alguna contra los progresos del mal.

La falta de ejercicio racional de las facultades mentales podrá empujar á los individuos á costumbres abyectas y á vicios especialmente favorables á la demencia, mucho ménos, segun todas las apariencias, que lo hace con un entendimiento ocupado en investigaciones científicas y literarias. Pero no hay duda que la parálisis mental es en sí misma mala, mas la demencia que de ella nace debe atribuirse las más de las veces

(1) Segun noticias que nos ha suministrado el doctor Favr, la proporción existente entre la clase alta y la media por una parte y la clase ínfima por otra está representada por los números 15 y 85. Calculando con este dato la proporción que guardan los lunáticos ricos y los pobres con su respectiva población, tendremos para los primeros la proporción de 1 en 484 y de 1 en 353 para los segundos. Este resultado difiere mucho del obtenido por el método que generalmente se usa para calcular la relación que lunáticos ricos y pobres guardan con la población total, á saber 1 en 3.231 y 1 en 415.

más á resultados indirectos que á los que inmediatamente de ella se derivan. Así, pues, si el trabajador de Wiltshire está más expuesto que otros á la locura, ésto no tendrá meramente por causa el que su entendimiento se halle sin cultivo sino el que sus hábitos (1) indirectamente favorecidos por la ignorancia que le caracteriza y el cerebro heredado de padres encanecidos en los mismos, tienden á causar desarreglos mentales de naturaleza idéntica á los que nos ocupan. A pesar de todo, se concibe que en el caso en cuestion, mayor cultivo de la inteligencia y circunstancias más favorables librarían al pobre trabajador de la propension al acceso.

Esta observacion es en extremo importante cuando se trata de investigar las causas de la enajenacion mental, mas no por eso deja de ser ménos cierto que la ignorancia es un gran mal. El isleño del Mar del Sud puede ser más ignorante que el trabajador de Wiltshire, y sin embargo, por no concurrir en él las mismas circunstancias que hemos supuesto en éste, segun todas las probabilidades jamás dejaría columbrar la más leve transgresion de las leyes que rigen á la mente. La ignorancia de una tribu africana y la de una aldea de Wilts pueden asociarse, y si en una hallamos corto número de dementes la otra en cambio ofrecerá gran cantidad de ellos. Tanto lo que Mr. Bright llama *residuo* de un pueblo civilizado, como una tribu de indios americanos, se componen de individuos sin educacion alguna; pero, á pesar de este punto de semejanza, existen en ambos extremos de la comparacion condiciones totalmente diferentes de vida. Así que no podemos abrigar la menor duda de que en los pueblos civilizados se encontrará siempre mayor número de insensatos, pareciéndonos ser tres las causas principales de este fenómeno. En efecto : aquellos salvajes que en realidad pierden la razon, ó se tornan idiotas, van como vulgarmente se dice *al hoyo*; y por no entrar en otras razones que prueban nuestro aserto, diremos que éstas deben

(1) El doctor Thurn, superintendente del establecimiento WILTS COUNTY ASYLUM, halló ser muy grande la proporcion que guardaban en aquel condado los casos originados por la bebida, de modo que en sólo el año 1872 subían á más de 34 por 100.

buscarse en la mezcla de caracteres é influencia de la civilizacion europea, cuya accion por una parte se descubre en las formas envolventes de la vida mental necesaria para las exigencias de la delicadeza y sensibilidad maltratadas ó del todo confundidas por los duros golpes inevitables en la vida, y por otra en la produccion de un estado que, como en otro lugar indicamos, se confunde con el salvajismo, al par que entre ambos hay gran diferencia y que considerado bajo el punto de vista de los desórdenes mentales, es mucho peor que él. La indolencia, la embriaguez, la pobreza y la miseria caracterizan á esta clase y no hay que maravillarse que de tales fuentes nazca la inmensa muchedumbre de lunáticos desesperanzadamente incurables que con horror de los contribuyentes y sorpresa de los que no pueden comprender por qué los naturales de Madagascar, aunque cuentan con una poblacion de cerca de 5.000.000 de habitantes no necesitan ni un solo manicomio, inundan los asilos de pobres. A lo cual añadiremos que entre estos salvajes no existe la bárbara costumbre de acabar con la vida de los miserables atacados.

Constantemente suele echarse en olvido que así como no hay nada mejor que la verdadera civilizacion, existe tambien algo peor que la condicion de ciertos salvajes, y que cualquier estado sobrepuja á esa porcion de la sociedad civilizada que hace desfilan ante nuestros ojos á sus escuálidos miembros embrutecidos por la embriaguez y la sensualidad, y contaminados con cuanto de malo ha producido la humanidad civilizada, sin permitirles disfrutar ni por un momento siquiera de las salvadoras ventajas de la civilizacion. La conclusion final á que conducen tales excesos, ahogando los esfuerzos del progreso moderno y el desarrollo actual de las ciencias, debería estimularnos para mejorar el estado moral y físico de esta clase tan abyecta, á fin de aminorar los peligros de que entre los que la componen cundan con más energía los desórdenes mentales. La creencia, hoy muy válida en la Inglaterra moderna que vive bajo la grata influencia de la civilizacion, de que los salvajes están á salvo de algunas de las causas productoras de la demencia, concuerda muy bien con el punto de vista que inspira este artículo, en el cual defendemos que la

educacion, la amplia ocupacion de la mente, la ciencia y el moderado ejercicio de las facultades ejerce grande y benéfica influencia sobre el alma, fortificándola así contra la accion de algunos de los agentes de la locura.

Muchas son las discusiones excitadas por la propension relativa que para la dolencia que nos ocupa ofrecen los distritos manufactureros y agrícolas, lo cual en parte debe su origen á haberse considerado á los individuos dedicados al cultivo de nuestros campos como representantes de los salvajes; mas como ya hemos demostrado la falsedad de este supuesto, carece de todo valor la comparacion que se hace entre esas dos clases de distritos. No por eso dejaría de ser, sin embargo, muy interesante el estudio que tuviese por blanco averiguar si la locura rural sobrepujaba á la urbana ó viceversa. Empero en esto, más que en ninguna otra cosa, echamos de ver el poco valor de los cálculos estadísticos, y al propio tiempo se aparece más á las claras que nunca la dificultad de ponderar el peso de las circunstancias calificativas más ó ménos favorables al mal. De cuando en cuando tropezaremos con un condado agrícola con ménos dementes que los hallados en un condado manufacturero; pero si tomamos un grupo de condados en que el elemento manufacturero es por término medio mucho mayor que los otros, y otro grupo en que el elemento agrícola tiene mayor preponderancia que en los demas, en el primero encontraremos un lunático por cada 463 almas, y en el segundo uno por cada 388, lo cual nos da *un exceso* de locos pobres en los distritos agrícolas. Con todo, es muy posible que si pudiésemos conocer cuantos *se vuelven* locos, el resultado diferiría mucho del anterior. En efecto, esto se ha comprobado con los datos que ha proporcionado Escocia, donde los comisarios de dementes á duras penas pudieron adquirir cifras verdaderas; así que en una relacion reciente se muestra que miéntras tres condados de Highland dan proporcionalmente á la poblacion un número excesivamente mayor de locos pobres que el suministrado por dos condados manufactureros, se deduce que el número de lunáticos puestos en cura es proporcionalmente mayor en el último que en el primero de los condados escogidos para la comparacion, ó en otras palabras, que la proporcion

de casos recientes de locura que se presentan en la clase pobre, es mayor en los distritos urbanos que en los rurales. Los sobredichos comisarios atribuyen en parte este resultado al mayor exceso de formas activas y transitorias de desórdenes mentales, y en parte tambien á la mayor facilidad para obtener acomodo en asilos que en las ciudades están más á la mano, no ofreciendo tampoco dificultad para la admision por ser sanos, los distritos urbanos en que se hallan establecidos. Atribuyen asimismo la persistencia de la locura en los distritos rurales á la constante emigracion que verifican las personas más robustas, dejando sus moradas de campo para establecerse en los pueblos y ciudades, y dejando, por consiguiente, tras sí ese número desproporcionado de idiotas, imbéciles y locos que infesta los condados rurales. De aqui, volviendo á Inglaterra, resulta evidente que la mera razon de la acumulacion de dementes pobres en la poblacion de un ducado, á pesar de lo que en ella se insiste, prueba poco ó nada en favor de la propension relativa á la enfermedad en los distritos agrícolas y manufactureros. De las cifras obtenidas sólo puede deducirse en buena lógica una conclusion, y es, que mientras no se hagan en Inglaterra las minuciosas investigaciones que sobre las circunstancias que favorecen á esa plaga se han hecho ya en Escocia, ó sea, que mientras la teoría no pueda afirmar que la vida de campo pasada como parece, se supone en simplicidades pastoriles, no permita á la locura la entrada en los dichosos valles habitados por la gente de campo; los hechos demuestran que, sea cual fuere el fallo definitivo de la ciencia en lo que respecta á la proporcion relativa de los casos de locura urbanos y rurales, existirá en los campos una cantidad muy grande de locos, así como la tosca vestidura del zagal no es suficiente para impedir que frecuentemente cambie el camino por donde conduce su rebaño por el que conduce á las puertas del manicomio.

Por otra parte, basta pasar someramente la vista por los censos de los asilos de dementes, para poder distinguir entre las causas innatas y aparentes de esos funestos ataques que á tantos privan de la luz que distingue á la criatura racional. En asilos como los del Condado de Wits, la gran mayoría de de-

mentes está formada por trabajadores de campo con mujer é hijos, siguiendo á éstos mozos de servicio y gran número de tejedores. El número de arrendatarios ó miembros de familias pertenecientes á esta clase es relativamente pequeño. El carácter, pues, de las ocupaciones de los individuos de un asilo como el existente para el burgo de Birmingham, difiere, como es natural, mucho, puesto que en esta poblacion encontramos mecánicos y artesanos que con sus respectivas esposas encabezan las listas oficiales, siguen despues en gran número los que se dedican á ocupaciones domésticas, y por último, encontramos á los tenderos y dependientes. Pero tanto en uno como en otro asilo se hallan muy pocos dementes que hayan sido maestros, así como tampoco son frecuentes los casos que se dan en amas de casa, y los hosteleros, causa de tantos desvaríos en las ajenas cabezas, apénas figuran en las listas oficiales.

Entre las causas de esta terrible dolencia no hay temor de equivocarse cuando se afirma que la intemperancia ocupa el primer lugar. Este es uno de esos hechos que, á pesar de estar expuestos á tanta diferencia de opiniones, no dejan lugar para que razonablemente se pueda dudar de ellos. A la intemperancia siguen como causa los disturbios domésticos, y á éstos la pobreza. En el asilo de Birmingham entre 470 admitidos, se contaron en tres años once casos atribuidos á *excesos de aplicacion*; proporcion que nos da un resultado inferior al observado en los asilos privados.

Mr. Wlsitcombe, asistente facultativo en el establecimiento Birmingham Borough Asylum, acaba de prestar á los estudiosos un excelente servicio, publicando un escrito en el que se hace constar que durante cinco años, entre los 3.800 dementes admitidos en aquella casa, unos 524, ó sea 14 por 100, debían su enfermedad al abuso en las bebidas, y que durante dicho período el gasto total ocasionado por la intemperancia, manutencion, coste de la habitacion, etc., no bajaba de 50.378 libras.

Hace algunos años tuvimos ocasion de calcular cuántos de los casos que se presentan en los asilos debían atribuirse á la intemperancia, y hallamos que la cifra se remontaba hasta 12 por 100. Esta proporcion aumentaría inmensamente si á ella tuviéramos que añadir los ataques ocasionados por la miseria

doméstica y pérdidas pecuniarias venidas de tan funesto vicio. Aunque los contribuyentes truenan contra los grandes asilos de dementes, extraño es no ponderen, como sería de desear, la gran causa que les impone su carga, y cuán homicidas son cuando se oponen á que las leyes reduzcan el área de esa tan extendida como horrible calamidad.

Digno es de notarse, ántes que pasemos adelante, que la bebida produce ménos casos de locura en Warwickshire que en el mismo Birmingham.

En relacion con este punto de vista de la cuestion, puede hacerse mencion de un hecho muy interesante, recordado por el Dr. Yellowless, superintendente que fué del establecimiento conocido con el nombre de GLAMORGAN COUNTY ASYLUM. Dice, pues, que durante una *calma comercial* de nueve meses, se echó de ver que la admision de varones se redujo en el asilo á una mitad del número acostumbrado de nuevos dementes, mientras que la de mujeres permaneció casi como anteriormente. «Este decrecimiento, añade, se debe sin género alguno de duda á la falta de dinero que en aquella época había para emplearlo en bebidas y otros excesos. No hay duda que los buenos salarios son preferibles á esas calmas; pero entiéndase que sólo los consideramos tales cuando el menestral los emplea en alimentos sanos, en la satisfaccion del alquiler de la casa que habita y en vestirse.

Otra de las causas de la degeneracion mental es la dieta forzosa que se ven obligados á guardar los niños de las factorías de Lancashire. El Sr. Fergusson de Bolton expuso no hace mucho algunas importantes pruebas sobre la materia en cuestion, por las cuales se venía en conocimiento de la causa de la debilidad que en aquellos se notaba, así como del poco desarrollo de sus fuerzas físicas é intelectuales, prescindiendo por completo de si las pobres criaturas se hallan en la actualidad sujetas á condiciones más ó ménos favorables. Para ello no considera si el trabajo de las factorías es en sí mismo perjudicial, y hace constar que las máquinas empleadas en la actualidad son más saludables que las usadas antiguamente. En su opinion, pues, la primera causa productora de las malas condiciones físicas de los trabajadores de aquellas fábricas

debe atribuirse á la intemperancia. En efecto; dando los padres riendas sueltas á sus deseos y deseando satisfacer todos sus gustos, se entregan á todo género de estimulantes, sin descuidar el uso del tabaco, y llegando así á debilitar su propia constitucion la transmiten más debilitada aún á sus pobres hijos, que al dejar el pecho, léjos de continuar alimentándose con leche, no toman más que té ó café por la mañana y muy frecuentemente tres veces al dia, sin que, en suma, vuelvan á gustar las sustancias que deberían formar la mayor parte de su alimento.

Mr. Redgrave, inspector de factorías, no cree que este miserable estado de cosas haya aumentado en los últimos años. Así lo deseamos con todas las véras del alma; pero no omitiremos que dicho señor admite que empleándose hoy en las fábricas más mujeres que ántes, forzosamente se han de seguir desastrosas consecuencias para la debida educacion de la familia. A este propósito diremos que se han publicado muchas tablas comparativas que demuestran el peso correspondiente á los varios períodos de aquella tierna edad en niños educados en distritos manufactureros y agrícolas, de cuyo estudio resultan grandemente favorecidos los que pertenecen á estos últimos.

Otra de las causas de la enajenacion de que tratamos es que por lo ménos en una mitad de los jóvenes de las maquinarias comprendidos entre doce y veinte años, el fumar ó mascar tabaco no faltando entre ellos quienes hagan ambas cosas á la vez con notable detrimento, como es sabido, del saludable desarrollo del sistema nervioso. Mr. Mundella recientemente ha hecho observar que el jóven que á los ocho años de edad entra sin otra educacion en una mina para trabajar y asociarse á hombres cuya única ambicion es un galon de cerveza y lo que ellos llaman *bull-dog*, es casi imposible que sea bueno para la religion ni para la sociedad, y nosotros nos permitiremos añadir que probablemente hallará el término de sus dias en la cárcel ó en un asilo de dementes.

En un informe reciente del establecimiento ROYAL EDIMBURGH ASYLUM se observa «que los condados abundantes en » minas de carbon y hierro, tales como Durham y Glamorgan,

» en proporción que superan en un doble á la que á la muestra
» corresponde, las enfermedades cerebrales más marcadas y
» fatales que se conocen son las procedentes de excesos.» Pue-
de, pues, afirmarse en vista de estas observaciones, que la re-
lacion entre el crimen y la demencia, y en especial la debilidad
de la cabeza, es uno de los caractéres íntimos tanto en los cri-
minales como en sus descendientes. Nuestros estudios sobre
los presidiarios y su correspondiente fisiognomía y desarrollo
cerebral nos ha hecho llegar á la conviccion de que un gran
número de estos infelices tienen alguna falta mental con que
nacieron ó que fué luégo ocasionada por la paralización del
debido desarrollo promovido en el período en que aquél se
verifica. En general, por los datos que nos suministran los es-
tablecimientos penales, podemos decir que por cada 25 hom-
bres hay uno de cabeza débil, demente ó epiléptico, sin contar
los que se hallan tan rematadamente locos que son traslada-
dos al correspondiente asilo. Mr. Thompson, cirujano de la
cárcel pública de Perth en Escocia, dice que esta proporcion
se eleva á 12 por 100 cuando el número de presos sube has-
ta 6.000.

Despues de haber hablado de los resultados á que llevan las
costumbres de esa gran parte de la poblacion ocupada en las
manufacturas, pasemos á la consideracion de la relacion exis-
tente entre los grados superiores de la sociedad moderna y los
desórdenes mentales.

En los establecimientos en que se admiten locos ricos y po-
bres se ha podido observar que las causas morales ó físicas de
la locura dan ocasion al ataque con más frecuencia en los pri-
meros que en los segundos. Tal resultado no debe atribuirse,
como á primera vista quizas ocurriera á alguno, á que entre
dicha clase hay ménos individuos que en la pobre dedicados
á la bebida, puesto que el establecimiento en que más resalta
aquella observacion es el denominado ROYAL EDINBURGH ASY-
LUM y en él existen más atacados por la sobredicha causa per-
tenecientes á la clase rica que á la pobre.

La historia de la moda corriente entre muchos miembros del
STOCK OF EXCHANGE nos pone de manifiesto, en materia de ali-
mentacion, que entre la gente acomodada, bajo la forma de *cor-*

taditos matutinos, vino de lunch y vino de pasto entra en el estómago una cantidad tal de licor que con dificultad puede verificar la necesaria imbibición en estómagos ménos porosos que lo que sería de desear, pudiéndose así explicar los resultados inevitables seguidos más ó ménos tarde en la mayor parte de los casos, ocasionando bajo una ú otra forma perturbaciones lamentables en todo el sistema nervioso.

En efecto, con todos esos *fortificantes del estómago*, éste, si es lícito expresarse así, llega á desesperarse, y el que lo siente en tal estado cree necesario para confortarlo y excitar el ya perdido apetito por medio de picantes y espíritus, terminando por tomar una taza de negro café y algunas copas de licor. Así que, cuando se achaca la causa de la demencia de esas cabezas á la dispepsia ó exceso de trabajo, debería tomarse en cuenta juntamente con ella la influencia que ha podido ejercer sobre la catástrofe final la cantidad de alcohol consumida anteriormente por el enfermo en cuestion. Mas sea cual fuere la cantidad relativa de casos de locura entre las dos clases de la sociedad que vamos estudiando, no puede dudarse que ciertas causas, como el mucho estudio ó exceso de trabajo, producen más ataques en las clases elevadas que en las humildes. Antes de aventurar nuestra última proposición hemos examinado las estadísticas correspondientes á seis asilos de Inglaterra, en los cuales no se admiten más que enfermos ricos, y en todos hemos hallado evidentes pruebas de lo que es en nosotros una convicción.

En uno de ellos, Ticehurst, Sussex, por los datos puestos á nuestra disposición por la bondad del doctor Newington echamos de ver que por cada 266 admitidos 29 habían perdido la cabeza por mucho estudio y 18 por exceso en el trabajo, siendo sólo 28 los que la intemperancia había llevado á tan lastimoso estado. Ahora bien, teniendo en cuenta la tendencia que la caridad inspira á los amigos y parientes de los atacados para que atribuyan la enfermedad á las dos primeras causas y no á la última, quedaremos sorprendidos de las cifras suministradas por la influencia del *llamado* exceso en el trabajo. Subrayamos el epíteto anterior, porque así como hay un verdadero exceso en el trabajo hay también otro que debe considerar-

se como ficticio. Mas en último resultado, tanto el uno como el otro, conducen á los desórdenes del sistema nervioso que llevan directamente á la pérdida de la razón.

Sin embargo, por aclarar nuestra idea diremos que por exceso de trabajo se entiende muy comunmente todo lo contrario, ó sea la falta de ocupacion. En efecto, como muchos tienen por una idéntica cosa la civilizacion y la disposicion mental de los hombres, de aquí que sobre el punto en que estriba nuestra observacion, se originen tantas y tan variadas controversias. En ellas, empero, se olvida con mucha frecuencia que la vida ociosa lleva al histérico y á la misma locura, debiéndosela considerar probablemente más como fruto legítimo de la civilizacion que del salvajismo ó barbarismo. No se olvide que esta verdad no queda destruida por la que establece que sin civilizacion no veríamos desenvueltas la inmensa serie de progresos, y que por lo tanto, como ántes queda asentado, tendríamos que luchar con otra de las causas perturbadoras de la razón. El Dr. Willus, médico de la facultad de Lóndres, habla primeramente de una clase muy comun de casos que suelen presentarse en las jóvenes sin ocupaciones ni otra suerte de distracciones, en las cuales, á más de los desarreglos en la salud del cuerpo, suele presentarse la perversion de la naturaleza moral; y despues de discurrir sobre puntos tan interesantes, observa que muy frecuentemente las simpatías de la madre llegan á fomentar las inclinaciones morbosas de sus hijas, insistiendo más de lo necesario en refinar su delicadeza natural y echando mano de medios artificiales para obtener una restauracion imposible. Es notorio que semejantes casos son hijos legítimos de una sociedad en sumo grado organizada, ó de un estado muy elevado de civilizacion, y que la joven que se halla en semejantes condiciones, no es víctima de presiones ejercidas precisamente sobre su persona, sino que, segun las mayores probabilidades, sufre las consecuencias de la herencia, poseyendo por lo tanto un cerebro muy susceptible, legado por el exceso de trabajo verificado por sus ascendientes. El remedio para tan fatales resultados no es seguramente el descanso sino el trabajo, no la ociosidad sino la ocupacion, porque no tenemos que hacer al paciente más refina-

damente artificial, sino más natural, y esto no lo conseguiremos sino ocupándolo en alguna obra que en realidad de verdad pueda llamarse útil, porque la maldición que parece pesar sobre las jóvenes á que nos referimos no es otra que esa vida ociosa y sibarita á que se creen condenadas por su estado, y somos completamente de parecer que la demencia, así como el mismo histérico, no son más que desarrollos naturales de semejante manera de vida; porque aún las mentes de las personas bien educadas se deterioran por falta de saludables excitaciones, de ocupaciones corporales y de las fatigas que consigo traen los quehaceres domésticos. La vida debe tener una aspiración, aunque para conseguirla no debe agobiársela con desmedidos trabajos.

Al lado de la joven que acabamos de bosquejar se ve otra compañera que nunca se desayuna; á las once toma una copita de vino de Jerez, pasa la tarde bebiendo tazas de té y *al llegar la noche está presta á tomar parte en todo aquello á que se la invite*. Como bien á las claras se ve, ésta no es más que un producto de un modo de vivir por todos estilos artificial, por quien ha sido colocada en medio de la civilización moderna. De seguro que los trabajos mentales no la darán mucha guerra, y al propio tiempo deberemos considerarla como fruto genuino, arrancada por el progreso á la barbarie, viniendo á representar en el complejo de nuestras condiciones sociales las últimas formas de nuestra vida nacional. Ante ejemplos como el anterior, nos hemos visto precisados, al ocurrir casos semejantes, á escudriñar y no perder de vista la influencia de lo que hemos llamado exceso de trabajo, y hemos descubierto ser cosa muy dificultosa distinguir este agente de otros no menos maléficos, que, estudiados de cerca, se hallan estar íntimamente conexiónados con él. No nos referimos á esas circunstancias que como la falta de sueño van por lo comun unidas al cansancio mental, sino á aquellas otras que como el vicio no tienen relación alguna con ellas, de modo que al llegar á tan intrincado laberinto nos vemos forzados á atribuir el ataque á ambas causas á la vez, creyendo que una y otra influyen igualmente sobre el estado del paciente.

Por otra parte, en algunos casos no podemos poner en duda

que el trabajo mental muy continuado es la causa eficiente de los trastornos de la razón, y nos satisface saber que, en una gran multitud de casos, por exceso de trabajo se entiende frecuentemente no sólo el esfuerzo que verifica la mente, sino también la ansiedad y cansancio que nace del trabajo á que la persona estudiosa y dedicada á las letras se aplica; así que el exceso de trabajo propiamente dicho y los negocios unidos á esta ansiedad dan evidentemente un buen contingente de casos de locura. En efecto, la reunion de estas causas nos dan factores más sencillos en la enfermedad en cuestion que los proporcionados por el exceso de trabajo por sí sólo, porque ellas proporcionan mayor facilidad á la invasion del mal que las propias de la vida de estudios. El Sr. Lavage observó en el establecimiento BETHLEM HOSPITAL que existen muchos casos en los que el exceso de trabajo suele causar cierta especie de abatimiento peculiar, «que se hace notar más especialmente cuando al sobredicho exceso se juntan las molestias de la vida ordinaria y las proporcionadas por los cuidados causados por la riqueza.» Estos casos son muy raros en las mujeres, y aún ha acontecido en alguna ocasion que despues de un exámen detenido, durante dos dias consecutivos que duró el ataque, pudo comprobarse que la sobredicha no fué más que la causa excitante, por existir, según todas las probabilidades, en la persona atacada una propension previa á la locura heredada de sus mayores.

Asimismo se ha notado que los trabajos monótonos continuados á la larga ejercen una influencia nada favorable sobre la mente, y otro tanto puede decirse de los trabajos como los de tipografía, taquigrafía, no ménos que de los continuos viajes en ferro-carril. Si el trabajo fuerte es variado, no es tan perjudicial como cuando carece de esta condicion. En efecto, durante un año y medio veinte hombres y ocho mujeres fueron admitidos, cuyos ataques eran debidos á exceso de trabajo. Pues bien, los arquitectos, agrimensores, contadores, maestros de escuela, polizontes y zapateros, tenían sus representantes en las mencionadas cifras, y además había siete secretarios, dos de los cuales se habían ocupado en transcribir leyes, dos estudiantes, «uno de los cuales pertenecía á la universidad de Ox-

»ford, donde agotó todas sus fuerzas por obtener la mejor » nota, y el otro estudiaba medicina y se preparaba para obtener el correspondiente grado.» De las mujeres, cinco eran maestras, una niña de escuela y dos modistas. Las maestras desempeñaban sus cargos en escuelas elementales, la una el de directora y la otra como profesora de música y lenguas. En suma, si el exceso de trabajo, hablando estrictamente, no causa por sí solo el abatimiento mental que lleva á la locura, deben huirse los necesarios concomitantes que nos traen tan tristes resultados.

Defendiendo Mr. Farguharson, médico del establecimiento conocido con el nombre de *Rugby School*, la institucion en que ejercía su profesion de ciertos cargos injuriosos que contra aquélla se habían formulado, juzga que los casos de desvaríos mentales son más comunes en las universidades que en otro cualquier género de centros literarios, «porque en ellos no sólo se encuentran los jóvenes en la época más sensitiva de su vida, sino que conociéndolo ellos mismos creen, y no sin razon, que deben aprovechar esa oportunidad, crisis de su existencia, para asegurar el buen resultado de esos estudios, de los cuales depende el bueno ó mal éxito de sus respectivas carreras.» Para esto entra en juego el elemento de la ansiedad, á la cual se sigue la perturbacion del sueño, el descuido en el debido ejercicio corporal, se alteran las digestiones é inevitablemente se sigue un abatimiento general de fuerzas, del cual ó nunca se sale, ó si se obtiene el restablecimiento, éste se verifica despacio y nunca completamente.» Añade despues haber observado aumento de dolores de cabeza y excitaciones nerviosas en los niños pobres desde los primeros dias en que se los compelió á asistir obligatoriamente á las escuelas llamadas BOARD SCHOOLS, y concluye recordando algunas advertencias contra el sistema de forzar ántes de la edad requerida á pobres niños, mal alimentados y peor alojados, diciendo que es una mala accion empeñarse en fabricar adobes cuando faltando el barro sólo tenemos pajas entre las manos.

La gran calamidad psicológica que se ocasiona por la aglomeracion existente, tanto en algunas escuelas como en algunas casas particulares, es suficientemente seria para demostrar

que se debe protestar enérgicamente en muchos casos contra la pésima costumbre que por desgracia en unas y otras se va siguiendo. En el momento que escribimos estas líneas, inspiradas por el celo por lo que debemos á una gran parte de la humanidad, llegan á nuestros oídos tres casos de pobres niñas víctimas de tan necio y no intencionado crimen. En efecto, sabemos de una de esas infelices cuyo cerebro se halla completamente imposibilitado para sostener la más leve carga, viéndose en consecuencia forzada á dejar la escuela en estado de suma excitacion nerviosa; de otra acabamos de oír que la inmensa serie de materias á que la inocente se dedicaba había tenido por resultado los ataques epilépticos que la atormentaban; nos dicen de una tercera víctima cuyos deslumbramientos se habían hecho extensivos á todas sus compañeras, y por último llega á nuestra noticia el ejemplo de otra niña que tras los ataques de nervios se ve reducida á la más completa prostracion.

Estos ejemplos son meras pruebas de lo que pasa en un solo día en una de las clases de los establecimientos de educacion que conocemos; pero los facultativos podrían citar algunos de los muchos casos que á cada momento pasan por sus manos.

El gran número de materias que entran en el curso literario de algunas escuelas y que se requieren para algunos exámenes profesionales, confunde y distrae la mente de los alumnos de modo que poco á poco va abatiendo sus fuerzas naturales y la inhabilitan para dar los saludables frutos que de ella podría esperar el mundo. Aunque la demencia no procediese directamente de esta confusion, como probablemente no procede quizas, sin embargo, las causas excitantes de los desórdenes mentales que obrarán en épocas posteriores llegarán por ende á trastornar un cerebro que, á haber estado anteriormente sujeto á un régimen más moderado, hubiese permanecido en su estado normal, sin que aquellas hubiesen logrado alterarlo en lo más mínimo.

En la multiplicidad de materias que se aglomeran en las tiernas mentes de los alumnos se olvida seguir un plan riguroso y ordenado de enseñanza, se hace que la rutina sofoque cualquier método que traiga consigo alguna originalidad, y la

sed que experimenta el estudiante no encuentra otra fuente en que saciarse que una interminable multitud de teorías apoyadas en fútiles argumentos que vienen á ofuscar todas las potencias del alma. En la obra *INFLUENCE OF EDUCATION AND TRAINING IN PREVENTING DISEASES OF THE NERVEUS SYSTEM* habla Mr. Brudenell Carter de una de las más concurridas escuelas de Lóndres, en la cual se señalaban á pobres niños de diez á doce años para que estudiasen en sus casas lecciones que para ser estudiadas exigian trabajar hasta casi la media noche, y cuyos estatutos y reglamentos se hallan de tal modo combinados que impiden la posibilidad de dar á los alumnos el asueto que necesitan. A todo lo que dejamos dicho no queremos dejar de añadir el testimonio de un profesor de la escuela denominada High School, á quien hemos oido decir que la multitud de materias señaladas por las familias para que sean enseñadas á los hijos son sumamente desastrosas, no ménos para la salud que para el continuado progreso en los ramos más necesarios del saber. Hace pocos dias topamos en la calle con un examinador que llevaba bajo el brazo un gran rollo de papel con las respuestas exigidas por las preguntas de los programas, y hablando con él sobre el punto que ahora nos ocupa, le oimos tambien deplorar esa perversa moda de nuestros dias, esa aglomeracion de asuntos que se pretende introducir de grado ó por fuerza en la edad del desarrollo; esa algarabía de preguntas no entendida ni áun por los mismos que las hacen, y esa tiranía, en fin, del profesorado que quiere aprenda el discípulo en uno ó dos años, á trueque de no ganar curso alguno, cuantas teorías científicas y sutiles especulaciones ha podido recoger en todo el curso de su vida literaria. Con razon mostraba nuestro amigo la más profunda lástima por esos pobres jóvenes que despues de sacrificarse llegan á concluir sus estudios sin poder dar noticia clara de ninguna de las innumerables materias por ellos estudiadas, viéndose entónces más que nunca envueltos en las densas tinieblas que por todas partes vieron salir de la cátedra en que debía haber brillado el astro esplendoroso de la verdadera ciencia.

En estos últimos años, todo el mundo quedó espantado ante el gran número de suicidios cometidos por los jóvenes

que se preparaban para sus exámenes en la Universidad de Londres, llegando á tanto el escándalo, que toda la prensa habló con la mayor energía contra las causas de tan deplorables actos.

A pesar de todo, segun despues se vió, las autoridades competentes dispusieron que se desplegase aún mayor rigor en los exámenes generales. Poco há publicó el periódico titulado *Lancet* una protesta acerca de la conducta seguida contra los aspirantes al grado de bachiller, y en ella hace notar que el número de reprobados en los últimos exámenes es, por término medio, de 40 por 100, advirtiéndole que entre aquellos se encuentran muchos de los mejores estudiantes. Tales medidas hará aumente el trabajo de los alumnos que en adelante aspiren al grado de doctor, y no hay duda que tras esas que consideramos exigencias, hemos de ver muy pronto quizas resultados tan fatales como los ántes indicados. Si este ejemplo no convence á los que dirigen la instruccion pública, cambiando de tono les diremos, que puesto que muchos piensan que la capacidad cúbica del cerebro de nuestros compatriotas sufre todos los años un aumento extraordinario, sigan á la vez añadiendo materias y dando más extension á las ya conocidas, que de ese modo podrá evitarse el que en ellos queden intersticios vacíos.

El maestro de una escuela privada nos ha informado de las pruebas que poseía de los pésimos efectos del exceso de trabajo que se hace pesar sobre los muchachos, á causa de la competencia hecha por una escuela pública, la cual, hacinando leccion sobre leccion en las tiernas mentes de los niños, hacía que los maestros particulares tuviesen que hacer otro tanto ó más con sus discípulos, á fin de no exponerlos á verse cortados en la mitad de su carrera, resultando, como consecuencia de tanto desórden, grandes quiebras en la salud de los escolares y de los mismos que debían prepararlos. Entre otros ejemplos, nos cita el de dos muchachos que habían quedado materialmente agobiados por la preparacion que se les exigió para cierto acto público, en el cual, tras grandes trabajos, llegaron á la meta, pero retirándose de ella cargados de premios para no poder volver más á la arena de las aulas. Añade que

las materias exigidas al presente á los niños en un solo curso son el resultado de todos los estudios hechos en su vida por el profesor, de donde es absolutamente imposible que un pobre niño llegue á abarcarlas todas en un año, segun con tanta crueldad viene exigiéndose. Por consiguiente, los profesores de enseñanza privada, así como los de enseñanza oficial, se ven en la alternativa ó de apretar más de lo debido á los alumnos, ó exponerlos á que no puedan salir de sus exámenes, siendo el primer camino directamente opuesto á la salud, y el segundo al buen nombre del establecimiento, del alumno y de las mismas familias.

Ya hemos hablado de los males que de los métodos de enseñar resultan á los niños pobres, y sólo resta que añadamos ser muy análogos á los referidos los casos que ocurren en las escuelas concurridas por hijos de familias acomodadas. También son dignas de estudio las escuelas de señoritas, segun se ven en Lóndres y de que ya hemos dicho alguna cosa, mas sólo podemos hacer sobre ellas alguna que otra observacion.

En efecto, tanto el exceso de actividad como el de ociosidad, las llevan á los mismos horrorosos resultados. Por lo tanto, ambos extremos deben ser tenidos como conocidos factores del mismo producto, la enajenacion mental. Hemos dicho que la accion indirecta del último es más enérgica que la misma accion directa; pero existen indudablemente algunos casos en que la locura nace de la influencia directa de la inaccion del entendimiento. En efecto, estando inerte la inteligencia, las ideas son extremadamente limitadas, la mente se ceba, digámoslo así, en alguna circunstancia trivial que exagerada llega á convertirse en ilusion; el entendimiento se nutre de sí mismo, y la persona toda se hace tan sensible y suspicaz ó se absorbe tanto en algun pensamiento religioso que, en último término, bajo la influencia de agentes tan nocivos, llega á dar al traste con todo, ó víctima de la exaltacion, se declara rematadamente fuera de juicio. De las circunstancias que inmediatamente rodean al individuo, ya estén conexas con la educacion doméstica, ya dependan de las influencias ejercidas por indiscretos directores espirituales, ya, por último, de la vida solitaria á que su posicion ó el capricho condena á muchas

personas, sólo diremos que en ellas puede haber algunas que sean muy perjudiciales á la actividad física, y por consiguiente favorables á la demencia. Así vemos que el libre ejercicio del pensamiento viene tal vez á ser embargado por toda manera de preocupaciones, se destruye la fluctuacion en que por naturaleza vive el hombre, la elasticidad propia de nuestro carácter queda completamente vencida, la fuerza se debilita, y por último, todo nuestro sér se reduce á tal estado que en él podemos considerarle como presa de todo cuanto de más monstruoso pueda imaginarse, y que viene á presentarse á la mente con la solemne sancion con que se reverencia cuanto la educacion, el hábito y la predileccion nos hacían anteriormente tener por lo mejor. Para completar este cuadro vemos levantarse con frecuencia de él, como aves de mal agüero, una infinidad de escrúpulos fantásticos, y alumbrando, ó mejor dicho, oscureciendo más y más las negras sombras que le rodean aparece la inmensa serie de ilusiones que aborta el fanatismo. Tales personas se han salvado de los pésimos efectos de la embriaguez y otros vicios; se pusieron á cubierto de toda vejacion y excitacion, y sin embargo, al llegar á cierta edad los vemos, no sin asombro, tomar el camino del manicomio. Huyeron del Scylla de la disipacion para ir á caer en el Carybdis de la siempre peligrosa existencia monótona. En esta escabrosa roca vienen á encallar, para morir en ella abandonados por la razon, muchos que si son padres de familia, transmiten á su posteridad cerebros maleados y sistemas nerviosos irremisiblemente susceptibles, que en su inestabilidad son la tortura de todos aquellos á quienes desgraciadamente tocan en suerte.

Gran utilidad podríamos sacar del detenido estudio de los males acarreados por la excitacion religiosa, mas sólo nos contentaremos con advertir que si bien es verdad que han sido exagerados por los que no quieren más religion que la que los inspira el capricho de sus desordenadas pasiones, tampoco faltan quienes aparenten ignorarlos ó negarlos del todo, creyendo que así prestan un gran apoyo á la religion, como si ésta, cuando es la verdadera, fuese responsable de lo que sólo nace de la completa ignorancia de las verdades que predica. Existe, pues, bajo este punto de vista un mal real, y horrible

es la responsabilidad de aquellos que con odiosas caricaturas de la verdad y afirmaciones temerarias ó reprobadas arrancan del corazon de sus oyentes el único consuelo de la vida, la esperanza, haciendo nacer en la conciencia de hombres, mujeres y niños la desesperacion que termina con el desequilibrio de las fuerzas mentales.

A más de las anteriores causas, contribuye tambien á la demencia otro de los productos de la vida moderna. Hablamos del espiritualismo, que especialmente en América hace, segun se dice, tantos estragos, que un autor inglés ha llegado recientemente á afirmar que ya cuentan los asilos de los Estados Unidos con unas 10.000 personas víctimas de semejante causa. Añadamos, sin embargo, que las cuidadosas investigaciones hechas en vista de tan enorme cifra han hecho ver la exageracion del autor aludido, pudiéndose afirmar de resultas que el número de locos que deben á esta causa su enfermedad es aún más insignificante que el que nace de la excitacion religiosa.

En resúmen, atendiendo á la inmensa serie de hechos que reclaman nuestra atencion, podemos decir que el estudio de las relaciones existentes entre la vida moderna y la demencia demuestra que esta materia es, bajo muchos puntos de vista, muy compleja; que tanto la clase rica como la pobre, por varias causas, aunque ciertamente comunes en su origen, se hallan sujetas á una locura que llamaremos *preventiva*; que la cerveza, ginebra, mala alimentacion, monotonía en las ocupaciones, trabajo muscular llevado á sus últimos extremos, disgustos domésticos, miseria y ansiedad, tienen una parte muy activa, no sólo en el número de pobres que en la edad adulta llegan á perder el juicio, sino tambien en los que por predisposicion hereditaria desde la cuna dan evidentes señales de debilidad mental ó de idiotismo. Asimismo debemos confesar que en las clases medias de la sociedad los negocios importantes, la excesiva competencia, las quiebras ó bancarotas y en muchos casos tambien la vida indolente y desordenada, son ocasion de ataques, miéntras que en las clases más elevadas la reunion de todas las anteriores causas, y más que todas la intemperancia obra, aún más enérgicamente, advirtiendo que en

este grupo entran las señoras y caballeros dipsomaniáticos que no se recogen á los asilos. Por último, concluimos diciendo que miéntras la multiplicidad de materias que estudia la juventud y el excesivo trabajo de cabeza continuado en los años que á aquel primer período siguen, ejercen cierta maléfica influencia, el trabajo, la lujuria, los deseos desordenados, la vida inquieta producen una multitud de desórdenes nerviosos que con harta frecuencia terminan en locura.

En un estado de civilizacion como el nuestro, puede tambien ocurrir que muchos niños de constitucion tan extremadamente débil como la de sus cuerpos, sean educados de modo que, cuando de otro modo seguramente hubieran perdido la vida, logran conservarla. Éstos, ó quedan reducidos á imbéciles, ó sólo viven para ser las víctimas de la influencia de los cuidados y ansiedades del mundo.

Además, si bien lo observamos, echaremos de ver que en el mundo existen muchos dementes, que ántes de serlo nunca gozaron del completo uso de su razon; de modo que si los hubiéramos seguido paso á paso en las diferentes acciones de su vida, nos hubiéramos convencido que en ellos existía alguna cosa particular. Al confrontar, pues, su vida pasada con la presente, resultará que existía un fuego latente que revolviéndose en el interior, vino á estallar como un volcan, reduciendo al individuo al miserable estado en que actualmente lo encontramos.

Por último, la sociedad moderna comprende una numerosa porcion de personas de esclarecido entendimiento, pero excitables y nocivamente sensitivas, entre las que hay algunas que ocupan la línea que divide la demencia y la cordura de tal modo que los que las tratan llegan á desear que desaparezcan las fluctuaciones y pasen de una vez al campo que les corresponde, porque sólo así puede ser más fácil propinarles los remedios que han menester, miéntras que de otra suerte no hay facultativo que pueda atender á lo que necesitan.

Ahora bien, sea cual fuere la incertidumbre que las varias fases de la cuestion propuesta para estudio de este artículo deje en el ánimo, no hay duda que de él pueden deducirse saludables conclusiones, que si llegan á estar conformes con las

consideraciones hechas en lo pasado por unos y que en lo porvenir pueden deducirse por otros, no hay duda que tendrán una fuerza muy grande para confirmar en su opinion á quienes al presente hayan visto las cosas como nosotros las vemos. Porque si llegase á comprobarse que entre los pobres é ignorantes existe inmunidad sorprendente para los ataques de locura, no hay duda que de este hecho se sacaría un fuerte argumento contra la extension que hoy se da á la educacion de las clases trabajadoras. Pero, gracias al cielo, nada hay en nuestro escrito que favorezca en lo más mínimo á idea tan anti-progresista, y si, por el contrario, no pecasen tanto las clases acomodadas contra la sanidad mental formarían un contraste mayor del que ahora forman con las clases pobres.

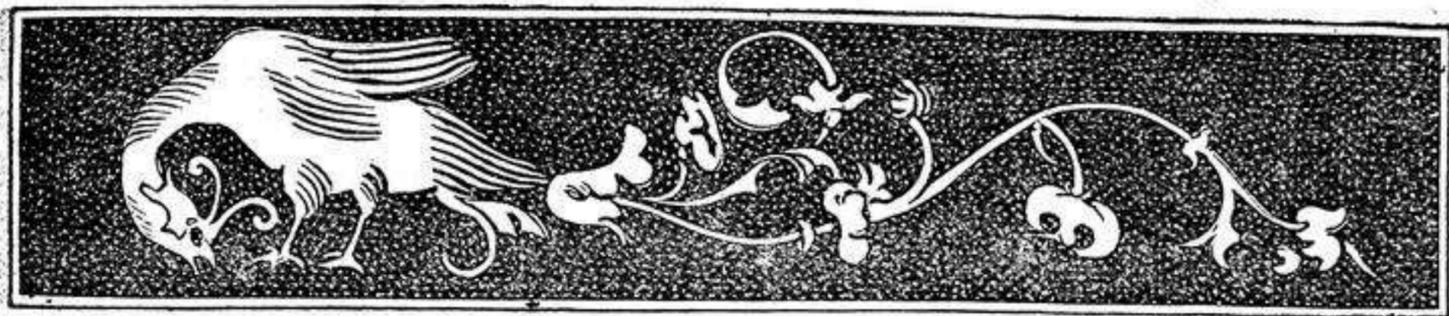
Otro tanto puede decirse de la intemperancia y cuanto ella envuelve, y á pesar de la dificultad que hay en la determinacion de los diversos factores que vienen á aumentar la suma total de las causas de ataque, no abrigamos la menor duda que la bebida ejerce una gran influencia sobre la enajenacion mental, advirtiéndolo, sin embargo, que toda vez que la constitucion individual no contenga tendencia alguna latente á la demencia, aunque se pongan todas las causas imaginables, jamás se vendrá á parar por lo general en la enfermedad que hemos estudiado en este artículo, porque sabido es que el hombre ve ceder á su salud por el flaco que ésta ofrezca, sea cual fuere su naturaleza.

De aquí habremos, en fin, podido sacar lecciones prácticas de la educacion que ha de darse á la sociedad, y que á nuestro juicio no ha de consistir tan sólo en lo que bajo aquella denominacion comprendemos, sino más particularmente en la direccion real que se ha de dar á los propios sentimientos, debiéndose evitar la paralización mental, y no sólo la que se engendra *per se*, sino tambien la que es consecuencia natural de la serie de desórdenes á que da lugar la degradacion sensual por una parte, y por otra el negro fanatismo que hace se aplique más de lo que la religion manda la mente en superfluidades religiosas, presentadas á veces como montes insuperables, que llegan á exaltar la imaginacion y dar por último en los abismos de la locura.

No obstante todo lo dicho, siempre existirán casos de locura, cuyos fatales resultados no puedan remediarse con medios preventivos; pero la sociedad podrá reducirlos á su última expresion cuidando de que no venga á provocar el mal esa educacion prematura y tirana de que hemos hablado, fomentando la aplicacion de las verdades que suministran las ciencias médicas y psicológicas y dejando al cristianismo que ejerza sobre el mundo la accion salvadora que le ha sido confiada; porque sólo cuando éste adquiriera la amplitud que necesita, cuando se apodere de todo el mundo y cuando los individuos pongan realmente en sus manos la direccion de sus conciencias, para que las funda en el molde de su santidad, veremos remediados los males que deploramos.

HACK TUKE.





CHIPRE

CN los momentos actuales no pueden ménos de interesar, no sólo al pueblo inglés, sino al mundo entero, las noticias acerca de la nueva perla que acaba de ser engastada en la diadema de la reina de Inglaterra. En efecto, todos naturalmente se preguntan quién es el nuevo miembro adoptado por la gran familia británica, y al preguntársele no saben si se debe considerar como pródigo que de lejanas tierras se echa en brazos de una madre en quien piensa encontrar la satisfaccion de todos sus deseos, ó como hijo de promision que espera de ella su felicidad. En los siguientes apuntes encontrarán, pues, nuestros lectores los materiales necesarios para formar acertado juicio acerca de esta nueva posesion de la Gran Bretaña, pudiendo con ellos dar debida solucion á la natural curiosidad que excita cuestion tan interesante como llena de importancia, por lo cual empezaremos diciendo que nuestro trabajo es fruto de nueve años de residencia en aquella isla, en circunstancias las más favorables para obtener perfecto conocimiento del país, de sus habitantes, de sus ventajas y desventajas, y de su administracion. Hemos recorrido de extremo á extremo toda la isla; sin reservas de ningun género hemos vivido y tratado con los que componen su poblacion, ya fuesen gobernantes, ya simples

paisanos, y nos hemos, en fin, asociado á la administracion del país, de modo que, ante la consideracion de circunstancias tan excepcionales, no hemos vacilado en tomar la pluma y escribir sobre la materia, fiados en que los lectores sabrán disculpar los defectos de la forma en que lo hacemos.

Basta tender una mirada sobre el mapa para que el más incrédulo se convenza de la ventajosa posicion ocupada por Chipre, ya se la considere como defensa del canal de Suez, ya como apoyo de la línea férrea que en un tiempo no lejano quizas ha de cruzar por los valles del Eufrátes, ya, en fin, como punto de partida y depósito de las operaciones que en lo futuro puedan ser necesarias para proteger los intereses de Inglaterra en la Turquía Asiática. Todas las grandes dinastías que supieron conquistarse buen nombre en el mundo, como la asiria, la babilónica, la persa y la macedonia, todas, en una palabra, las que se distinguieron por su espíritu agresivo, creyeron paso necesario para irse aproximando al Egipto, la ocupacion de la isla de Chipre. Razon, pues, tiene el pueblo inglés, que tantos intereses posee en Egipto, para mostrarse satisfecho al ver ya ondear sus banderas sobre tan importante posicion, puesto que tanto hubiera valido contra Inglaterra en manos de sus enemigos cuanto vale al presente en las de aquella nacion, como barrera opuesta á toda fuerza que pretendiera en lo futuro interceptar sus comunicaciones por el Egipto. Mas no es ésta la única ventaja que la Gran Bretaña, ó mejor dicho, el mundo entero ha de reportar al enclavar el pabellon inglés en Chipre, puesto que para todos aquellos que aún creen en la regeneracion de Turquía por manos de la raza que hoy impera en ella, la adquisicion de Chipre será considerada como escuela práctica en donde se aprenda el género de justicia y administracion que requieren todas las provincias turcas, y, ya que es más fácil imitar que iniciar, la Sublime Puerta verá inmensamente facilitado el camino para lo que há menester.

Asimismo, aquellos, en gran número por desgracia, que dudan de la posibilidad de la regeneracion turca por medio del poder musulman y que por consiguiente preven en un dia no lejano la terrible crisis que habrán de atravesar las po-

blaciones turcas para alcanzar el rescate de la dura esclavitud de su fatal desgobierno, la posición británica en Chipre será con razón tenida como poderosa ayuda en favor de las nacionalidades que entren en lucha, así como saludable freno contra toda exaltación del fanatismo musulmán, á quien sólo deberíamos temer como los últimos esfuerzos de un fuego devastador que muere entre las postreras pavesas de sus estragos.

Así la influencia moral de la proximidad de Inglaterra, el amor á la libertad y el noble ejemplo de sus triunfos, serán poderosos estímulos para reunir los dispersos elementos que en Turquía luchan por el progreso y ya hoy causan desaliento á todos los partidarios de la opresión y de la injusticia.

Pero como posesión inglesa, debe convertirse Chipre en modelo de buen gobierno, en oasis del inmenso desierto causado por la administración que priva á los países vecinos de la luz de la civilización. A pesar de todo, no ocultaremos la verdad, anunciando de antemano que las primeras luchas después de la adquisición pueden ser quizás muy costosas y humillantes. Muy fácil es que se ponga aquí también en juego la política seguida en Corfú, donde se gastaron enormes sumas para crear á costa de la madre patria un género de prosperidad que no traspasó los límites de lo artificial. Mas sonroja á todo inglés pensar que en todo lo que respecta á la prosperidad de los intereses materiales de aquella isla, marcha hoy Corfú, sometida á los griegos, tan bien como cuando dominaba en ella el gobierno modelo del mundo. El hecho es que los ingleses forman como nación un pueblo muy insular, y por ende no reputan ser bueno sino sólo lo que han visto en la reducida esfera de su patria, queriendo aplicar todas las instituciones británicas á súbditos educados bajo circunstancias enteramente contrarias. Así que nunca podríamos, sino tras grandes molestias y mayores descontentos, hacer que los orientales, acostumbrados, por ejemplo, á calzado tan ligero, adoptasen las pesadas y estrechas botas usadas en Occidente, ni por ningún caso podría nunca probarse que este nuestro calzado es el más á propósito para los climas de Oriente. En lo que pueda aplicarse á aquellas naciones, el progreso importado por los occidentales debe ser gradual y tender, más que á introducir nue-

vos órdenes de cosas, á tomar por línea especial de conducta el mejorar los sistemas de justicia y administracion que por largo tiempo han sido corrientes en el país, elevando así paso á paso y por terreno seguro las concepciones orientales á la altura de los principios de Occidente.

Durante los primeros años de nuestra permanencia en Chipre tratamos de introducir en aquel país nuestro sistema de agricultura, para lo cual nos proporcionamos arados, rastrillos y otros instrumentos análogos trabajados en Inglaterra; mas no tardamos mucho en convencernos de que lo que era bueno en Occidente no convenía á las necesidades del Oriente, y que si queríamos sacar utilidad de los materiales ofrecidos por el país en que vivíamos, habíamos de seguir tal sistema, que los mismos naturales pudiesen secundar nuestros esfuerzos. Abandonados, por consiguiente, los mencionados instrumentos, y adquiridos los mejores modelos de arados del país, compramos los mejores bueyes que pudimos hallar, adoptamos el sistema ya conocido de escoger cuidadosamente las semillas, y cada año procuramos abonar las tierras, haciendo que no se elevase mucho el gasto total. El resultado de todo esto fué que los indígenas empleados en aquellos trabajos hiciesen cuanto estuvo de su parte para sacar el provecho que de antemano les habíamos prometido, debiendo añadir que los efectos sobrepusieron á las esperanzas. En lo sucesivo, pues, nuestra tarea estaba limitada á recordar oportunamente á los mahometanos las ventajas aquel año obtenidas, cuya realidad corrían de todas partes á admirar los capataces de las tierras circunvecinas, que apenas se daban cuenta de lo que veían. Tales deben ser los principios que han de inspirar la administracion local de Chipre, si se pretende reportar de ella las necesarias utilidades, porque sólo por dichos medios podrá conseguirse que la inteligencia de los súbditos simpatice con los sistemas de aquéllos que la Providencia les depara para gobernarlos. Y si no, supongamos, por ejemplo, que el sistema de gabelas establecido desde tiempo inmemorial en Chipre hubiera de ser bruscamente sustituido por cualquiera otro impuesto modelado en las usanzas occidentales, como los consumos, etc. No hay duda que á la larga se acostumbraría el pueblo al nue-

vo orden de ideas; pero no se olvide que ántes habían de preceder interminables series de disgustos y choques, siempre desagradables y opuestos á la armonía necesaria entre gobernantes y gobernados. Por el contrario, si en vez de combatir el régimen ya establecido nos dedicásemos á hacer progresar el sistema dominante, á desarraigar los innumerables abusos á todos notorios, á aligerar, hasta donde fuese dado, la pesada carga de las contribuciones, consultando á los intereses del contribuyente, y sobre todo, á poner por medio de exactas estadísticas á la luz del dia y con todos los más diminutos detalles, los resultados de todos y cada uno de los impuestos, obtendríamos, sin duda alguna, la aprobacion, al ménos, de las personas más inteligentes, y oiríamos con satisfaccion la comparacion hecha por el pueblo entre el antiguo y nuevo sistema. La tarea, pues, de Inglaterra no ha de consistir en tornar en ingleses á los naturales de Chipre, sino en llevar á esa afortunada isla la prosperidad y la felicidad.

I.

Veamos ahora si las propiedades que caracterizan á aquel pueblo y las ventajas de la isla que nos ocupa son tales que nos den suficientes motivos para esperar obtener de uno y otra lo que debe ser el único objeto de nuestras miras.

La poblacion de Chipre, segun cálculos más ó ménos aproximados, se eleva á unos 180.000 habitantes, y, si hemos de atenernos á las estadísticas de las autoridades turcas, debemos decir que el número de contribuyentes no pasa de 44.000, una parte de los cuales la componen solteros que han llegado ya á la edad de la madurez. Sacando de estos datos la deduccion necesaria, y calculando por término medio que cada una de las familias se compone de cinco individuos, aparecerá evidentemente justificado el cálculo que asigna 180.000 habitantes á la poblacion total de la isla. Ahora bien, más de dos terceras partes de dicha poblacion profesan el cristianismo, mientras que escasamente pertenece á la religion de Mahoma la tercera parte restante. A excepcion de una pequeña colonia de maronitas, compuesta de unos 1.000 individuos que hace un siglo

arribaron á la isla, el resto de sus habitantes habla el griego y pertenece á la religion ortodoxa griega.

Aunque generalmente se clasifican bajo el nombre general de griegos los naturales de Chipre, desde los tiempos prehistóricos más antiguos hasta nuestros dias presentan caracteres peculiares que esencialmente los separan de los naturales de Grecia, porque ni se hallan animados de la vida y actividad nerviosa de los helenos, ni inspirados por el espíritu fantástico que á éstos distingue. Son además en alto grado dóciles, industriosos y sóbrios, hallándose en ellos tan desarrollado el amor de la patria y de la familia, que en muchas ocasiones hemos encontrado sumamente difícil, áun ofreciendo ventajas pecuniarias muy considerables, inducir á algunos de los menestrales del país á abandonar la aldea que los vió nacer.

Todo el cuidado de los padres de familia consiste en buscar acomodo fijo para asegurar el porvenir de sus hijos; así que tan pronto como llegan éstos á la edad de la madurez, reparte el padre de familia toda su propiedad y riqueza entre ellos, quedando aquél la mayor parte de las veces reducido á no tener más recursos que los que la bondad de los hijos quiera suministrarle, llegando esto á ser tan comun que los acreedores nunca quedan satisfechos con la sola firma del padre que posee ya algun hijo en vísperas de entrar en la mayor edad, exigiendo, por consiguiente, que éste tambien firme el recibo ó pagaré. Semejante conducta es de gran estímulo para los matrimonios prematuros, y no deja de ser conmovedor el desprendimiento con que los padres sacrifican su existencia individual en favor de sus hijos.

Comunmente se cree que los principios de la moral no existen ya entre estas gentes; mas esta asercion es completamente falsa, puesto que los principios dominantes en la clase baja pueden compararse con los existentes entre los campesinos de Inglaterra y de Escocia. Mas llama mucho la atencion ver que todas las afecciones domésticas las reconcentra el labriego en el amor que profesa á su prole, y, aunque la madre sea poco sentimental de suyo, sus hijos saben perfectamente tocar la más delicada cuerda de su corazon, y derra-

mar sobre toda la familia el torrente de felicidad que inunda el hogar doméstico.

El elemento mahometano es poco fanático, la mayoría habla tan bien el griego como el turco, y viven en los términos más amistosos con sus vecinos los cristianos, debiendo advertirse que éste es el único punto de toda Turquía en que los sectarios del Profeta se presentan en minoría. La poligamia es una excepcion, no regla, en los distritos campestres, siendo los niños por consecuencia muy fuertes y vigorosos. Segun estadística por nosotros mismos hecha en varias aldeas en que se hallaban en combinacion los elementos del mahometismo y cristianismo, pudimos cerciorarnos ser mayor el número de nacimientos de varones entre los mahometanos que entre los cristianos, siendo al propio tiempo muy grande la proporcion de los varones sobre la de las hembras.

En estos últimos años la poblacion cristiana ha sido mayor que la mahometana, lo cual debe atribuirse en cierto modo al impuesto de sangre ó levas para el ejército, en el cual ingresaban solamente los mahometanos.

Naturalmente habrá de desaparecer el gravámen que ha pesado hasta ahora sobre estos últimos, y de este modo se empezarán á sentir las ventajas de la nueva dominacion. La poblacion cristiana es asimismo mucho más industriosa que la mahometana, y durante muchos años en las subastas de tierras se notó ser estos últimos generalmente los vendedores y raras veces los que pujaban para adquirirlas.

Con escasas excepciones, el mahometano no se distingue mucho por su inteligencia en la agricultura, y la reclusion en que guarda á su mujer hace que ésta sea ménos provechosa para el trabajo que lo es la mujer cristiana para su marido.

Hé aquí en breves palabras la descripcion del pueblo cuyos futuros destinos acaban de ser confiados al gobierno británico, debiendo hacer notar á nuestros lectores que no carece de los caractéres necesarios para seguir las huellas del progreso.

Desde los tiempos más remotos la iglesia griega de Chipre gozó de cierto grado de independendencia, pues, aunque ésta se vió amenazada en el siglo v por la importancia creciente de la Silla de Antioquía, sin embargo, una coincidencia hizo que, justa-

mente cuando los obispos de Chipre luchaban por sacudir el yugo del patriarca de Antioquía, un pastor descubriese en Salamina el cuerpo de San Bernabé, martirizado allí, según había sido transmitido por la tradición, y con el cuerpo se encontró también una copia del Evangelio de San Matías, escrita por el santo cipriota. En gratitud, pues, por tan preciosa reliquia, enviada inmediatamente á Constantinopla, el emperador Zenon confirmó la absoluta independencia de la iglesia de Chipre, y confirió honores particulares, que aún hoy conserva, á su prelado. Entre los mencionados privilegios se hallaban algunos muy notables, como que el arzobispo pudiese usar hábitos de seda de color de púrpura, cetro de oro, el título de beatitud y el privilegio, propio sólo de los emperadores, de firmar con tinta roja.

El arzobispo que durante nuestra permanencia en la isla ocupaba aquella Silla era persona muy inteligente y de vida no sólo ejemplar, sino cristianamente devota. Los arzobispos se nombran de entre los obispos, y éstos lo son por las congregaciones de entre los monjes. Los sacerdotes pueden contraer matrimonio cuando reciben el subdiaconado, y permanecer casados después de la última ordenación, para inteligencia de lo cual bastará recordar que el celibato eclesiástico es ley canónica que la Iglesia podrá hacer desaparecer cuando lo tenga por conveniente. De desear es que los ingleses tributen los mayores honores á estos dignatarios eclesiásticos, y que por su medio se dé un nuevo y más enérgico estímulo á la educación de los habitantes de la isla, estando nosotros convencidos que no se opondrá ningún obstáculo á que se distribuyan entre el pueblo libros útiles y de sana doctrina, puesto que, después de haber dejado la isla, tuvimos ocasión de recomendar al arzobispo la edición de una Biblia impresa por una sociedad americana, y vimos con satisfacción que Su Beatitud nos decía en benévola epístola que tenía gran interés en que se diseminasen en el país *en toda su pureza* las sagradas Escrituras.

En oposición á los cretenses, los cipriotas son muy fáciles de gobernar; no se conoce entre ellos el bandolerismo, y la Sublime Puerta apenas ha tenido que echar mano de fuerzas

militares para contenerlos en la esfera del orden. Por una especial concesion obtenida muchos años atras por influencia de Mehemet Kupruli Pacha , los quintos sacados de Chipre permanecían en la isla durante los años del servicio, y formaban la única fuerza militar del país sujeta á las órdenes del gobernador; pero que, como á todos es notorio, nunca ha servido para nada, volviendo la mayoría á sus casas sin haber disparado un tiro ni tener ocasion de mostrar su valor en accion alguna que seria fuese.

Como prueba de la seguridad general en todas partes dominante, diremos que muchas veces tuvimos ocasion de enviar grandes cantidades de dinero de uno á otro extremo de la isla, verificándose el viaje sin escolta de ningun género, y sin que fuese necesario exigir recibo alguno á los arrieros á quienes se confiaban las talegas.

Durante la guerra de Abisinia recibimos orden del gobierno inglés (1) de comprar unos 2.000 mulos, lo cual hicimos en el término de un mes recorriendo todos los puntos, aun los más remotos de la isla, y aunque mandábamos el dinero por medio de los naturales del país ántes que nos fuesen entregadas las bestias, no se perdió cantidad alguna, ni á pesar de los innumerables agentes que anduvieron en el negocio, fuimos defraudados en un maravedí, debiendo añadir que oficialmente se aseguró haber sido aquellas cabalgaduras las mejores que el gobierno presentó en campaña, y que despues de haber llegado á Mágdala volvieron á la costa, en donde se vendieron á buen precio.

II.

Vengamos ya á hablar de la isla en sí misma, la cual despues de la de Sicilia es la más rica y fértil del Mediterráneo.

Su figura, si bien se observa, semeja una pierna de carnero, cuya tibia se halla representada por un estrecho promontorio de 35 millas de longitud por 15 de latitud. La parte más an-

(1) El autor de este artículo ha sido durante muchos años cónsul de S. M. B. en Chipre.

cha de toda la isla tiene unas 60 millas, así como su mayor longitud es de 120 millas.

Atraviésanla dos órdenes de montañas, una de las cuales se extiende á lo largo de la costa septentrional desde el cabo Andreas hasta el cabo Cormakiti, recorriendo la otra la costa meridional, mientras que entre ambas se extiende la fértil llanura de Mesoria, comprendida entre la bahía de Morpho y la de Salamina.

Toda persona que sea algun tanto experimentada en las eventualidades históricas que atraviesan las diversas regiones del mundo, comprenderá los futuros destinos de la isla que nos ocupa con sólo parar mientes en su pasada historia, la cual irradia rayos de esperanza sobre el porvenir, que en otros puntos de la tierra se muestra casi siempre envuelto en las densas tinieblas del misterio.

En efecto, desde el noveno hasta el sétimo siglo ántes de nuestra era, Chipre había conseguido ya remontarse casi al apogeo de su prosperidad, habiendo poseido durante treinta años la supremacía sobre el mar llamado por los griegos Thalassocracia. Su comercio estaba entónces dotado de tan gran actividad que pudo enviar varias colonias á países extranjeros, y más particularmente á las costas de la Macedonia, á Cyma en el Asia Menor, y á los lugares de la Lidia en que más tarde había de levantarse la ciudad de Antioquía. Sin embargo, segun todos los datos que nos ha transmitido la historia, nos es dado fijar el colmo de su prosperidad en la era de Tolomeo, ó sea desde los años 300 á 100 ántes de Jesucristo. Y, en efecto, en esta última época leemos que su rey Tolomeo Lathyro reunió en la isla un ejército de 30.000 hombres que victoriosamente opuso á Alejandro Janneo, rey de Palestina, lo cual prueba que la poblacion debía ser en aquel entónces muy crecida y que probablemente no debió bajar de 1.000.000 de habitantes.

La prosperidad de la isla empezó á menguar bajo la dominacion de los emperadores bizantinos, y estuvo sujeta á severas pruebas durante las luchas que terminaron con la toma de Constantinopla por los turcos.

No en vano, pues, al llegar á este punto nos asalta la

esperanza de que bajo la benéfica mano del Gobierno inglés vuelva Chipre á adquirir aquella prosperidad que debió á la sabia administracion de Tolomeo Sotero, lo cual se nos hará aún todavía más factible si recordamos que en nuestros dias existen aún los elementos constitutivos de aquella antigua prosperidad, segun vamos á ver inmediatamente.

La principal riqueza de la isla radica en la agricultura, y entre sus más importantes productos deben enumerarse el grano, el vino, las simientes, el algarrobo, el algodón, la rubia granada, el tabaco, la seda y la sal.

En efecto, el trigo que allí se produce es de buena calidad, y, aunque de menudo grano, posee todas las ventajas del más renombrado de Rusia; mas desgraciadamente pierde gran parte de su mérito en los mercados europeos, á causa de los procedimientos usados en la trilla, los cuales, á decir verdad, son los mismos que se usaban en los tiempos de Abraham; de modo que, despues de trillado, se presenta el trigo de la parva mezclado con las piedrecillas de la era, siendo sumamente difícil y costoso el verificar la necesaria limpia. Esta falta es fatal para los molineros de Inglaterra; pero afortunadamente con algunas sábias advertencias hechas á los cosecheros de Chipre, podrá remediarse por completo.

En los mejores terrenos de la principal llanura de Mesoria, la cosecha que corresponde á cada área de tierra se eleva á 40 fanegas de cebada y á 30 de trigo.

Pasando á tratar de los vinos, sabido es cuán renombrados han sido desde muy antiguo los de Chipre, cuya principal calidad recibió el nombre de *Commanderia*, del nombre del comendador de los caballeros Templarios, siendo á todos notorio cómo se aprecia en Francia é Italia. De Chipre fué de donde con tan saludables ventajas se introdujo el vino en la isla de Madera, á propósito de lo cual recordamos que durante nuestra residencia en Chipre fueron pedidas nuevas cepas por el cónsul americano de Madera, con el fin de reponer las muchas viñas devastadas por la enfermedad.

El pueblo británico, pues, puede abrigar la esperanza de que en no muy lejana fecha ha de beber el sabroso licor que tan simpático le es, sin tener que importarlo de extrañas tier-

ras, puesto que podrá encontrarlo en una posesion en que ondea el pabellon inglés.

El vino comun del país es muy sano, empero posee gusto algun tanto desagradable, á causa de la brea especial con que se embadurna las pipas en que suelen conservarlo. Su coste se eleva tan sólo á medio real por cuartillo, y en opinion de los jueces más competentes, puede aprovecharse con excelentes resultados para verificar con él todo género de mezclas, una vez que sea dable impedir reciba de los toneles el desagradable gusto de que acabamos de hacer mencion.

El cultivo de las viñas ha sido seriamente perjudicado desde que el Gobierno turco impuso á los que á él se dedicaban exorbitantes impuestos, puesto que, como en todos los demas productos, debe pagarse al Tesoro á título de diezmo una octava parte; mas ésta no puede cobrarse en especie, porque, como es sabido, la uva no puede conservarse fresca mucho tiempo, y, por lo tanto, se obliga á los vinicultores á dar en metálico una cantidad equivalente fijada cada año por los *medjlis* locales, ó sean los tribunales mixtos á quienes se concede semejante atribucion. Ahora bien, como base para fijar esta cantidad, en vez de tomar el precio que la fruta tiene en el lugar de su origen, se toma el valor que tiene en el mercado de la principal ciudad de la isla, con lo cual el impuesto, que de otro modo no pasaría de doce y medio por ciento, pasa de veinte. Mas no pára aquí todo, porque apénas los racimos salen del lagar convertidos en vino, cuando hay que pagar un nuevo impuesto que excede al 10 por 100 de su valor. No hay que decir que la consecuencia general de semejantes exacciones es la disminucion del cultivo de un producto para el cual la isla posee ventajas excepcionales. Muchas son las razones que nos impelen á tener por medida, no sólo prudente, sino necesaria, el librar á los vinos de semejantes imposiciones que, á nuestro juicio, deberían reducirse á lo más á algun ligero derecho, estando seguros que de esta manera se daría ancho desarrollo á este ramo de agricultura, que tantos provechos puede traer á la isla y á los consumidores de Inglaterra.

La exportacion del vino subió en 1871 á 514.000 galones, que fueron casi exclusivamente embarcados para Siria y Ale-

jandría; pero estamos seguros que, una vez introducidos en Chipre los nuevos métodos de preparación, ascenderá este comercio á mayor escala, ya que podemos afirmar ser sumamente fácil aumentar la producción de la uva cincuenta veces más de lo que es actualmente.

Producen también aquellos terrenos gran abundancia de las mejores calidades de algodón, y aún pueden obtenerse mayores resultados atendiendo á que en la guerra americana se introdujeron en el país semillas del nuevo continente, las cuales dieron abundantes cosechas. Entónces fué cuando, no con idea de traficar, sino como mero pasatiempo, dedicamos nuestros ocios á dirigir los trabajos de la agricultura, en los cuales aprendimos que las simientes traídas de Nueva Orleans ofrecían bajo muchos respectos mayores y más seguros resultados que las propias del país, habiéndose llegado á clasificar en Liverpool el producto de nuestro trabajo privado como una quinta parte menor del que hubiera podido obtenerse con dichas semillas, si la siembra hubiese tenido lugar en América. Pero la clase agrícola de Chipre encuentra no pequeña dificultad en obtener de las semillas americanas buenas cosechas, porque la vaina de esta última semilla cuando llega á su madurez se abre tanto, que si no se colecta á tiempo el algodón en ella contenido, cae á tierra, y por consiguiente sufre no pequeño deterioro; así que durante toda aquella estación la recolección debe hacerse casi diariamente, lo cual no permiten los empleados para exigir la octava parte del producto, por no ser suficientes en número para atender todos los días á las diversas partes en que existe ya maduro el ambicionado producto. Por el contrario, para conveniencia de dichos funcionarios, las semillas indígenas no se abren del todo, y, aunque ya maduras, pueden permanecer por mucho tiempo en el campo. Esta circunstancia, que no deja de ser importante, impide á muchos agricultores el posponer, á pesar de sus ventajas, las semillas americanas á las del país. Ahora bien, puesto que casi todo el algodón que produce la isla es exportado, creemos sería mucho mejor imponer los derechos que se creyesen convenientes al tiempo del embarque y no al tener lugar la recolección.

La cantidad de algodón exportada se elevó en 1871 á 770.850 libras.

El aumento del cultivo del algodón depende del aumento de medios de irrigacion, lo cual nos lleva naturalmente á decir que la cuestion del abastecimiento de aguas ha de llamar mucho la atencion de los nuevos gobernantes, á cuyo propósito recordaremos tener en nuestro poder una copia de la opinion de una eminente autoridad francesa con respecto á la probabilidad de hallar agua en Chipre por medio de pozos artesianos, indicándose en este escrito varias localidades en que, juzgando por el mapa geológico de la isla, hay grandes probabilidades de obtener por este medio el apetecido resultado. Tuvimos la honra de recomendar este asunto al gobernador turco, y en consecuencia fuimos autorizados para tratar con los más acreditados zahoríes de Inglaterra y algunas compañías para buscar los lugares más á propósito y empezar los necesarios perforamientos de terreno. Todos los trabajos estaban ajustados en condiciones económicas muy ventajosas con una compañía de ingenieros ingleses, cuando, como con frecuencia acontece en Turquía, ántes de que pudiesen empezarse á poner por obra nuestros planes, se dió de baja al gobernador que los favorecía, disolviéndose todos aquellos como sal en el agua. Concluiremos diciendo que es incalculable bajo todos conceptos el valor del agua en un país como Chipre, especialmente si se encuentra en tales condiciones que por su propia virtud pueda elevarse á la superficie del terreno.

Pasando á hablar del tabaco, es de advertir que veinte años atras su produccion era muy considerable en Chipre, estimándose mucho, tanto en Siria como en Egipto las cualidades del procedente de ciertas localidades próximas á Limasol; mas hoy la cosecha no representa ni siquiera una décima parte del tabaco que se consume en la isla. La causa de esta anomalía no es difícil averiguarla, puesto que es muy comun en el país y no es otra que las disposiciones fiscales del tesoro turco. En efecto, cualquier nuevo esfuerzo que se haga en Constantinopla para aumentar las contribuciones del país, va á descargar su furia contra el tabaco sobre el cual caen nuevos impuestos, hasta que por fin éstos se elevan á la exorbitante suma de seis

piastras por oca en las calidades inferiores de este producto. Ahora bien, como esta cantidad representa un 50 por 100 del valor total de la mercancía, no hay que tener extrañeza de que haya cesado casi por completo dicho ramo de la agricultura. Empero la Gran Bretaña ha de tener gran interes en su restauracion, procurando elevarlo á su primitiva importancia, para lo cual obrará con la sabiduría que le es propia si por algun tiempo al ménos exime al tabaco de semejante gravámen, haciendo que el actual se reduzca á algun que otro derecho de poca consideracion.

Las algarrobas, llamadas por los ingleses *locust-beans* ó habas de langosta, son unos de los más importantes productos del comercio de exportacion de la isla. Sabido es que de este fruto hace mencion el Nuevo Testamento diciendo que «sus vainas serán el alimento del cerdo.» La principal exportacion de este fruto se verifica con Rusia donde se estima mucho y aún se sirve en las mesas como postre. Tambien se lleva en grandes cantidades á Inglaterra donde se emplea como pasto para el ganado y en la confeccion de cierto género de melote. Hay, sin embargo, un obstáculo que se opone á que el consumo de este fruto sea mayor, y es el coste del flete, que casi representa un 30 por 100 de su valor en el punto de embarque.

Ahora bien, ya que en los presentes momentos las miradas del Gobierno inglés se dirigen de un modo especial á Chipre, probable es, así lo esperamos, que se procure hallar medios de descascarar préviamente el fruto y trabajarlo de manera que se hagan más económicas las costas del transporte, puesto que el producto es, por una parte, de los más importantes del país, y requiere por otra, tan poco trabajo, que luégo queda ampliamente recompensado.

Al presente, la exportacion se eleva á unas 10.000 toneladas por año, despues de cuya advertencia sólo nos resta decir que los indígenas hacen con el fruto que nos ocupa una especie de torta dulce que es tan estimada como nutritiva.

La produccion de la sal se hallaba monopolizada por el Gobierno, habiendo en la isla dos extensas salinas, una cerca de Larnaca y otra junto á Limasol. Durante la estacion de las lluvias los lagos que las constituyen se llenan de agua, y el calor

del verano viene á evaporarlas; mas como el terreno está sumamente impregnado de sal, ésta se combina con el agua, y al llegar la evaporacion deja sobre la superficie ocupada por el líquido una hermosa costra de cristales, que, despues de ser introducidos en moldes, se venden por el Gobierno para los usos domésticos y para la exportacion á la costa de Siria.

La única precaucion que hay que tomar en esta materia es la de que no se introduzca en los lagos más agua que la que la experiencia ha demostrado pueden evaporar los rayos solares durante el verano.

Incalculables son los provechos que el estanco de la sal ha producido al Gobierno. Hace unos cuarenta años fué arrendado el lago de Larcana por una renta anual de 400 libras esterlinas; pues bien, el mismo lago produce hoy al Gobierno, despues de satisfechos los gastos, 20.000 libras.

Téngase en cuenta que esta renta puede aún aumentarse mucho, haciendo grandes economías en las costas de embarque y desembarque, con lo cual estas salinas podrían competir con las de Túnez, que proporcionan una gran parte de las cantidades necesarias para el consumo en la costa de Siria.

El precio fijado por el Gobierno turco es de 20 paras por oca, ó sea unas tres libras esterlinas por tonelada.

Por último, no se hace esfuerzo alguno para refinar esta sal, y puesto que no se pudo nunca esperar que el Gobierno turco tomara para ello las medidas necesarias, creemos que las nuevas autoridades suplirán aquella falta, seguras de abundante fruto.

De las anteriores observaciones se hace harto evidente cuán grandes sean las ventajas que ofrece Chipre para la agricultura, y cuando á todo lo dicho añadimos que ni siquiera una décima parte de la isla se halla cultivada, y que la que actualmente lo está, debido á la ignorancia de los verdaderos principios, no produce más que una mitad de lo que podría producir, creemos haber dicho lo suficiente para poner de manifiesto cuán amplio campo presenta Chipre al inteligente desarrollo de sus excelentes cualidades.

Empero, al llegar á este punto sería falta imperdonable ocultar las naturales desventajas que en lo pasado han trabajado á

Chipre, y que han de ser en lo venidero objeto de las luchas de la potencia que ahora impera en su afortunado recinto.

La primera entre las aludidas desventajas á que tenemos que referirnos, es la sequía que tanto hace sufrir periódicamente á las posesiones inglesas de la India. En los años anteriores á nuestra era no hay recuerdo de que semejante calamidad visitase al país que describimos; pero en el tercer siglo despues de Jesucristo, ya leemos que Chipre quedó casi despoblada por la continua sequía que duró diez y siete años. Tambien hace mencion la historia de semejante calamidad en los tiempos de la dominacion veneciana, y sin ir tan léjos, podemos añadir que en 1869 tuvimos la desgracia de ser testigos de los desastrosos resultados acarreados por un año de poca lluvia. En efecto, en los doce meses que duró la calamidad, toda la lluvia caida llegó tan sólo á cinco pulgadas y media, de donde, como fácilmente se concibe, se perdieron todas las cosechas. Recordamos que en aquel año ni aún pudimos recoger lo que habíamos sembrado, y advertimos que nos tuvimos por más afortunados que la mayoría de nuestros compañeros.

Fuera de estos casos extremos, téngase tambien en cuenta que la lluvia en Chipre es siempre escasa, y que raras veces excede en un tercio á la caída en Siria.

La causa natural de estos fenómenos debe buscarse en la ausencia de altas cadenas de montañas y en la escasez de arbolado; pero, por otra parte, la naturaleza del terreno es tal que hace innecesarias las lluvias abundantes. Los campesinos suelen decir que las cosechas de grano se maduran al inilujo del rocío que cae del cielo, el cual, dicho sea de paso, es muy abundante en las noches de primavera, y la observacion de muchos años ha podido convencernos que una lluvia de 13 pulgadas entre Octubre y Junio basta para producir un año bueno.

La imprevision de los labradores y la rapacidad ejercida por el Gobierno en los otoños prósperos, son las causas que hacen tan desastrosos los años de sequía.

En efecto, por nosotros mismos hemos podido convencernos que evitando caer, como podíamos hacerlo, en las manos de los usureros, ó disminuyendo la labor, hallábamos amplia

compensacion de la carestía en la abundancia de los años que á ella se seguían, como consecuencia natural del reposo ántes tenido por las tierras. Mas esto no puede aplicarse á la mayoría de los otros labradores, puesto que caen de posicion, son víctimas de la usura, no pueden reemplazar por otras las yuntas que perecieron por no poderlas suministrar sustento y, en una palabra, por usar de las mismas palabras con que ellos suelen expresarse, «el molino de sus trabajos se rompe,» necesitándose luengos años de prosperidad para que pueda ser restaurada su antigua posicion. De aquí la agudeza de los inmensos sufrimientos que se siguen y las privaciones á que han de sujetarse en los años inmediatos á su desgracia.

Mucho podría hacer un sabio gobierno para disminuir semejantes daños é impedir fuesen tan frecuentes las sequías, para lo cual contribuiría no poco que se verificasen grandes plantíos de árboles en toda la extension del territorio visitado hasta ahora por la plaga.

Otra de las calamidades que han hecho sufrir mucho á Chipre en lo pasado y han hecho rebajar su presente prosperidad, es la invasion de la langosta. Gracias, empero, á los inteligentes esfuerzos de Said-Pacha, uno de los pocos gobernadores de capacidad, que por muy poco tiempo, por cierto, poseyó la isla, hace algunos años se llevó á cabo la destruccion de este insecto, y la nueva administracion no tendrá que hacer en adelante más que velar porque no vuelva el mal. En un solo año se recogieron y destruyeron más de 50.000 ocas, ó sea unas 62 toneladas de huevos de langosta, en cuyo tiempo llegaron á nuestros oidos algunos hechos interesantes relativos á insecto tan destructor, puesto que se nos aseguró que cada oca de semilla representaba justamente 1.000.000 de langostas, de modo que en un solo año se libró á la isla de 50.000.000 de langostas. Dejamos ahora al curioso lector calcular cuántos insectos hubieran infestado al año siguiente los campos, si Said-Pacha no se hubiese presentado en escena declarándoles la guerra.

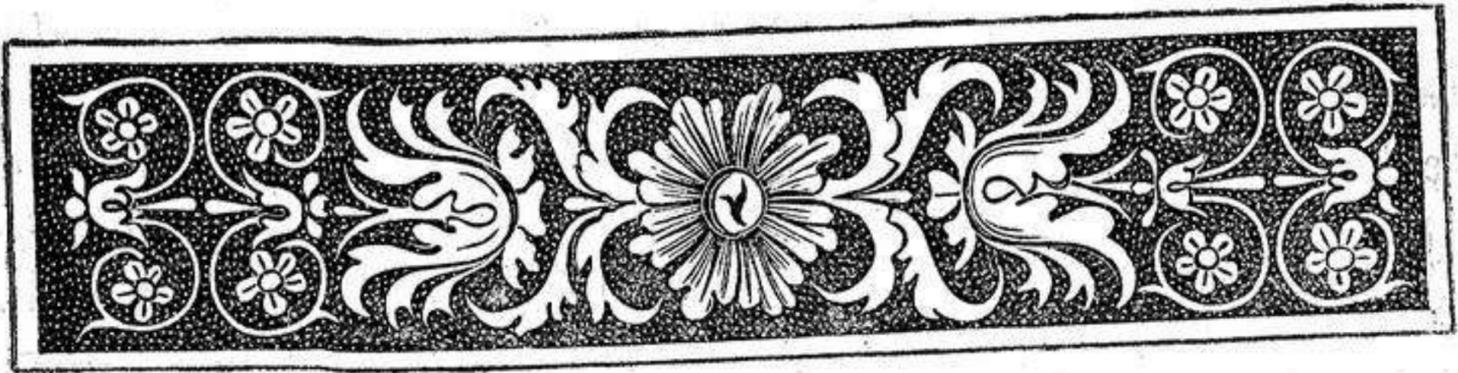
Expuesto, pues, como está por una parte este país á la sequía y por otra á los estragos de la langosta, maravilla grande es, no que el labriego esté en el último escalon de la prosperi-

dad, sino que la isla no haya sido convertida en dilatado campo de desolacion. Mas si, en efecto, no lo está, debemos esta ventaja á la paciencia que este pueblo tiene en presencia de los sufrimientos, y á su casi supersticiosa sumision á la voluntad divina, que es una de las propiedades más distintivas del carácter de los cipriotas.

R. HAMILTON LANG.

(Se continuará.)





ANÁLISIS Y ENSAYOS

LA DECADENCIA DE ROMA

L'empire romain au milieu du troisième siècle, par M. DURUY.

MONSIEUR DURUY no cree bastante satisfactoria la explicacion de que la fatalidad, ó lo que es lo mismo, la vejez de las instituciones y la decrepitud de las razas, han sido causas de la caída del imperio romano. Busca más al pormenor, más menudamente el origen de las faltas cometidas, los síntomas que las denunciaban y su incesante trabajo destructor que produjo aquel resultado.

Nos muestra, en primer término, la aristocracia romana abandonando el noble oficio de las armas, corrompiéndose en el lujo y envileciéndose en la corte de los emperadores. Del rango de clase social directora desciende al de cortesana; pierde el derecho á ocupar los más altos puestos; redúcese el Senado á no ser otra cosa que una especie de Consejo municipal de Roma; se le despoja de la jurisdiccion criminal confiándola al prefecto de la ciudad. El patriciado local desaparece en las provincias, sustituido por la clase media de los decuriones, que si en un principio pareció ávida de honores y prodiga de larguezas, acaba, conforme va perdiendo su importancia política, por malear la administracion que se le había confiado y por sufrir la direccion omnipotente y absorbente del poder central.

Aquel magnífico régimen municipal, tan liberal y tan fecundo, desaparece en el seno de las instituciones imperiales; la autonomía de las ciudades parece entónces, como perecieron en la Edad Media la mayor parte de las *communes* por los excesos de los magistrados locales, faltos en general de la inteligencia que hacía indispensable el desempeño de sus cargos. Habiendo anulado casi por completo los

emperadores la acción política de todas las fuerzas vitales del imperio, sucedió que toda crisis surgida en su seno tuvo inmediatamente un contrapeso desastroso que produjo su ruina con revoluciones constantes, y haciendo de la anarquía, de las violencias, de las confiscaciones el estado normal del imperio. Roma perdió entonces la confianza que inspiraba, y los emperadores, que apenas ocupaban el trono seis meses, no lograron captarse el afecto de los pueblos que no sabían defender, que sólo eran capaces de oprimir. Suspendiéronse los grandes trabajos públicos. amontonáronse doquiera las ruinas, los mejores edificios destruíanse lentamente, los caminos se hacían intran-sitables por falta de reparos, y los puentes se rompían é inutilizaban. Consagraba el ejército su fuerza á las luchas de la política, abandonando la tarea de proteger la seguridad general. Pobláronse de bandidos y de criminales las campiñas de Italia. Faltó á los caminantes garantías para aventurarse en sus expediciones; decayó el comercio y la miseria se extendió por todo el imperio.

La parte económica del cuadro trazado por M. Duruy, que es, á nuestro juicio, la más nueva, si no la más importante, merece le consagre el lector especial atención. Las provincias ocupadas ó devastadas por los bárbaros no enviaban á Roma sino muy escasos é insuficientes recursos. Los edictos imperiales eran impotentes para crearlos nuevos, y apenas si daban de sí otra cosa que vejaciones sin provecho. Las necesidades del fisco aumentaban sin cesar; aquellos efímeros emperadores despilfarraban sin pudor ni cuidado por las necesidades del día siguiente, los caudales públicos; trataban de prolongar su permanencia en el poder con liberalidades otorgadas á sus antiguos compañeros militares, oficiales faltos de recursos y ávidos de goces, para quienes el patriotismo no fué jamás sino una palabra vana.

Las confiscaciones que constantemente amenazaban á los pueblos y la falta de seguridad ocasionada por la perturbación general, influyeron en el sistema monetario de un modo visible. El *aureus*, que valía en otro tiempo 20 dineros ó 100 sextercios (unos 95 reales), no llegó á tomarse en las transacciones más que como un lingote de oro que valía lo que pesaba. Se tiene de ello una prueba indirecta examinando las piezas que componen los tesoros ocultos en aquella época y descubiertos en la nuestra. El dinero de plata de los primeros tiempos de Neron, que se tomaba al tipo de 96 dineros por libra y que era casi todo de aquel metal, contenía en tiempo de Alejandro Severo un 50 ó 60 por 100 de aleación. Despreciada la plata, adquiría el oro un aumento de valor. El Estado creyó hábil aprovechar esta circunstancia para exigir el pago de los impuestos en oro. Esto era una bancarota torpemente disimulada. A decir verdad, desde Galieno hasta mediados del reinado de Diocleciano, el sistema monetario de los romanos, constituyó una bancarota permanente. A partir del año 256, las piezas de plata no contenían más de un 50 por 100 de ese metal. Bajo Claudio el Gótico, el *Antonina-*

nus, la moneda de plata que circulaba con más profusión no era más que una mezcla de cobre, estaño y plomo, á la que se daba un color blanquizco para que tuvieran las piezas nuevas la apariencia de la plata.

En tiempo de César, la libra tenía 40 *aurei*; en el de Caracalla 50, en el de Constantino 72. La escasez del numerario en Roma se explica recordando que Roma producía poco, consumía mucho, compraba siempre en los mercados exteriores y nada vendía en ellos ni en el suyo.

Durante el imperio fué un problema, cuyas dificultades aumentaban de día en día, el de hallar trabajadores para los campos y la industria. Ya no bastaban para alimentar el imperio bajo el punto de vista de esa necesidad apremiante, los esclavos de las regiones del Mediterráneo situadas al oriente de ese mar, como Grecia, esclavos corrompidos seguramente, pero que llevaban los gérmenes de la civilización y de la cultura de sus pueblos, y formaron aquella clase de emancipados por la inteligencia, entre los que estaban los médicos, los arquitectos, los profesores, los artistas; ya no bastaban á alimentar la sociedad romana los cautivos de la zona occidental del Mediterráneo, como los españoles y los galos, más rudos que los anteriores, pero que tenían cuando ménos amor á la civilización, ciertas aspiraciones elevadas, gran energía y grandes fuerzas; poco á poco fueron alejándose los grandes mercados de carne humana, llegando hasta la frontera y estableciéndose en los países habitados por los bárbaros. Estos llevaban á esos mercados, para venderlos á los romanos, miserables más groseros aún que ellos mismos.

El arte se extinguía, la imitación y la copia llegaron á languidecer, porque se trabajaba para una sociedad empobrecida y arruinada que no sabía apreciar la belleza. Entónces empieza la barbarie de la Edad Media. Muere la literatura. De los pocos que todavía piensan, conságranse unos á los Alejandrinos y otros, el mayor número, á la Iglesia. Los cristianos, por otra parte, pierden todo sentimiento de amor á la patria, y contemplan con indiferencia los triunfos y progresos de los bárbaros; se aviva y aumenta la persecución de que son víctimas. Los escitas y los godos hacen en las regiones del Este una guerra de verdaderos salvajes; Grecia, Tesalia y Macedonia, todo el litoral del Archipiélago, conviértese en teatro de sus devastaciones; los escombros de Filipópolis sepultan 100.000 cadáveres. Como si no fueran bastantes estos azotes, se desarrolla una peste que hace cada día 5.000 víctimas. Se cree que van á cumplirse las amenazas de los cristianos y que está próximo el fin del mundo. Consúltanse los libros sibilinos que ordenan se ofrezca un sacrificio á *Jupiter Salutaris*. Pero ¡ah! el viejo Júpiter no sabía ya defender á su pueblo.

LA EXISTENCIA DE DIOS.

Theism, being the Bair Lecture for 1876, por ROBERTO FLINT.

El profesor Roberto Flint, autor de la *Filosofía de la historia en Francia y Alemania*, acaba de publicar con el título de *Theism* una serie de diez lecciones dadas sucesivamente en Glasgow, Saint-Andrew y Edimburgo. Este libro, en que no se pretende hacer gala de una extraordinaria profundidad metafísica, es el de un filósofo. Expone con un método constantemente seguido y con una claridad y elegancia que avaloran su estilo las pruebas tradicionales de la existencia de Dios, las robustece en ciertos puntos y las modifica en otros con arreglo á los datos y á las conclusiones de la ciencia moderna. Dentro de poco tiempo vendrá á completar este libro otro en que se discutirán y refutarán las principales doctrinas que en nuestros dias combaten los dogmas esenciales de la religion natural.

Comienza Mr. Flint por plantear la cuestion de la existencia de Dios. Se pregunta si hay un Dios, ó lo que es igual, un sér que existe por sí mismo, eterno, infinito en poder, en sabiduría y en bondad, creador del cielo y de la tierra. Responde á esta cuestion que es, dice, de la más alta importancia para la moral, observando que á medida que la ciencia funda sus concepciones en bases más amplias y se eleva á leyes más generales, mejor comprende que le es imposible apartarse y desinteresarse por completo del problema religioso. Hace cincuenta años, añade, los sabios ponían su puntillo de honra en desconocerlo; hoy sucede todo lo contrario. Los más escrupulosos adeptos del método experimental penetran con curiosidad inquieta, con ardor temerario, en las regiones de la teodicea. Piensan muchos que la cuestion de Dios es el término supremo á que conducen todas las investigaciones científicas.

Mr. Flint determina en seguida la naturaleza, las condiciones y los límites de lo que él llama la prueba teística (*theistic proof*). Por su naturaleza, esa prueba no es otra cosa que el conjunto de las manifestaciones de Dios en el mundo exterior, en nuestro espíritu y en la historia de la humanidad. Por consiguiente, las pruebas de la existencia de Dios son innumerables, porque todo fenómeno, cualquiera que ese fenómeno sea, constituye una.

La prueba no es por otra parte completa sino cuando se considera cada fenómeno en sus relaciones con el todo. «Una observacion verdaderamente religiosa del universo, dice, debe ser una observacion amplia y comprensiva del universo entero; exige una mirada que lo abarque todo y no solamente una parte,—las facultades capaces de llegar á la armonía y á la unidad y no sólo las que analizan y separan.—Una parte, un punto, el ojo de un insecto, la semilla de un fru-

to, pueden ser el objeto de una contemplación religiosa; pero es necesario verlos á la luz del universo, considerado en conjunto, á la luz de la eternidad y del infinito.»

Por esta razón, la prueba teística implica la totalidad del alma humana, el concurso simultáneo de todas las facultades esenciales.

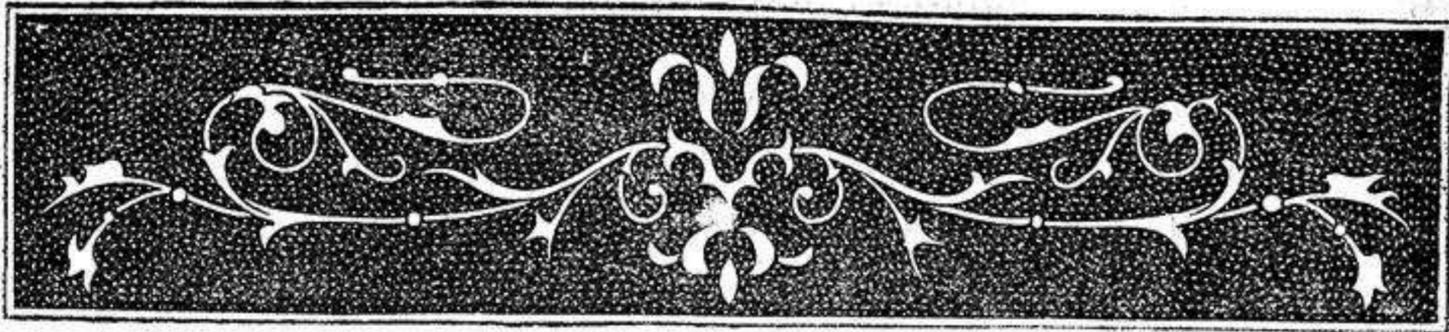
Mr. Flint refuta la opinión de que Dios es conocido por una intuición inmediata. La concepción que tenemos de Dios es compleja; puede por el análisis referirse á elementos más sencillos; prueba evidente de que no es el resultado de una intuición.

Declara absurda la tesis, tan querida para los místicos, de que Dios es el objeto de un sentimiento inmediato. El sentimiento implica necesariamente el conocimiento; un puro sentimiento separado de todo elemento intelectual es inconcebible é imposible; una fe que pretendiera no deber nada á la inteligencia, es una monstruosa quimera.

Estas teorías forman la materia de las tres primeras lecciones del curso de Flint. Las siete restantes las consagra su autor al desenvolvimiento de las principales pruebas que á su juicio establecen la existencia de Dios, que son cuatro: la prueba deducida de la contingencia del universo, la de las causas finales, el argumento moral fundado sobre el testimonio de la ciencia y de la historia, y por último, la prueba metafísica. Mr. Flint establece que «la naturaleza no es más que una palabra empleada para designar un efecto cuya causa es Dios»

Flint consagra una lección á la prueba de las causas finales y otra á las objeciones que se suscitan contra esa prueba. Carece de solidez la que deriva el distinguido filósofo del testimonio de la historia. La acción de Dios en el curso de los acontecimientos humanos no puede ser objeto de una demostración rigurosa, porque esos acontecimientos son producto de la libertad humana. A los que comparten las opiniones de Flint puede preguntarse: ¿cuál es la parte del hombre? ¿Cuál es la de Dios? Hé ahí cuestiones insolubles para esa escuela, inaceptables para todos. Hay además para el teísmo un grave peligro en buscar demasiado prolijamente á Dios en la historia. Como no es posible, admitida semejante hipótesis, resignarse á considerarlo actor secundario, se corre el riesgo de caer en el optimismo inmoral que diviniza la fuerza triunfante y anatematiza á los desgraciados defensores de causas vencidas.

Mr. Flint da gran valor á las pruebas metafísicas ó *à priori*, y defiende especialmente el argumento ontológico de Descartes contra las objeciones de Kant. Su argumentación, en este punto, ha sido calificada de original por la crítica.



CORRESPONDENCIA DE PARIS.

PARIS 13 de Agosto de 1878.

SIGUE la Exposicion perjudicando á la literatura. Nuestros directores de teatro no hacen sacrificio alguno por ofrecernos obras nuevas. La Comedia Francesa y la Opera continúan explotando su excelente repertorio y su *troupe* admirable aquélla; su magnífica escalera esta última. Los demas teatros representan con infatigable perseverancia las obras que alcanzaron más éxito durante el invierno de 1877 y la primavera última, ó las más aplaudidas de los años anteriores. Si el mundo entero no se ha aprendido de memoria el *Pettit Duc*, las *Cloches de Corneville*, *Orphée aux enfers* ó los *Danicheff*, no será culpa de los empresarios, que han hecho todo lo hacedero para conseguirlo. Excusado es decir que las obras en que faltan escenas de grande efecto tratan en vano de atraer la curiosidad de los forasteros. Este es el caso en que se encuentra el pobre Gimnasio, dirigido por un hombre notable que envejece y que paga harto caro en estos momentos su brillante prestigio de otros dias.

Otro tanto sucede respecto á los libros. Ya hablaba á ustedes en mis cartas anteriores de la escasez de obras nuevas, de publicaciones de todo género. Esa escasez ha aumentado extraordinariamente. Jamás se ha impreso tan poco como ahora. Una nueva casa, la de M. Quantin, sucesor del ilustre tipógrafo Claye, émulo de Jouant, ha emprendido una serie de publicaciones de lujo para uso de los aficionados á los libros hermosos, y ha aumentado estos dias con dos ó tres volúmenes su elegante coleccion, dando á luz *L'Imitation de Jesus-Christ* con soberbios dibujos del pintor Juan Pablo Laurens,

Le Diable amoureux, de Cazotte, y los Cuentos de Voisenon, ese abate borracho y libertino del siglo XVIII. Por su parte, la casa Jouant ha publicado una bellísima edición de las novelas de Voltaire con una docena de planchas elegantísimas, cuyo autor es Laguillermie. Hé aquí todo lo que ha hecho recientemente la librería francesa.

Es cierto que la *Revue de Deux Mondes* acaba de publicar una tras otra dos novelas firmadas por autores ilustres, conocidos y populares: *Les idées de Jean Téterol*, de M. Victor Cherbuliez, y *Le Roman d'une Femme*, de M. Octavio Feuillet; pero ni M. Cherbuliez, ni M. Feuillet han hecho hasta ahora tirada aparte de sus trabajos (1), cada uno de los cuales debe aparecer en un volumen. Acaso esperan una época mejor, una hora más propicia; una hora—esto es lo que quiero decir á ustedes,—en que el público manifieste más deseo que en la actualidad de comprar y leer libros. Creo que la obra de M. Cherbuliez hubiera sido una de las más encantadoras producciones del ilustre novelista, si el fin hubiera respondido á las esperanzas que en un principio hizo concebir. Pero desgraciadamente lo ha echado á perder todo, porque es imposible que se conciba un desenlace más inverosímil, más penoso, ni más frío. No puedo pintaros la decepcion que he sufrido. Soy uno de los más constantes admiradores de M. Cherbuliez; es una bella cosa admirar y un placer inestimable aplaudir sin que nuestra conciencia pueda acusarnos de parcialidad por ello. Me agrada prodigar el aplauso cuando es merecido; pero en esto suelen hallarse grandes obstáculos al juzgar á hombres de inspiracion como M. Cherbuliez. No es posible jamás fiarse completamente de ellos. Su musa, despues de haberlos levantado hasta las más altas regiones, los abandona repentinamente y los deja caer en tierra, y como decía el viejo Horacio, un retrato de mujer hermosísima termina tristemente en cola de pescado.

Con M. Octavio Feuillet no se corre este riesgo. El género que cultiva no es de los que producen las obras maestras del arte, ni de los que engendran sus peores producciones. Con muy contadas excepciones se mantiene siempre en los términos medios. En este caso se encuentra muy particularmente *Le Roman d'une Femme*, que tendrá, sin duda, un número considerable de ediciones; pero que no añadirá ni un solo átomo á la reputacion de su autor.

Le Roman d'une Femme es la historia de una jóven que ama á un hombre inteligente y distinguido; pero que por una serie de interesantes circunstancias se ve obligada á casarse, cediendo á impulsos de piedad y de adhesion, con otro hombre á quien no quiere. Su amado miéntras tanto, víctima tambien de circunstancias distintas

(1) Pocos dias despues de recibida esta carta, hemos visto en los periódicos de Paris anunciada la próxima publicacion de la obra de M. Feuillet. Posteriormente lo ha sido tambien la de M. Cherbuliez. (N. de la R.)

que acarrear el mismo resultado, por adhesión y piedad como la joven heroína, véase en el caso de contraer matrimonio con otra joven. Poco tiempo viven casados uno y otro. El marido de ella y la esposa de él mueren. Ya son libres; pero á pesar de serlo no se casan, cediendo como siempre á impulsos de un gran heroísmo y de constante generosidad. En mi opinión este es demasiado heroísmo para nuestra pobre naturaleza humana.

El novelista puede con facilidad fabricar esos caracteres tan enérgicos y acentuados, capaces de decidirse sin pena y sin vacilaciones de ningún género á consumir el sacrificio de su dicha. Yo creo que en la realidad y en la vida, los mismos héroes que M. Feuillet ha creado pensarían mucho su decisión ántes de decidirse á un acto de magnanimidad tan relevante. Basta ya con invitarnos á beber el heroísmo en grandes dosis; cuando se nos ofrece el ejemplo de personas que lo han bebido de esa manera, más bien se contribuye á que decrezca que á que aumente en nosotros el deseo de imitar esos actos y el interés que su relación nos inspira. Las personas que los han realizado llegan á ser tan superiores á nosotros que no los comprendemos. Pensando y juzgando así, parto de distintos puntos de vista que M. Octavio Feuillet. Este desea ser tenido por un autor moral. Creo yo que la moralidad verdadera no consiste en administrar el heroísmo en esa forma. No le perdonaré jamás que en *Le Roman d'une Femme* no haya casado á sus dos ángeles en la primera ocasión ó, cuando ménos, en la segunda.

Aquí terminaría hoy si no hubiera de hablar á ustedes de dos pequeños libros, medianamente escritos ambos, que no tienen grandes pretensiones literarias, pero que afectan íntimamente á la literatura y son demasiado interesantes para los que la profesan, por los asuntos en que se ocupan. Una dichosa casualidad ha hecho aparecer los dos al mismo tiempo. Tienen por objeto los dos poetas más ilustres que han honrado á Francia en el siglo actual y que durante un largo espacio de tiempo han compartido solos la más brillante gloria. El primero se intitula *Lamartine et ses amis*, y está escrito por M. Henri de Lacretelle; el segundo, *Victor Hugo chez lui*, por M. Rivet L'Estray. Quizá no los leeríamos ni por M. Lacretelle, ni por M. Rivet L'Estray; pero quien viene á hablarnos de Lamartine y de Víctor Hugo es siempre bien venido y puede contar con nuestra atenta curiosidad.

M. Henri de Lacretelle no es un joven; ha cumplido ya 60 años y figura entre nuestros diputados republicanos. Su padre gozaba hace medio siglo fama de notable historiador, formaba parte de la Academia Francesa y era paisano de Lamartine: uno y otro habían nacido en Borgoña. El joven Henri de Lacretelle pudo, pues, entrar sin dificultad alguna, cuando acababa de salir del colegio, en la casa del

gran poeta; admiraba el genio, gustaba de los buenos versos, se ensayaba también en rimar, tenía espíritu liberal y un carácter respetuoso, y con tales dotes logró sin esfuerzo alguno captarse la intimidad de Lamartine; casi todas las semanas iba una vez á comer y dormir á Saint-Point ó á Monceaux; en Paris era uno de los concurrentes asiduos al salon del autor de *Graziella*; cuando el poeta fundó su periódico *Le Bien Public*, contó á Lacretelle en el número de sus colaboradores. Y hay que hacer á Lacretelle la justicia de declarar que cuando para Lamartine vinieron los malos días, cuando despues de los años de gloria corrió los años de prueba, cuando se vió menospreciado y calumniado por los mismos que ántes más le lisonjearan, cuando luchaba con la terrible escasez de recursos á que no resiste ningun prestigio, M. de Lacretelle permaneció obstinadamente fiel á la amistad y la admiracion, sin cuidarse para nada de la fortuna.

Lo que ha visto en cuarenta años de esa intimidad es lo que nos refiere. Consiste el mérito de este libro en que se ve y se adivina y se siente desde la primera página hasta la última, que lo inspira la sinceridad más perfecta. El autor no cuenta más que los episodios graves ó ligeros de que ha sido testigo. Es una especie de declaracion su relato.

El verdadero Lamartine no es el Lamartine de la leyenda. El que ha conocido M. de Lacretelle no siempre es el poeta en quien soñaban todas las Elviras de provincia que le escribían declaraciones de amor en verso. Era ante todo el verdadero Lamartine un gran señor que se complacía en hacer en el campo la magnífica vida del palacio; que recibía constantemente en su casa á la flor y la nata de la localidad, de los lugares circunvecinos, de los pueblos inmediatos; que tenía por gala ofrecer á sus ilustres amigos generosa y constante hospitalidad; que pasaba á caballo la mayor parte del dia; que era medianamente cuidadoso de su *toilette*, despilfarrador de sus recursos y tenía por tanto siempre aires de potentado. Lamartine, poeta romántico, leía y releía sin cesar las cartas de Mad. Sevigné y más todavía la correspondencia de Voltaire; tenía henchida la memoria con las ideas del siglo xviii; del arte dramático contemporáneo no apreciaba más que los vaudevilles ligeros y los actores de los pequeños teatros. Había sido jugador en sus mocedades y en la edad madura la especulacion era la forma del juego que le tentaba y atraía; llevó á cabo algunas empresas mercantiles para reponer su fortuna comprometida, pero sin que lograrse más que consumir su ruina de un modo desastroso. Se creía un experto y entendido hacendista, y á pesar de las advertencias de sus amigos, se abandonaba en este punto á ilusiones que le llevaron de mal en peor á un fin desdichado.

M. de Lacretelle dice todo esto; no intenta siquiera ocultar las debilidades del grande hombre; puede, por lo tanto, decirse que Lamartine, á pesar de todas esas debilidades, continúa siendo una ilus-

tre figura, lo mismo para su biógrafo que para los que lean la biografía escrita por Lacretelle. Y es que, en efecto, el poeta tenía un espíritu levantado, un alma grande inaccesible á las bajas tentaciones; derrochaba todo el dinero que había á las manos; pero lo derrochaba en hacer el bien más que en satisfacer su gusto por el lujo, por el esplendor y por el fausto. Gastaba su oro sin consideración ni cuidado alguno cuando iba á socorrer algun infortunio. Un dia organizó una gran comida de campo que había de tener lugar á algunas leguas de Saint-Point; la comida no era más que un pretexto para hacer una colecta considerable en favor de una aldeana á quien había querido en su adolescencia, que necesitaba entónces de la cantidad indispensable para redimir á su hijo más jóven designado por la suerte como conscripto y que iba á tomar las armas en defensa de la patria. En la conversacion, áun en el diálogo más familiar é inesperado, si el asunto encendía su inspirada vena, afluían siempre los rasgos de su imaginacion poderosísima, la poética elocuencia de su palabra, los más generosos sentimientos de su alma; su inteligencia se elevaba á las altas regiones con tan rápido vuelo como el del pájaro que se levanta en los aires á maravillosa altura.

Mucho tiempo ántes de que estallara la revolucion y se fundase la república de 1848, Lamartine anunciaba su triunfo á todos los que venían á hablarle de asuntos políticos. Invitaba á los jóvenes que le rodeaban á trabajar en la educacion del pueblo, á propagar las nobles ideas de libertad y de justicia; él mismo contribuía generosa y elocuentemente á su difusion con la palabra y con la pluma; llegó hasta consumir algunos restos de su fortuna en esta propaganda. Si alguna vez llegó á manifestarse duro y severo con alguien, fué cuando se creyó que le asistían el derecho y la obligacion á la vez de dar desde su alto puesto lecciones y ofrecer enseñanzas de moralidad.

La revolucion de 1848 estalló y lo llevó á la primera fila y al primer puesto, rodeando su nombre de una aureola de esplendente popularidad, á la que debía seguir ántes de mucho tiempo una caída espantosa. Su gloria permaneció, sin embargo, purísima, y si otros han sido políticos más sabios, más prácticos, más hábiles en aquel ó en otro tiempo, ninguno cuando ménos fué jamás mejor ciudadano, ninguno mostró más desinterés ni más celo por sus compatriotas, ninguno amó tanto la libertad como él, ninguno le excedió en el deseo y en el propósito de que los delirios y las utopias no perturbasen el bienhechor imperio de la democracia.

En estos dias la ciudad de Macon inaugura el monumento que ha levantado al más ilustre de sus hijos; M. de Lacretelle ha publicado con este motivo su libro. Podemos asegurar que sin duda de ningun género ha realizado con esto una buena accion. Los grandes ciudadanos, lo mismo que los grandes poetas, no abundan mucho jamás; la posteridad no los olvida nunca, ni áun cuando su memoria parezca sufrir pasajeros eclipses, reaccion fatal del entusiasmo con que

fué en el primer momento acogida. El nombre y el recuerdo de Lamartine ocuparán un lugar muy alto siempre en la historia política de su patria y en la historia literaria de su siglo.

M. Rivet L'Estray no es un testigo de la larga y accidentada existencia de Víctor Hugo, como lo ha sido M. Lacretelle de la vida de Lamartine. M. Rivet L'Estray es un jóven. El entusiasmo, que es el carácter y el honor de la edad en que se halla, le ha abierto las puertas de la casa hospitalaria del gran poeta. Cuenta lo que allí ha visto y ha oído. El Víctor Hugo que nos pinta no es el pensador soberbio y solitario, no es el autor inspirado de tan magníficos poemas, sino el hombre sencillo y familiar que conocen todos los que le han tratado, es el *causeur* unas veces grave, otras alegre y sonriente, es el abuelo de cabellos blancos de la bella Juanita. M. Víctor Hugo está en esa edad en que todos los hombres hablan con tan extraordinaria satisfacción de su pasado—de un pasado de tres cuartos de siglo,—y M. Rivet L'Estray ha pensado con razón que las conversaciones sobre su vida íntima que ha oído al ilustre autor de *La legende des Siècles* y de *L'Histoire d'un Crime*, el creador inimitable del bondadoso Juan Valjean y de la melancólica Fantina, del enamorado Mario y de la sencilla Corsette, eran preciosas y debían recogerse y conservarse para los hombres de nuestra generación. Se ha convertido en el secretario de ese respetable anciano, cuya vida tantos episodios ofrece y cuya memoria no ha olvidado ninguno. Su libro está lleno de anécdotas picantes, que aprovecharán los biógrafos. ¿Queréis que reproduzca dos ó tres? Voy á hacerlo, tomándolas al azar del bello libro de M. Rivet L'Estray.

Por los años de 1834 Víctor Hugo hizo un pequeño viaje á Normandía acompañando á varios artistas y literatos. Una dama, la señorita D..., formaba parte de la expedición... Los viajeros subieron un día á la imperial de una diligencia. Iba en ella á su lado un desconocido notario ó magistrado de provincia. Para hacer más agradable ó ménos fatigoso el camino, se hablaba mucho y de todo. La conversacion vino á dar en cuestiones literarias y sonó el nombre de Víctor Hugo. Apénas le oyó pronunciar el desconocido cuando, indignado, comenzó á atacar duramente á nuestro poeta romántico. A su juicio, Víctor Hugo no podía ser otra cosa que un hombre abominable, un monstruo lleno de todos los vicios y capaz de todas las maldades. Los viajeros, como era lógico, se divertían prodigiosamente, escuchando al bueno del curial, y con sus respuestas y comentarios procuraban excitar más y más su charla inconveniente. Madame D... consiguió por último que se explicara sobre las causas de su odio contra el gran poeta. La causa era verdaderamente pueril y ridícula. El viajero desconocido odiaba á Víctor Hugo porque éste se había permitido en su *Claude Gueux*, que acababa de aparecer, usar

la palabra *gamin*, excluida entónces de la lengua francesa por la Academia (1). Excusado es decir lo que reirían los viajeros al descubrir al desconocido la verdad. La palabra *gamin* ha conquistado desde entónces un puesto oficial en el idioma y hoy no se tiene por purista al que no la emplea. Así va el mundo.

Hé aquí ahora una anécdota del destierro.

En 1852, despues del golpe de Estado, había entre los proscritos un hombre que tenía singular empeño en aparecer como hombre de una severidad irreprochable y de un gran puritanismo. Cierta dia el hombre austero riñó con su querida, y ésta para vengarse le denunció á los otros proscritos, diciendo de él que era un espía de Napoleon, que enviaba todas las semanas noticias é informes respecto de sus camaradas; los proscritos fueron á su casa, practicaron en ella un verdadero registro, y en el fondo de una maleta hallaron pruebas evidentes de su deslealtad y de su traicion. Muchos en su cólera quisieron imponerle un duro castigo. Victor Hugo lo defendió en nombre de la humanidad. Se recordó entónces que debía á los demas proscritos gruesas sumas y se convino en perseguirlo por deudas; fué en este concepto encerrado en la cárcel y cuando llevaba ya algun tiempo detenido, M. Victor hizo que lo pusieran en libertad.

Y hé aquí una última anécdota sobre nuestro ilustre poeta, que he leído en los dias últimos y que no resisto al placer de enviáros para que la conozcan los inteligentes lectores de esa REVISTA. La anécdota versa sobre un hecho que ocurrió en vuestro país, en España. Víctor Hugo tenía siete ú ocho años; acompañaba á su padre, general del ejército de ocupacion de la Península, destinado á mantener sobre su trono vacilante al hermano de Napoleon, al rey José. Una mañana el general cogió á Víctor y le dijo: «Voy á presentarte al rey; pero atiéndeme bien: es necesario que no te olvides de que cuando le hables debes decirle *Sire*.» La visita se hizo; el rey se mostró extraordinariamente amable; abrazó al niño; habló con él mucho rato y disputó sobre algunas cosas: á cada pregunta del rey el pequeño lo respondía «*Oui monsieur*» ó «*Non monsieur*,» segun los casos. Nada de *Sire*; ni una sola vez pronunció esta palabra. Cuando salieron le reprendió su padre. «Yo te había encargado mucho, le dijo, que llamas al rey *Sire*.» Entónces el pequeño Víctor respondió «No me he atrevido.» Hé ahí una verdadera frase de niño, encantadora por su sencillez y harto distinta de esas frases infantiles que los periódicos nos excitan de vez en cuando á admirar y que son en la mayor parte de los casos obra de las personas maduras.

Quisiera entregarme por completo á estas agradables memorias;

(1) En la actualidad es legítimo el empleo de esta palabra que el Diccionario de la lengua francesa define como sustantivo masculino, que califica de palabra despreciativa, y cuya significacion española es *marmiton*, *pinche*, *mozo de cocina*. (N. de la R.)

pero puesto que he llegado á hablaros de M. Victor Hugo, me es imposible no añadir que la salud de este hombre, tan robusta á pesar de sus tres cuartos de siglo de existencia, ha ofrecido en las últimas semanas inquietudes reales á sus amigos. Víctor Hugo ha abusado de sus fuerzas hace un año; los dos volúmenes de la *Histoire d'un crime* y el libro *Le Pape*, publicados consecutiva é inmediatamente; sus trabajos legislativos en el Senado, el centenario de Voltaire, el discurso para la sociedad de escritores y literatos le han fatigado extraordinariamente. En Paris, donde tantos visitantes y extranjeros llaman á su puerta, le era imposible descansar, sobre todo durante la Exposición. Nos ha abandonado, pues, y ha ido á buscar un poco de calma en esa isla de Guernesey en que pasó desterrado tan fecundos y laboriosos años, los más fecundos y laboriosos quizá de su vida. Esperemos que la verde campiña y el aire del mar le favorezcan y nos le vuelvan dentro de un par de meses restablecido y dispuesto á nuevos trabajos, y en caso de que esto sea necesario, á luchas nuevas. ¿Quién le remplazará cuando haya desaparecido? ¿Quién puede decir cuántos siglos transcurrirán ántes de que en cualquier país del globo, nazca un poeta de su inspiración y de su altura?

CÁRLOS BIGOT.



Madrid 15 de Setiembre de 1878.

Propietarios gerentes: *PEROJO HERMANOS.*

TIPOGRAFÍA ESTEREOTIPIA PEROJO
Mendizabal, 64.